

P A U L A C O N T R E R A S



EL MOLINO DEL NANSA

NARRACIONES

EL MOLINO DEL NANSA

PAULA CONTRERAS

I.S.B.N. 84—7755—039—5
Depósito Legal: GR 1.086/1993

Talleres de Ediciones ANEL, S.A.
Polígono Industrial Juncaril. Albolote. Granada.

EL RIO NANSA

Paula Contreras, a quien no se le puede negar nada, me pide que le escriba algo sobre el Río Nansa, que para mí es muy entrañable a pesar de no conocerlo en la totalidad de su curso, pues no he estado nunca en los intrincados y casi inaccesibles vericuetos de Peñalabra o Piedrasluengas, por donde Pereda hizo viajar al protagonista de "Peñas Arriba" Marcelo y su espolique Chisco, a lomos de sendas caballertás, después de dejar el ferrocarril en Reinosa para poder llegar a Tudanca, que en la novela recibe el nombre de Tablanca.

Mi vinculación afectiva con el Nansa estriba en que a la mitad de su curso el abuelo de unos primos míos, que hizo un gran capital en México, construyó una casona y un molino "maquilero" en su pueblo natal llamado Camijanes. Casona, casi palacio y molino de los que poéticamente me apropié en un poema de mi juventud.

Pues bien: En las temporadas de vacaciones veraniegas que allí pasábamos mis primos y yo, como el único medio de locomoción que teníamos eran las bicicletas, en ellas viajábamos y recorríamos la pedregosa carretera que hay paralela al río.

Al llegar a la altura de Tudanca nos encontrábamos casi siempre con D. José María de Cossío que paseaba flanqueado por el maestro y el cura del pueblo. Algunas veces nos invitaba a merendar en su casona, que era

un verdadero museo y que creo que hoy es propiedad de la Diputación de Santander.

Un día nos contó que en cierta ocasión estuvieron allí en breve visita el Rey D. Alfonso XIII y D. Miguel Primo de Rivera que andaban de cacería por aquellos contornos y nos dijo que allí mismo, en el piso alto, tenía escondido a un conocidísimo catedrático republicano sobre el que pesaba una orden de busca y captura, por motivos políticos naturalmente. Y es que el bueno de Cossío además de amentsísimo contaba cosas sorprendentes.

Otras veces no llegábamos tan arriba y no pasábamos de Puentenansa, importante nudo de caminos, ya que por el este se va al Valle de Cabuérniga en el que la leyenda afirma que vivió un nieto de Noé, nada menos. Y por el oeste se va hacia Liébana a través del impresionante desfiladero de la Hermida.

Precisamente en una de las aldeas que rodean este bello cruce de caminos nació un popular empresario taurino mexicano que al principio de la década de los cuarenta construyó la plaza de toros de mayor aforo del mundo para que fuera a México Manolete.

Aguas abajo hay otro cruce que se llama el Puente del Arrudo, con una muy cuidada bolera en donde conocí y a veces jugué con él a Rogelio González, más conocido por El Zurdo de Bielva, que ha sido el más fabuloso jugador de bolos (bolo palma) que registra la historia de este típico deporte montañés.

Muy cerca de allí están la casona y molino de mis primos. Siguiendo aguas abajo la pedregosa carretera, hoy asfaltada, unos kilómetros más allá se empieza a divisar la ría de Tina Menor atravesada por la carretera de Santander a Oviedo. El paisaje es de una belleza impresionante. Por lo menos así me lo pareció cuando lo ví por primera vez en mi ya lejana pubertad. Es posible que en esta impresión tuvieran no poca responsabilidad las riquísimas alubias con las que me obsequió una tía mía que vivía en aquel delicioso paraje. También el estómago puede conservar imborrables recuerdos. Y yo voy a terminar los míos con un trozo de cierto poema de juventud que pretendía y naturalmente no podía reflejar la belleza de Tina Menor.

*...Brisa marinera corre
y atardece en La Montaña...
El sol oculta su brillo*

*tras una colina chata,
ya en penumbra queda el valle,
el río, zig-zag de plata,
es en su centro saltado
por un puente de ocho arcadas,
dos pendientes a los lados
con casas desperdigadas,
algodón nuboso el cielo
y allá al frente dos montañas,
entre ellas se filtra el río
que va parar a la barra,
y entre ellas se insinúa
como una leve esperanza,
donde duerme sueño eterno
tanta víctima ignorada
un triangulito invertido
de un mar color verde agua
que ha dado el nombre a la costa
de La Costa de Esmeralda.
...Brisa marinera corre
y atardece en La Montaña...*

V.G.G. 1993

INDICE

EL MOLINO DEL NANSA	11
EL NIDO	37
LUCIA Y ANTOÑON	51
LETICIA	67
EL HUMO DE LA CHIMENEA	77
LA CASERA DE SANTA GENMA	85
JUANON	95
VICENTE Y VICENTILLO	117
LA PAZ DEL CAMPO	131
EL ARCA DEL ABUELO	145
LA MADRE	153
TOROS EN EL PUERTO DE SANTA MARIA	167

EL MOLINO DEL NANSA



*Tengo un molino en el Nansa
y un palacio más arriba.
Muele el molino el maíz
de las verdes caserías
y con muelas de recuerdos
muele mis melancolías.*

V. González

Ella no pudo imaginar que aquel viaje a la tierra de sus mayores marcaría su vida para siempre con un tinte melancólico.

¿Y cómo iba a pensarlo si tenía diez y ocho años cuando fue por segunda vez a la Montaña? Muy pequeñita, cuando la llamaban cariñosamente Anuca, pasó unos meses en el palacio, arriba del molino del Nansa y apenas pudo salir al campo y nunca al molino, porque su precaria salud lo había impedido. Escuchaba hablar de la Montaña y le parecía oír un cuento de ogros y dragones. Jamás leyó algo relacionado con aquellos montes fantásticos porque quería ignorarlo y hasta quiso conseguir que no la llamasen Anuca.

—Anuca, no; me llamo Ana.

Y Ana fue llamada, aunque la madre musitaba "Anuca, Anuca" cuando ella no la podía oír.

Ana adoraba a su Andalucía; había nacido en Cádiz y Cádiz fue su amor; su Cádiz, su Sevilla, su Córdoba, su...

—Esto es lo mío; mares, sierras, ríos, nieves, sierras...; no cambiaría mi tierra por nada...

La madre volvía cada año a su palacio de la Montaña y Ana se vio obligada esta vez a acompañarla. Contaba ya diez y ocho años; tenía belleza y simpatía; tenía muchos años; tenía ilusiones y proyectos.

Aunque el palacio era cómodo ella lo encontró inhóspito.

—¡La señorita Anuca! —habíala saludado con mucha alegría Moncha, el ama de llaves— ¡La señorita Anuca!...

—¡Qué hermosura! ¡Qué grandiosidad la de esta tierra nuestra! —exclamaba con el entusiasmo de siempre la madre, asomada al balcón, contemplando los riscos y la frondosa arboleda— Te digo Moncha, que siempre que aparezco por aquí, me parece que lo hago por primera vez... ¡Qué maravilla!

También miraba Ana y a despecho suyo, con asombro. Espesísimo bosque ocultaba el paisaje; en la lejanía los picachos se iban sucediendo unos a otros como en una rueda que amenazaba estrecharse. Y todo verde, hasta las veredas y caminitos que parecían salir de los alrededores del palacio simulaban mullidas alfombras. Ana quiso ocultar ante su madre el sentimiento de admiración que estaba sintiendo y salió al campo; iría por aquellos caminitos sin rumbo previsto. Oyó una música; era el viento, los pájaros y el agua. Abajo saltaba el Nansa jubiloso e incansable.

El molino. El que ella sabía desde niña que estaba allí. Donde bajó una mañana de su convalecencia. Donde un muchachote, mirándola con descaro, había dicho despectivo: "Una señorita..."

Ahora sentía ganas de cantar y cantó en alta voz, con un tono des-templado:

*La moza que yo adoro
tiene un molino
que muele la esperanza
mejor que el trigo.
Y cuando está moliendo
dice el molino
cuando haya molinero
habrá más trigo.*

Allí estaba el molinero. Allí plantado, mirándola inquisitivo:

—¿Del palacio? —preguntó.

—Sí.

—¿La señorita Anuca?

—Sí.

¡Qué bien le sonó su nombre! Un escalofrío había recorrido su espalda deliciosamente. "Es su voz —pensaba— voz fuerte, llena, dulce...; es su manera de decir..."

—¿Y tú, quién eres? —preguntó ella.

—Yo soy Pedru; mi padre y el padre de mi padre, fueron siempre molineros, ahora lo soy yo.

La invitó a pasar para que su padre le ofreciera sus respetos... La molinera se alegró mucho y se dolió de no poder obsequiarla "como se merece la señorita", porque estaba impedida en un sillón de ruedas a causa del reuma.

—Mi hijo hace las veces de moza en la casa...

Sonrió con naturalidad Pedru y dijo: —Antes lo hiciste por nosotros...

—Hace falta una mujer en el molino, señorita.

Pedru se desenvolvía con soltura ¡estaba tan acostumbrado a la cocina como al molino!; y toda la casa la tenía en orden; Ana la recorrió con marcada curiosidad. Le extrañó un armario-librero abarrotado de libros.

—¿Lees mucho?

—Mucho.

—¿Novelas?

—De todo.

Leyó algunos títulos: —Peñas Arriba, Pereda, ¿te gusta?

—Habla de nosotros y del Nansa..., ya sabe que él vivió por aquí...

—No lo sabía...; además no he leído el libro...

Varias veces bajó al molino. A su madre le extrañó que no hablase de su vuelta a Andalucía.

Recorría cada día una vereda, una senda, un camino virgen de pisadas. Todos terminaban asomados al Nansa y así conoció al río de precipitadas

bajadas, de sus aguas bullangueras que se regocijaban saltando en su descenso por la pedregosa cuenca; pocos remansos pudo encontrar, pues su corriente parecía enloquecida presintiendo sus esponsales con el mar.

Y Ana iba olvidando poco a poco a su Andalucía. Tal vez la razón no fuera el Nansa, ni las peñas. Era el molino, quizá. Era el molinero.

El molinero tosco y rudo, al que le brillaban los ojos cuando le hacía observar la hermosura salvaje de aquellas montañas y la belleza bucólica de los valles que le iba descubriendo cada día. Y cada día, el fulgor de los ojos del mozo le quemaba los suyos. Cada noche, al recogerse en su cuarto, sentíase transida al recordar sus palabras, su risa infantil, su boca apetitosa, el contacto de sus ásperas manos, su olor... ¿a qué olía Pedro?: a agua, a heno, a breña, a nido, a fruta...; ¿y su voz...? Y cada noche, hacía firme propósito de marcharse a su Cádiz de su alma, aún queriendo ser monte, árbol, cuenca, tolva para no abandonar jamás el molino, aún así, debía sacudirse el embrujo de la Montaña, del Nansa, del molino del molinero. Firme era su propósito de cada noche.

—A la señorita le está gustando vivir aquí —hacía notar Moncha.

Ana contestaba: —Estamos encerrados entre los montes... Es una cárcel.

—¡Ay, señorita, pero qué cárcel más lujosa...! Pues ya ve la señorita, al Pedru no le han faltado ocasiones de salir de aquí y no consiente dejar el molino...

El molino del Nansa. Tampoco ella lo dejaría si estaba con Pedru. Y este pensamiento, al que jamás quiso darle tiempo en su cerebro, la estremeció de inquietud: Pedru y Anuca. Sin palacio. Solo el molino del Nansa; con la música de sus aguas, con el canto de los árboles, con el son de la tolva, con el círculo de montes ingentes contemplando su felicidad.

¡Un escándalo! Su madre, su familia, sus amigos...

No le importaba el escándalo. Su vehemente impaciencia puso alas en sus pies bajando a la orilla del río. "Y tendremos hijos y al primero, sea niño o niña, le llamaremos Nansa, como tú...", le hablaba y cantaba.

*...cuando haya molinera
habrá más trigo;
el mozo que yo adoro
tiene un molino.*

—¡Estás muy contenta! —la sorprendió Pedru saliendo del breñal; ya hacía días que se tuteaban.

—¡Pedru...! —se echó en sus brazos.

Los brazos de Pedru, fuertes y tiernos; los labios de Pedru, jugosos, dulces y cálidos; el cuerpo de Pedru, oloroso como el henar...

—¡Anuca...!

—¡Te quiero, Pedru! Nos casaremos...

—¿Nos casaremos? —y el mozo sintió como un vahído, como algo desconcertante, absurdo e imposible.

No comprendía. Le pareció estar soñando. Pero era cierto que la estaba estrechando en sus brazos, que la sentía palpar; que en su pecho, aplastado por el suyo, le saltaba el corazón con aleteos de pájaro...; que era verdad; que los locos sueños de sus noches se hacían reales... Que la vida era bonita, como Anuca; que el futuro era bonito, como Anuca; que el molino iba a ser un nido bonito, como Anuca; que el Nansa arrullaría su felicidad...

Entraron en el molino; la madre estaba acompañada de una joven.

—Esta es Tona...

Tona, una aguerrida hembra; fuerte y robusta como un roble; las curvas de su cuerpo avanzaban impúdicas; la boca ancha, la dentadura blanca y sana; los labios gruesos, la risa pronta y ruidosa; la voz destemplada. Tona, desmelenada y con la ropa ceñida, le pareció a Ana que solo le faltaba una fusta en la mano para echarla a ella de allí. Porque allí, en esa casa, ya lo había dicho la madre, .. "hace falta una mujer en el molino, señorita...".

Tona era la mujer, la molinera, ¿Cómo ella estaba tan loca para pensar que podría casarse con un patán? Un patán, sí, aunque leyera PEÑAS ARRIBA, un patán. Y ¿cómo se le ocurrió besarlo y dejarse manosear? Se estremeció de placer y rabia. Dijo:

—Subo al palacio.

El, dijo a las mujeres:

—Voy a acompañarla... —y salió tras ella alcanzándola junto al río.

—¡¡Anuca...!!

—¡Qué voz tan cariciosa tiene el condenado" —y apretó el paso, apartando a puntapiés las matas que le estorbaban.

—¡Anuca...! —la enlazó por la cintura —¿Dijiste en serio que nos casaríamos...?

El ridículo y la humillación cambiaron de color su rostro. Pudo decir:

—Te casarás con Tona...

—Eso quiere mi madre, pero yo te quiero a tí.

—Yo no te quiero... Lo de antes fue un juego... Me gusta divertirme...

—¡Anuca...!

Ana corría por la vereda al palacio. Luego se asomó a la solana. Miró al molino. El molinero estaba aún en el mismo sitio en que se separaron, sentado en una piedra con el rostro oculto entre las manos.

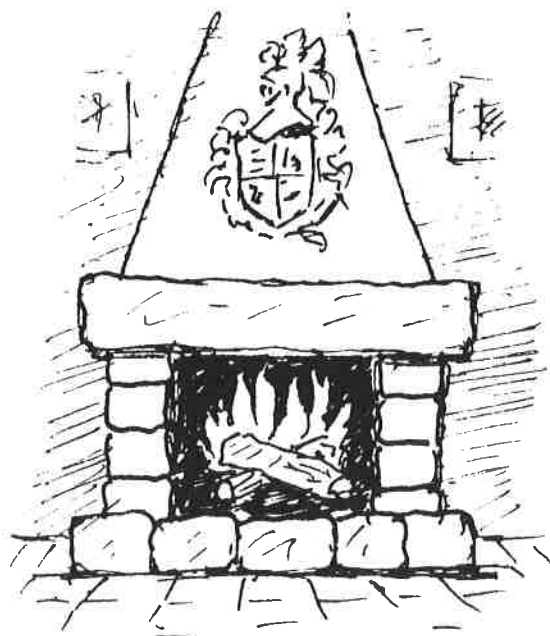
—¡Qué día tan hermoso, niña! —le hablaba su madre— el sol parece un padre calentando nuestros cuerpos y acariciando la naturaleza...; fíjate, ¡qué alegría se esconde en esas peñas, en estos bosques, en el molino del Nausa...!

Se volvió con brusquedad:

—Hoy mismo me voy a Cádiz.

—¡Hija, todavía quedan cosas que hacer...!

—¡No aguanto más! ...Me voy sola... Te espero en casa... —se volvió desde el corredor— ¡Ah, y no me gusta esto, y no me gusta el molino del Nansa...



*Mi salón estaba triste
aquel día de llovizna.
En el hogar la nostalgia
de un leño se consumía,
llamó a mi puerta Pereda
con voz de Peñas Arriba
y hablando su prosa clara
dos horas paró mi vida.
Después vino lo de siempre,
horas de ilusión perdida,
más tristes que los recuerdos
de la esperanza fallida.
Sigue el molino del Nansa
moliendo melancolías.*

V. González

Varios días llevaba Ana en la Montaña, en la tierra de sus mayores, sin apenas separarse del calor de los leños que se consumían en la chimenea labrada en piedra, de espacioso hogar y ancha salida al exterior sobre el tejado.

Y no hacía tanto frío. El bosque invitaba al paseo, igual que invitaba el río, orgulloso de su recorrido y ufano por su trabajo en el molino; también el molino invitaba hospitalario, porque sentíase muy feliz; la felicidad del movimiento, de la canción y de la risa. Porque el molino del Nansa, el que se divisaba desde el palacio, sobre todo desde la solana contigua al salón donde Ana pasaba todas las horas del día al calor de la leña encendida, el molino del Nansa, repito, era un estuche de felicidad, por la alegría que derrochaban los hijos del molinero.

Ana estaba sentada junto a la chimenea y de espaldas a la solana. Parecía no importarle absolutamente nada los alrededores del palacio, sentíase secuestrada en él; en sus estancias, en el bosque umbroso, en el diminuto valle formado al paso del Nansa, hasta los lejanos picachos que podía ver desde el balcón de su alcoba le parecían centinelas de su prisión. En vano la anciana ama de llaves quería hacerle agradable la estancia contándole cosas de aquellos años en que los señores pasaban largas temporadas en palacio y celebraban fiestas, excursiones y visitas a las caserías vecinas. Ella misma, la señorita, cuando niña...

—No sigas, Moncha, y acuérdate que me pasé toda la temporada en la casa y nunca quise volver, y cuando volví, ya tenía diez y ocho años, quince menos que ahora...

—Y parece que no ha pasado el tiempo...

Eso dijo Moncha: parece que no ha pasado el tiempo y ¡habían ocurrido tantas cosas desde entonces!: la muerte, en accidente, de Juan, su marido, la de su madre, hacía pocos meses, que la obligó a volver a la Montaña, con la firme idea de vender todos sus bienes incluido el palacio.

La tarde estaba triste aquel día de llovizna. Así pensaba Ana. Moncha opinaba que los días son según como uno los vive. A ella le encantaba la llovizna y disfrutaba creando un bosque de azabache, sobre el que el cielo enviaba una luz íntima y dulce. Estaba preocupada por la apatía de Ana que no salía del salón ni se despegaba del calor de la chimenea, y le parecía enfermiza aquella quietud y le molestaba que no hiciese elogios de la tierra. Muerta la señora madre, ella se barruntaba lo que haría la señorita y le dolía tener que abandonar el palacio pues en él había nacido en tiempos de la abuela, ¡una gran señora, prendada del terruño! ¡qué tiempos!

—¿Cuándo dejará de llover, Moncha? —preguntó con un tono de pesadumbre.

—Cuando se canse el agua de caer, pero, ¿se ha dado cuenta la niña de lo bonito que está el campo? Asómate a la solana...; esta agua es una bendición del cielo...; mira, mira como todo el bosque parece de charol...

No. Ana no cambió de postura en la cómoda butaca. A Ana, la llovizna le atormentaba los sentidos y le parecía que todo a su alrededor era opaco y tenebroso. Recordaba los días de lluvia de su Cádiz; se alborotaba el cielo, llegaban las nubes jubilosas a descargar unas tras otras, agolpándose como si todas solo hubiesen venido a curiosar lo que pasaba en la ciudad; y lo que pasaba era siempre la misma estampa de siglos: Cádiz de cristal; música de cristales en los cierros, levantados los visillos para empapar las habitaciones de la luz cándida que proyectan las nubes; el alborozo de las plantas expuestas en los balcones adornando la calle; el murmullo del regocijo del aljibe al recibir aguas nuevas y frescas, recogidas y canalizadas en las azoteas; y las azoteas con los ladrillos del suelo recién lavados; los cristales de la montera brillantes, y la cúpula como un colosal diamante de talla caprichosa. Ella subía a la azotea para recibir el agua en su rostro, en su pelo, en sus manos y para compadecer a los pajarillos, a las palomas, a las gaviotas. Desde la azotea veía el mar, como si estuviese rociado de piedrecitas grises, tal le parecía el reflejo de las nubes en el océano. Respiraba a gusto, tragaba el agua como si ella misma fuese una flor o un pájaro. Una luz amiga, un aroma de tierra en lucha con el vaho del mar. Su

Cádiz; su horizonte dilatado, infinito; su viento inesperado, violento y ardoroso. Las cigüeñas, las torres, las almenas de las azoteas. Y el sol repentino y posesivo adueñándose del cielo; y las nubes fugitivas y nacaradas; todo de oro, en lo que todo fue de cristal.

En cambio, ésta llovizna le produce inquietud, misterio y tinieblas, y le parece el llanto del tejado, y ver sombras gigantes de gigantes árboles "De charol", dijo Moncha, y el charol es negro...

Y sin embargo, a su alrededor tenía espléndidos ventanales por los que entraba una luz blanca y dulce, que ponía en los ricos muebles pátinas suaves; en los cuadros, animación silenciosa; en las pantallas, leves curvas en las porcelanas, en los candelabros, en las cornucopias, apuntes de historia; las llamas de los leños avivaban a intervalos el rostro bello y triste de Ana.

—¿Se puede pasar, niña? —era el ama.

—Sí.

Entró acompañada de un muchachote que bajaba la cabeza, cohibido por la suntuosidad del salón y por la presencia de la "señorita del palacio".

—Habla, Pedru, habla...

Ana levantó la cabeza sorprendida y dijo:

—¿Qué traes en el cesto?

—Mi abuela me manda con estos roscos para la señorita...

—¿Tu abuela...?

Intervino el ama:

—La madre de Pedru el del molino... —y animó al muchacho— Anda, dile a la señorita lo que me dijiste a mí: que tu abuela saluda a la señorita y la obsequia con estos roscos hechos en el molino...

Alargó el muchacho el canasto, lo recogió el ama, se rascó él la cabeza sudorosa, miró fijamente a los leños y dijo:

—¡Eso...!

—Mírame —ordenó Ana y cuando él plantó sus ojazos en los de ella, recordó otros que como estos encendían su alma— ¿Cómo te llamas?

—Pedru.

—Pedru, como su padre —aclaró el ama.

—Bien, dale las gracias a tu abuela de mi parte... ¿qué miras tan atento?

Respondió Pedru con gran entusiasmo y asombro señalando los armarios: ¡Cuántos libros...!

La rápida visita fue como la entrada del sol en una cueva ahuyentando sombras y descubriendo el color. Pero Ana no quería ver, no quería recordar; el cerebro ganó la batalla y ella vió sin querer la película de su vida pasada en un tono gris y turbio. Su vida en Andalucía a la que adoraba; su juventud, divertida y vulgar; su boda con Juan, también él vulgar y divertido; su truncada esperanza de tener hijos; el horrible accidente que la dejó viuda; su inseguridad de ánimo al faltarle su madre... ¿Qué papel era el suyo en el concierto de la vida? ¿Qué hacer con su tiempo, con tanto tiempo que no sabía como emplear? ¿Dónde estaba el gusto por vivir? Estaba decidida tras muchas vacilaciones a vender el palacio y las tierras anejas. Volvería a lo de antes, a lo de siempre, sin tener que preocuparse de la Montaña; a su Cádiz, abierto al mar y a la luz.

El salón había sido ocupado plenamente por las sombras y la nostalgia, hasta que llegó Moncha y las ahuyentó atizando el leño que se consumía y prendiendo las lámparas.

Ana se levantó. Su cuerpo proyectó una larga sombra sobre la librería; estiró los brazos con gesto de aburrimiento y luego dijo en alta voz, como si conversara con un amigo presente y con una gracia sin par de su gaditanismo innato:

—Vamos, entra conmigo en este cuarto, señor Pereda y a ver si eres capaz de distraerme —a la paz que hablaba tomaba un libro y leyó: —Peñas Arriba —pues subamos los dos y procura que no te deje en el camino...

Y sonreía pícaro desafiando a Pereda, agitando en el aire el libro.

Cuando de nuevo entró el ama, la encontró absorta en la lectura, de tal manera que tuvo que llamarle la atención alzando la voz para decirle que ya estaba servida la cena.

Miró el reloj. Dos horas habían pasado desde que empezó la lectura. Suspiró hondamente. ¿Cómo fue posible que hasta ahora no se hubiese dado cuenta de por qué su madre anhelaba volver a la tierra? ¿De por qué

se podía amar con tal intensidad a esta tierruca que...? Cerró los ojos mareada por lo que no quería pensar: todos sus antepasados le reprocharían si llevase a efecto la idea que acarició de desprenderse de aquel santuario.

Porque santuario era la capilla del palacio y el palacio; santuario era el bosque, las peñas, el Nansa; santuario era la solana, donde con solo mirar la crestería de piedra que cerraba el horizonte ya era alabar a Dios; santuario, el molino del Nansa, moliendo melancolías.

No supo, hasta que Pereda se lo ha dicho, que el amor es tan delicado y sutil que se esfuma apenas vislumbrado. Ahora lo sabe. Sabe que el Pedru que le trajo los roscos de la abuela podría haber sido su Pedru. Aquel fue su verdadero amor, el hombre que la hubiera hecho feliz intensamente; el que hubiera transformado su vida vacía de valores en otra con el valor inapreciable del cariño del molinero; ella en el molino, o, Pedru en el palacio; los dos juntos por el amor robusto y fuerte, como la montaña. Ahora sabe que se equivocó de senda. Ahora sabe que el molino muele melancolías... ¿sólo las de ella? ¿acaso él es feliz con su Tona? Es triste reconocer la culpa.

Fue a la mañana siguiente, cuando se asomó a la solana. El molino, desde arriba, parecía agazapado, temeroso del señorío y altivez del palacio; la vereda estaba limpia de hierba porque sería recorrida a menudo por los molineritos; allí esaba el peñasco donde Pedru lloró, cuando ella, dolorida por la presencia de Tona, decidió dejarlo, humillándolo con sus burlas.

Llamó el ama, que le dijo con voz temblorosa, a punto de llorar:

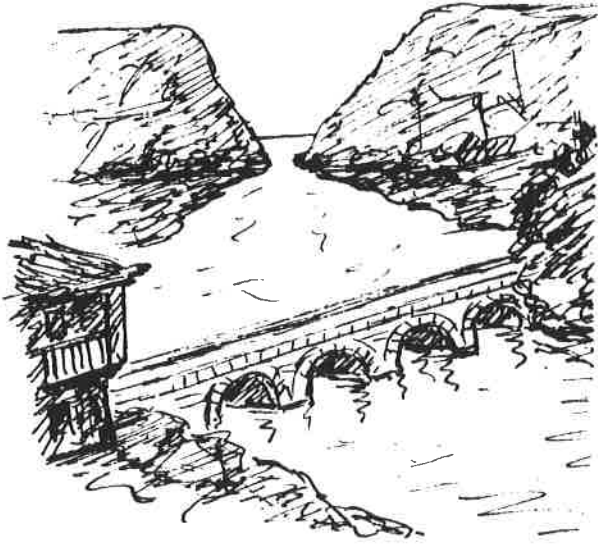
—Niña, que avisa don Fulgencio con un propio, que hoy vendrá con el notario a cerrar el trato...

—No llores, Moncha, no llores; y dile a ese propio, que le diga a don Fulgencio, que puede venir cuando quiera pero que no hace falta notario porque no vendo. ¡Que no vendo! —recalcó.

—¡Ay, bendita seas, niña de mi alma...!

—Anda a decirlo y vuelve pronto, porque aunque hay llovizna, da gloria mirar el bosque, el río y el molino, y tienes que encender la chimenea.

1870
1871
1872
1873
1874
1875
1876
1877
1878
1879
1880



*Lleva el Nansa su canción
de arrullos hasta la orilla,
desde donde salta al mar
por la montaña partida
que en triángulo le abre
su puerta de fantasía.
Por allí se fue un amor
confundido con la brisa.
Desde entonces mi molino
muele mis melancolías.*

V. González

Cádiz y la Montaña. Los amores de Ana. El Guadalete y el Nansa. Los primeros pasos de ambos igualmente difíciles; los dos con el mismo anhelo de llegar al mar. El Guadalete, a mitad de camino, se entretiene cortejando a los pueblos, entretenido en servir de espejo, sabedor de que no encontrará grandes obstáculos para celebrar sus bodas con el océano; el Nansa, lucha animoso con innumerables contratiempos ¡Virgen la mi madre! cuánto cuesta la entrega y la muerte.

Ana comparte su vida de mujer solitaria entre su confortable casa de Cádiz y su palacio de la Montaña; más tiempo en el palacio que en la casa.

—¡Si viviera la señora madre, qué contenta estaría viendo que te gusta vivir donde nació toda la familia! —el ama de llaves continuó con tristeza— ¡Lástima que no hayas tenido hijos! Pero todavía eres joven y puedes encontrar otro marido.

No quiere escuchar. Ni pararse en sus pensamientos que la asaltan como ladrones de su tranquilidad, ¿Hijos? Los de Pedru, el molinero del Nansa. Los hacía llamar al palacio para escucharlos hablar; las palabras, que al principio le parecieron extrañas, las había admitido en su léxico y empapado con su deje gaditano; los invitaba a merendar con ella; les proporcionaba libros y revistas y les hablaba de Cádiz y de cómo el Guadalete entraba bullicioso, alegre y sin trabas, en el mar.

Los hijos de Pedru y Tona debieron ser los hijos de Pedru y Ana. Todo ello pasó como una tormenta en su vida. Y cuando un día Tona subió al palacio para saludarla y ofrecerle sus servicios si los necesitase, Ana la

miró sin rencor; la mujeruca, más ancha que alta, dijo tímidamente, costándole trabajo una disculpa:

—La señora tiene que perdonar a Pedru que no suba a ofrecerle sus respetos; él dice que tiene mucho trabajo y es verdad: el molino está siempre moliendo, gracias a Dios...

...que no se preocupara; que cualquier día bajaría ella a visitar a la abuela; que se encontrarían en cualquier momento y en cualquier sitio del campo con Pedru...

Justamente a la orilla del Nansa ocurrió el primer encuentro tras quince años de ausencia. Ana descansaba en el suelo; llevaba un libro y una labor en el bolso; la tarde era espléndida, la caricia del aire, el murmullo de las aguas y la respiración de la tierra.

—¡Anuca...! —la voz del hombre era ronca y apagada.

—¡Pedru! —exclamó ella mirándole con profunda tristeza y como si la brisa se hubiese convertido en llamaradas, el agua quedase silenciosa y la tierra dejase de respirar.

Callaban, contemplándose. Ana pensaba: —Parece un roble arrancado de estos bosques; toda la luz del sol se esconde en sus pupilas; todo el perfume del monte se desprende de su cuerpo.

El se decía: —Está igual de guapa..., fina como un junco, preciosa como una flor..., y siguen tentándome sus ojos, su cuerpo, su cintura, su boca...

—He conocido a tus hijos... —pudo ella decir.

—¿Bajarás algún día al molino?

—Sí..., pero hoy no.; tengo que estar en casa ya...

Se separaron. Las piernas de Ana titubeaban como las de un niño al principio de su aprendizaje. El corazón de Ana saltaba enloquecido.

Aquella noche las luces del palacio se apagaron pronto.

En el molino...

—¿Qué te pasa, Pedru? —preguntó Tona al verlo entrar— tienes mala cara.

—Me duele la cabeza... Me acostaré un rato.

Los demás encuentros fueron parecidos, con la diferencia de que a raíz de ellos, Ana marchaba por unos días a Santander.

Cada vez fueron más frecuentes y más larga la conversación.

Y en uno:

—Yo siempre te he querido, Anuca, desde que te conocí... Yo no comprendía que tú estás muy alta para mí, y que nunca te podría alcanzar... Me dejaste sobre aquella piedra llorando como un niño, y no lloraba de rabia; lloraba de pena, porque te perdía; no me importaba que jugaras conmigo...

—Nunca jugué contigo, Pedru, porque yo también te quise desde que te conocí...

—¡Es que yo te quiero todavía!

—¡Y yo!

Se estrecharon en un abrazo apasionado y largo; se besaron ansiosamente, desesperadamente; temblaban sus cuerpos deseando fundirse en uno solo.

—¡Oh, no, no, no... —pudo decir Ana desprendiéndose de la dulce caricia.

—¿Qué haces? —exclamó Pedru extrañado de la actitud de ella— No te vayas... Es nuestro sino querernos por encima de todo...

Ana, como si tuviese alas en los pies, subía la cuesta como si en el trayecto no existieran obstáculos, y Pedru quedó como antaño, desolado y lloroso.

Al entrar en el palacio, el ama se alarmó:

—¿Qué te pasa, Anuca?

—Me encuentro muy mal...

—¿Buscamos un médico? Ahora no está aquí el Toñu, pero yo bajo en un momento al molino y encargo a Pedru que busque un médico y lo traiga como sea.

Y como Moncha iniciase la partida, Ana le gritó:

—No. No hagas nada, ama... Prepara una taza de té y llévamela a la cama.

El Nansa, el molino, el molinero. La tentación. La oración. El deseo. La reclamación de la carne. ¿Sería capaz de resistir sus impulsos? Algo heroico se pedía a sí misma. Era su destino y ¿podría esquivarlo?; como el Nansa, que aparta obstáculos, salta por las rocas, se desliza por los hondones, a veces luce en un valle, escapa a la doma de un puente, siempre luchando para llegar al fin de la entrega amorosa, fundiendo sus aguas dulces y perfumadas, en las saladas y poderosas del mar, ayudadas por la montaña partida en dos, para facilitar sus bodas o su muerte.

Ese era también su destino: los brazos de Pedru, los besos de Pedru... Tona era la montaña adusta, fuerte y pétreo que no le dejaría paso.

—Ama —díjole cuando ésta entraba con el té— dile a Toñu cuando vuelva que prepare el coche...

—¿A Santander, Anuca?

—A Cádiz, ama.

—¡Virgen la mi madre!... ¿Así? ¿De pronto?... ¡Y yo que me creí que no te irías nunca más...! ¡Que le habías tomado querencia a la tierra...! Bueno, ¿y cuándo volverás...?

Hizo una mueca de tristeza, que quiso ser sonrisa y con infinita amargura contestó:

—¿Volveré, ama, volveré?

¿Qué adivinó súbitamente la anciana para decir muy convencida:?

—Volverás, porque tienes que volver..., y porque tu sino es vivir aquí, con los tuyos, conmigo, que soy como una piedra más de la montaña, como un árbol de este bosque, como una piedra más del palacio, y con los hijos de Pedru, con el río y el molino... —y tras una pausa esperando que hablara Ana, dijo muy convencida— ¡Volverás!

¿Volveré?, se iba preguntando ansiosamente, ¿Por qué me voy?, se interrogaba perpleja. Nos queremos. Deseamos vernos, estar juntos, char-

lar... Y besarnos, y abrazarnos, y fundirnos... Que mi cama no me acoge con placidez porque necesito que él duerma junto a mí... Que me despierto desilusionada porque mi felicidad de la noche solo fue un sueño... que hundo mi cara en la que pudiera ser su almohada, buscando su boca... Que odio a Tona porque lo puede sentir respirar junto a ella... Que odio a Tona porque es la madre de los que pudieron ser mis hijos... La odio porque ocupa el puesto que pudo ser mío... Que le dejé la vía libre huyendo, como ahora... Como ahora...

—¡Toñu! —ordenó— volvemos al palacio: busca donde dar la vuelta...

No dejaría escapar su dicha. Ni religión, ni actitudes sociales. Defendería su amor aunque tuviera que romper con el mundo entero... Nada de ligaduras convencionales... Pedru y ella... Los niños... ¿qué pensarán los niños?... ¡Bah, ellos la quieren...

Toñu encontró al fin anchura suficiente para volver el coche.

—¡Toñu, no hagas la maniobra, continúa...; vamos a Cádiz.

Toñu no comprendió el llanto convulsivo de la señorita... —"Los ricos no saben lo que quieren.." —pensó sentencioso.

Abajo, en el molino, Tona comentaba con su suegra:

—Los niños subieron al palacio y dicen que la señorita se fue ayer antes de ponerse el sol... Se ha ido sin despedirse... Esas gentes tienen un orgullo tan grande, que a los demás nos tratan como a cosas... ¿Se despidió de tí, Pedru?

El esposo apenas pronunció unas palabras que nadie pudo escuchar y salió de la casa. Miró a lo alto. Una paloma suave y tierna que se le escapó; un torrente de amor destrozado; un fuego llameante convertido en cenizas; una esperanza rota. Y por ella sería capaz de todo: ni hijos, ni mujer, ni madre. ¡Su Anuca! Que no podía vivir desde que ella volvió. Que no quiso verla porque se sabía cobarde. Que no le importaba que ella jugase con él, mientras le dejase que la besara ¡qué importa ser su juguete! Que no soportaba la presencia de Tona. Que le asqueaba compartir la cama con ella. Que le era imposible corresponder al cuerpo de Tona aunque ella insistía como animal en celo, que tenía que pretextar motivos imaginarios para negarse a satisfacerla. Que rechazaba a sus propios hijos por envidiar-

les que pudieran visitarla sin tapujos. Su cariño era tan fuerte como la montaña y tan impetuoso como el Nansa. Querría ser río y morir; morir como el Nansa, volcándose en las aguas salobres, como si ellas fueran su Anuca. Y era doloroso pensar horas y horas, minutos y minutos, en una felicidad imposible. Jugaría con sus deseos: que ella vuelva y se realice lo inevitable. Y ahogarse en el trabajo. Y mantener la dulce esperanza de su vuelta.

Volverá. Seguro que volverá.

Pedru recordó el final de unos versos que un día escribió un montañés:

*Por allí fue un amor
confundido en la brisa.
Desde entonces mi molino
muele mis melancolías.*

El Nansa corría presuroso a su destino. Arriba el palacio. Las ramas del roble se mecían en suave vaivén. Un pajarillo trinaba con júbilo.

Pedru estrujó con rabia las gruesas lágrimas que corrían por su rostro y miró desafiante al roble, al pájaro, al cielo.

Puerto Real, junio 1988

Paula Contreras

EL NIDO

*A José Barroso Herrero
en recuerdo de su amigo Fermín*



Una pareja bien emparejada. ¿Empezamos por él o por ella?

Lourdes, portorrealeña por todos los costados, era preciosa y llevaba su estirpe con el natural garbo de la tierra, como si una salina le prestara su cuerpo y las olas grandes de este mar chiquito la envolvieran en sus bailes.

Ramón, su feliz consorte, opinaba que ella era la más hermosa, fina, salada, buena, servicial, trabajadora y amante de todo Puerto Real. Es que el enamorado sólo ve perfecciones en la persona amada. Y lo mismo pensaba ella de él: como su Ramón, nadie.

Vamos a hablar del nido de ellos; la casa, el hogar de una pareja que se quiera hasta la adoración es eso: recogimiento, paz, gozo, esperanza. Lourdes y Ramón tenían un nido: las habitaciones comunes y las reservadas para cuando aumentase la familia, que parecía tardar, según el deseo de ambos; y tenían además un patio al que ellos llamaban Edén, porque en él crecía un naranjo —¡qué olor el azahar en primavera!— y una fuentecita con surtidor —¡qué juego de luces cuando los rayos del sol se entretenían jugando con el chorro, que en su caída natural parecía reírse!— tenían arriates al amparo de las paredes con rosales luneros, con violetas, con margaritas... ¡bueno, un jardín que además tenía cenador cubierto en verano con hiedra! Digno nido para tal pareja.

Ramón disfrutaba leyendo, porque leer era, después de su Lourdes, su placer favorito; la mejor sombra la proporcionaba la torre de la iglesia donde celebraba el culto la comunidad de religiosas que atendía la residencia de ancianos de Santa Joaquina de Vedruna. Ya era suerte que el nido de

Lourdes y Ramón tuviera junto a sus paredes un vecino que se escribe con mayúscula y se pronuncia con unción.

—Ramón ¿te das cuenta de que pronto se irán los fríos? Ya están volviendo las cigüeñas...

Estaban los dos en la cocina; él miró por la ventana a la torre y contestó —Es la misma pareja del año pasado; ahora prepararán el nido para recibir a los cigüeñitos...

Y los dos quedaron entristecidos unos segundos y callados porque ninguno quería herir al otro lamentándose de la tardanza de "sus niños". Lourdes rompió el corto y pesado silencio: —Hoy hace cinco años...

Y Ramón: —Cinco años que estamos juntos.

Y Lourdes —Parece que fue ayer cuando nos casamos...; mira mi anillo y mi pulsera que no me la quito ni para dormir, porque cuanto tú pasas la noche de vela en el Dique, me toco la pulsera y me hago la ilusión que eres tú el que me tocas...

—¡Lourdillas...!

—Esta noche lo vamos a celebrar los dos por ahí y estrenas la chaqueta nueva...

Harían lo que ella dijera, como siempre... ¡y la chaqueta era de postín! ¡Qué felicidad quererse tanto! ¡Y ya vendrían los niños a tiempo de disfrutar del cálido ambiente de aquel nido! Todo preparado para cuando fueran llegando; Ramón y Lourdes soñaban que llegaría el día en que ampararían al primer hijo lo mismo que el cigüeño y la cigüeña hacían arriba en la torre de la Victoria.

Es que arriba en la torre había otro nido, pero de cigüeñas. A Ramón le gustaba observarlas y se compró un libro que hablaba de ellas, por eso sabía de sus costumbres y era tema de conversación con los amigos: que llegaban por San Blas y que se marchaban cuando las crías estaban aptas para el vuelo; venían siempre en bandos no muy numerosos formados en dos filas divergentes cruzando el espacio a gran altura y cada pareja busca el nido donde anidó el año anterior; si lo encuentran destruido, buscan otro lugar más hospitalario para hacer otro nuevo; si lo hallan intacto, como este

de la torre de la Victoria, que desgraciadamente para los cristianos no tiene campanas y que para las aves es seguridad de no ser molestadas, añaden nuevos materiales: ramas secas amontonadas en gran número, casi una carretada de leña, sin exagerar, porque Ramón lo había comprobado año tras año estudiando sus costumbres y hasta sus alimentos: ranas, renacuajos, lagartijas, culebras pequeñas y toda clase de insectos, ratoncillos y topos. Unos animales útiles son estas aves.

En cuanto había ocasión desarrollaba el tema de las cigüeñas y siempre tenía personas que escuchaban admiradas de tanta erudición; lo que más le gustaba a Ramón era hablar de cómo trataban en otros países a estos curiosos animales: que en Holanda, Alsacia y en otros sitios de Europa es costumbre poner en los tejados una cesta o una vieja rueda de carro que les sirva de base para hacer el nido; que en Marruecos, se ven hasta dos y tres nidos de cigüeña en cada casa y en la ciudad de Marrakesh hay un asilo de cigüeñas que se encuentran enfermas o heridas; que los moros dan a estas zancudas el nombre de "bel larey", que significa "el hijo del cojo", sin duda aludiendo a la costumbre que tienen de descansar erguidas sobre una pata, con la otra doblada bajo el vientre.

Lourdes lo escuchaba siempre encantada.

—¡Qué pico tienes, hijo! ¡Lo que sabes!

—Es que lo leo, Lourdes, y sé muchas más cosas de ellas...

—Pues a mi si no fuera porque me dan compañía y me gusta oír sus castañuelas...

—Crótalos, crótalos...

—Suenan como castañuelas, pero les estoy tomando ojeriza.

—¿Por qué?

—Porque se ensañan con nosotros; cuando nacen los cigüeñitos y se asoman a mirar este patio y los padres empiezan a dar vueltas y vueltas por encima, me parece que me dicen: "Rabia, rabia, que sois unos "esaboríos", que no tenéis salero para llenar este jardín con esas flores que deseáis"

Parecía que Ramón no estaba muy bien de salud y Lourdes comenzó a inquietarse: —"No hagas vela esta noche..." —"¿Vas a salir?" —"¿Otra vez vas a salir?"

Sin embargo Ramón no se quejaba ni había perdido el apetito, solo que parecía estar cambiando los hábitos.

A Lourdes, el temor a que se estuviera incubando una enfermedad se le agrandaba cada día más, porque ella no pensaba en que a veces en un matrimonio irrumpe la rutina y con ella el hábito se empareja con ramalazos de indiferencia.

Lourdes dio en su cabeza muchas vueltas pensando en la amenaza de la enfermedad o en el aburrimiento y se trazó un plan por si era esto último. Lo primero arreglarse más: peluquería, maquillaje, ropa que la dibujara bien sus curvas, etc...; y mucho más cuidado en las ropas íntimas, que tenían que ser llamativas e insinuantes.

Ramón respondía bien a todos los señuelos y Lourdes se hubiera tranquilizado por completo de no haber ocurrido, justamente en primavera, cuando se dice que "la sangre altera", lo que ocurrió.

Aquel día, cuando Ramón llegó a su casa terminado su trabajo en el Dique, Lourdes aun no había vuelto de su visita de embellecimiento.

La tarde era maravillosa, luminosa, perfumada, y las cigüeñas volaban haciendo círculos alrededor de la torre; Ramón observó que el vuelo no era el pausado que acostumbraban, sino rápido e indeciso: "La hembra tiene que aovar y los dos están nerviosos, como si les faltara algo..."

Y esto lo dijo Ramón en voz alta. Decidió entonces sentarse en el cenador para seguir observando; previamente se quitó el reloj de la muñeca, lo metió en el bolsillo derecho de la chaqueta, que dejó bien colocada en el respaldo del sillón, y entró en la casa para lavarse las manos; y secándose las llamaron fuertemente a la puerta.

—...que el tío Antonio se había puesto muy malito y que había que llevarlo a Cádiz para ingresarlo.

Ramón salió sin dudarle un momento a la casa de su tío a "lo que hiciera falta".

Las cosas ocurren, dicen, porque tienen que ocurrir.

El tío Antonio fue ingresado. Se recuperó pasados unos días y volvió a su casa feliz y agradecido a Dios y a su sobrino Ramón, del que decía:

"Si no es por él estaría yo en el "patio de los callaitos", porque Ramón ni siquiera se entretuvo en ponerse la chaqueta".

Todos elogiaban la conducta del sobrino que se había elevado a un alto puesto moral en el seno de la familia. Desde entonces se hablaba tanto del convaleciente como del sano, porque "si no hubiera sido por Ramón..."

Sólo Lourdes era parca en elogios. Cuando pasaron los peores días de la estancia en el hospital, cuando ya se adivinaba que todo iba a volver a la normalidad, fue cuando Lourdes preguntó:

—¿Dónde dejaste la chaqueta, Ramón?

Y pareció que hasta el momento de la pregunta ni siquiera había pensado él en su ropa.

—¿La chaqueta? ¿No la llevo puesta?

—Te pregunto por la nueva, la que te regalé este año para celebrar los cinco de casados.

—¡Ah, es verdad, la nueva! —pensó un momento intentando recordar, se dio una palmada en la frente y andando hacia el jardín, iba diciendo: — ¿Será posible que todavía esté en un sillón del cenador?

—¿De qué cenador?

—¿De cual va a ser? ¡Del nuestro!

—Ahí no hay ninguna chaqueta.

—¿Que no? Estará en casa de mis tíos, ¡yo qué se! Me parece recordar que la puse en el cenador cuando fui a lavarme las manos, todo fue tan atropellado...

—La chaqueta no la llevabas puesta, eso está claro porque todos te vieron en mangas de camisa y sin reloj.

—¿Dónde he puesto el reloj?

—Tú sabrás donde te lo has dejado... No lo llevabas y varias veces preguntaste a unos y a otros por la hora.

—¿Qué me ha pasado entonces, Lourdes?

—Tú sabrás y no te hagas el despistado... Yo también lo sabré... — estas últimas palabras las pronunció con un trémolo en la voz que Ramón se le acercó asustado.

—¿Qué te ocurre Lourdes? Date cuenta que estamos pasando unos días de desconcierto... La verdad es que yo no recuerdo donde he dejado la chaqueta y menos el reloj... porque tú te refieres al reloj que me regalaste por Navidad.

—¡Claro! El de oro.

—Pues no se... Como no puedo estar sin reloj me puse el otro, míralo.

—Si ya lo veo, si está a la vista... —y añadió mirándolo desafiante y agresiva: —Lo que quiero ver es la chaqueta y el otro reloj, conque, a ver como te apañas para traerme las dos cosas.

Y dicho esto, entró en la alcoba y la cerró por dentro.

Se estropeó el maravilloso nido, solo con la sospecha de que la chaqueta y el reloj habían quedado en casa de otra mujer.

...¿Qué mujer? Lo averiguaría por sí misma, sin que lo supieran las amigas, sin darle "tres cuartos al pregonero"; obraría con sigilo para que no se pudiera hablar de su desgracia, porque era una gran desgracia saber que él y la otra se estaban burlando de ella; y menos mal que se había dado cuenta a tiempo; si en este mundo no queda nada oculto; si más o menos tarde todo se sabe; pero ¿cómo no se dio cuenta antes? ¡qué tonta! Y venga gastar dinero en perfumes y ropa "porno"; eso le dijo la Tere cuando se la vendió: "¡Hija, Lourdes, no escatimes en tu persona, mira que "la mujer compuesta quita al marido de otra puerta"; quédate con estas braguitas". ¡Qué boba! Y ahora vienen las lágrimas... Tere le preguntaba: "¿Qué dijo Ramón cuando te vio?" —Y las dos rieron con picardía; —"¿Se entusiasmo?" —¡¡Digo!!"; contestó ella con orgullo.

¡Qué tonta! ¡Qué requetetonta!

La cosa no se quedaría así, ¡lo juraba por la memoria de su difunta madre! Tenía que traerle la chaqueta... La haría trizas y después al fuego, y el reloj machacado con el martillo y después a la basura...

¿Y quien es la otra? ¿Dónde vive? ¿Dónde se ven? ¡Qué desgracia tan regrandísima! ¡Y él haciéndose el tonto desmemoriado...!

Lourdes no abrió la puerta de la alcoba a pesar de las súplicas y de las amenazas que le dirigía Ramón.

Y él no comprendía. ¿Dónde dejaría la chaqueta? Siempre, tras muchas suposiciones, volvía a que él llegó del Dique, se la quitó, el reloj también, la dejó en el respaldo de un sillón del cenador y entró en la casa a lavarse las manos. Y al llegar a este punto no recuerda nada referente al asunto; todos coinciden en que él acudió a casa del tío en mangas de camisa y sin reloj.

Tal vez, con las prisas, dejara la puerta abierta y entró algún ladronzuelo que arrambló con la chaqueta; piensa que pudo ser así, pero es que el primo Pepe asegura que cerró la puerta con llave... El primo Pepe está confundido; seguro que dejó la puerta mal entornada; seguro que el Edelmiro entró y se la llevó para venderla o cambiarla por droga... ¡eso es! ¡cómo no se le ha ocurrido antes!

Pero el Edelmiro llevaba más de una semana ese día en la cama con unos calenturones que lo estaban haciendo polvo; no pudo ser él; ¿quién entonces?

A partir de este primer disgusto se les hizo la vida en común insoportable. Lourdes buscaba motivos para no estar en casa cuando Ramón volvía del trabajo; él permanecía horas y horas en lo que llamaron el Edén, sin leer y sin abrir la radio. La hora de la cena se convirtió en un tormento; ella "picaba" en la cocina y preparaba en una bandeja una tortilla y fruta colocándola en la mesita al lado del sofá de la sala de estar frente al televisor, que ella no veía nunca porque sin mediar un "buenas noches" se volvía a encerrar en el dormitorio; la bandeja amanecía con la comida intacta, hasta que un día apareció cubierta de hormigas y desde entonces dejó su "servidumbre" de cocinar para el canalla.

Pero el "canalla", triste, solo, macilento, desconcertado, era preso de una enfermedad de la que solo saldría si Lourdes, su Lourdilla del alma, aceptaba que alguien robó la chaqueta.

Pasaban los días y las noches aumentando el doloroso estado al que había llegado la vida en común... ¿En común...? Ella encerrada en la alcoba

y él tumbado en el sofá-cama del cuarto de huéspedes. Ella... ¿En qué pensaba ella? ¿Por qué aquellos celos? ¿Por qué se inventó que él tenía un "lío" con otra? ¿Con quién...?

Y Lourdes se atormentaba haciéndose la misma pregunta: ¿Con quién?

—A tí te pasa algo, Lourdes— le decían, preocupados los familiares.

—¿Qué os pasa a los dos? —se atrevían a preguntar— ¿Qué está pasando en vuestra casa que el Ramón está del color de la cera y adelgaza por días?

—¿Para qué están los médicos? Es urgente hacerse un chequeo, pero los dos, los dos...

En la soledad de la noche, en la amplia cama vacía porque no estaba él...; cuando rendida le llegaba el sueño, instintivamente, por una costumbre arraigada en los cinco años de matrimonio, sus brazos y sus piernas buscaban el cuerpo de Ramón; despertaba súbitamente, se incorporaba, encendía la luz..., era una tremenda tortura recordar escenas vividas de juegos amorosos, donde ambos triunfaban siempre; insomnio, pesadillas, recuerdos y hasta deseos desesperados de encontrarse en los brazos de él, porque sin "querer lo seguía queriendo"; porque le daba rabia desear el fuego de sus caricias; porque no podía aborrecerlo; porque tenía que aguantarse las ganas de salir y prepararle el desayuno y el cesto que llevar al trabajo; reprimirse el deseo de acercarse y decirle: "No me importa compartirte con otra, Ramón de mi vida..." Pero no, no lo haría. Se mantendría dignamente, estrujándose el corazón...

En el nido ya no había calor.

Tampoco lo había en el de la torre de la Victoria porque la pareja de cigüeñas, cumplida su misión natural de dar vida a unos pollos y de enseñarlos a volar, lo habían abandonado para marchar a tierras africanas; en el cielo se había desarrollado en el largo tiempo que Ramón y Lourdes iban ampliando su desdicha.

—No soporto que sigas fingiendo inocencia; aclárate de una vez y vete con la otra...

—¡Si solo te quiero a ti! ¡Si eso de que hay otra son figuraciones tuyas!

—¿Figuraciones mías, cuando no aparecen ni la chaqueta ni el reloj?

—Ya te he dicho mil veces que un ladrón...

—¿Un ladrón? ¡Y dale con el cuento del ladrón; aquí no hay más que una ladrona, ella, la otra...! ¡Pues vete de una vez y no te hagas el santo! Yo me quedaré aquí sola, sola, solita...

Terminaba llorando.

Y Ramón, para poner fin a la situación, estaba decidido a salir de la casa, porque de no hacerlo, tendrían que internar a los dos para curarlos de demencia.

Dejaron de sonar los crótalos de las cigüeñas.

Desaparecía el rigor del verano.

Comenzaron los árboles a cambiar sus verdes por amarillos y ocres.

Y el azul del cielo palideció más.

El aire, fresquito y dulzón.

Y el sol, continuaba sus despedidas remolonas llenando de oro la calle de la Plaza.

Y las tres torres de Puerto Real parecían empinadas para darle el adiós de cada tarde.

La torre de la Victoria era la última en la despedida, y el nido, ya vacío de las cigüeñas, simulaba un incendio; cambiaba la luz y la torre parecía suspendida en el aire; dentro de ella, abajo, el VECINO seguía acompañando a Lourdes y Ramón.

Y ellos no se daban cuenta. No. Sentíanse tan desgraciados, tan desconsolados, que pensaban en la muerte como alivio.

Era la última tarde que pasarían los dos en la casa, Lourdes estaba poniendo en orden paquetes con sus cosas personales. Luego, al anochecer vendría su hermana a recogerla y no sería un espectáculo gratis el ver como cargaban el coche con tantos bultos. Trajinaba en estas labores de recogida de sus cosas con mucha parsimonia, porque le costaba un dolor tremendo

la separación que ella misma había impuesto; pero aunque le doliera no se volvería atrás. "¿Y si fuera verdad lo del robo?" "¡ojalá lo fuera!" Allí estaba él, sentado, tranquilo, como el que no ha roto un plato en su vida; la felicidad se escapó de su casa y la fe en los demás, también. Le estaba costando arrancar de la casa "sudores de muerte"...

Si él dejara el cenador, entrara en la casa, se acercara a ella y le dijera nada más que unas palabras: "Pasemos este bache y empecemos de nuevo..." Pero él no diría nada, ya que su orgullo de hombre no se lo consentiría. ¡Y sería tan maravilloso...!

Allí estaba él, tranquilo al parecer, pero con el corazón angustiado. Miraba a la torre y al nido vacío; la pareja de cigüeñas habían emprendido el regreso acompañados de sus tres hijos y volverían el próximo año para seguir queriéndose y criar nuevos polluelos.

Se enfriaba el aire, Ramón se estremeció. Podía entrar en la casa ¿por qué no? y hasta hablar algunas palabras aunque ella siguiera fingiendo no oír para no contestar. Podría decirle: —"El tiempo aclarará este asunto y sabrás que en mi vida solo has entrado tú; que te quise desde que ibas al Santo Angel y yo a los Hermanos... El tiempo dirá que nunca he dejado de quererte..." A Ramón se le hacía un nudo en la garganta y los ojos se le llenaron de lágrimas, quizá por eso no pudo notar que en el cielo se habían amontonado negros nubarrones y que el viento, que pocos minutos antes era apacible, se había tornado turbulento; es que no se daba cuenta porque solo pensaba en el bien perdido: en las sonrisas y zalamerías de Lourdes, en los besos de Lourdes, en las manos sabias de Lourdes; había perdido la dulzura de su compañía en el lecho; aquel buscarse mutuamente; aquel reposo de los cuerpos satisfechos; había perdido el mayor tesoro del mundo, el que tienen los matrimonios que de verdad se quieren y saben perdonar...

Pero si a él no había que perdonarle absolutamente nada...

Oscuridad casi total hasta que un relámpago destacó la silueta de la torre que Ramón contempló como si viera por vez primera el enorme nido que se estaba bamboleando por la fiereza del viento; dentro del jardín algo estaba cambiando; el naranjo agitaba sus ramas como enloquecido; los rosales estaban abatidos con sus más hermosos tallos tocando el suelo; parte del techito metálico del cenador saltó por el aire; las butacas se habían desplazado y volcado sobre los arriates aplastando las flores; goterones de

llovía tamborileaban en la cubierta que aún conservaba el cenador; el agua caía con fuerza, impetuosa, torrencial.

—¡Ramón! —llamó suplicante Lourdes desde la casa—. Entra, que esto es un huracán.

Como un huracán soplaba su corazón al sentir la llamada de su mujer, y como un sonámbulo llegó hasta ella, sin querer mirar los paquetes que ya estaban preparados para la marcha, porque le apuñalaban las pupilas. Por eso cerró los ojos, y a punto estuvo de caer desvanecido si ella no le hubiera agarrado por un brazo, hablándole asustada —"Mira, mira Ramón, el nido de la cigüeña está a punto de caerse, y hasta la torre parece que puede desplomarse, ¡qué vendaval más horroroso!

Un vendaval se estaba formando dentro de Ramón, que sentía, a la par que el brazo de ella, la sangre de todas sus venas recorriendo su cuerpo, estrujándolo y dilatándolo, apretando sus sienes, zumbándole los oídos y un temblor cruel que lo zarandeaba en un espasmo infinito.

—¡Ramón! ¡Ramón! —gritaba ella con terror.

El nido cayó sobre el cenador esparciéndose la leña, piedra, trozos de marcos de ventanas, asientos y respaldos de sillas, hierros y pedazos de mantas, andrajos de vestidos, todos los objetos que habían recogido las cigüeñas para acomodar el nido donde nacerían sus polluelos.

El agua estaba llenando el recinto y hasta insinuaban una pequeñas olas que arrastraban hacia la casa las más extrañas cosas, como un bulto oscuro de gruesa tela que se resistía a posarse en el pavimento.

—¡¡Ramón!! —gritó Lourdes con los ojos desorbitados.

—¿Qué...? —gritó él también sorprendido de sentir los brazos de ella rodeando su cuello en una caricia rendida, mientras sollozaba y reía. —¿Qué...? ¿Qué...? —seguía Ramón preguntando.

—Mira —y señalaba un bulto oscuro que flotaba en el improvisado estanque que había formado la lluvia.

Y aunque la tormenta estaba en aquellos momentos en su mayor furor, aunque los relámpagos se sucedían casi a la par que los truenos, Ramón saltó al agua, apartando hierros y palitroques; cogió el bulto y lo alzó sobre su cabeza aguantando gozoso los chorreones que desprendía y que calaban

su cuerpo; como el mejor trofeo ganado en una tremenda lucha, llegó al escalón y en aquel instante se desprendió el reloj que al chocar con el mármol...

¿Dijimos que el bulto oscuro era la célebra chaqueta? ¡Qué jugada hicieron las cigüeñas a la pareja!

Empapado en agua, sin soltar la chaqueta, se entregó Ramón en los brazos de Lourdes, que dijo, con los ojos rebosantes de lágrimas y de agua:

—Siento un repique de gloria...

Y Ramón, que todavía no se había repuesto de emociones y sorpresas, miró a la torre, creyéndose que de verdad repicaban... En la torre de la Victoria hacía años que las campanas desaparecieron; pero él las sentía, las escuchaba en sus oídos, o tal vez...

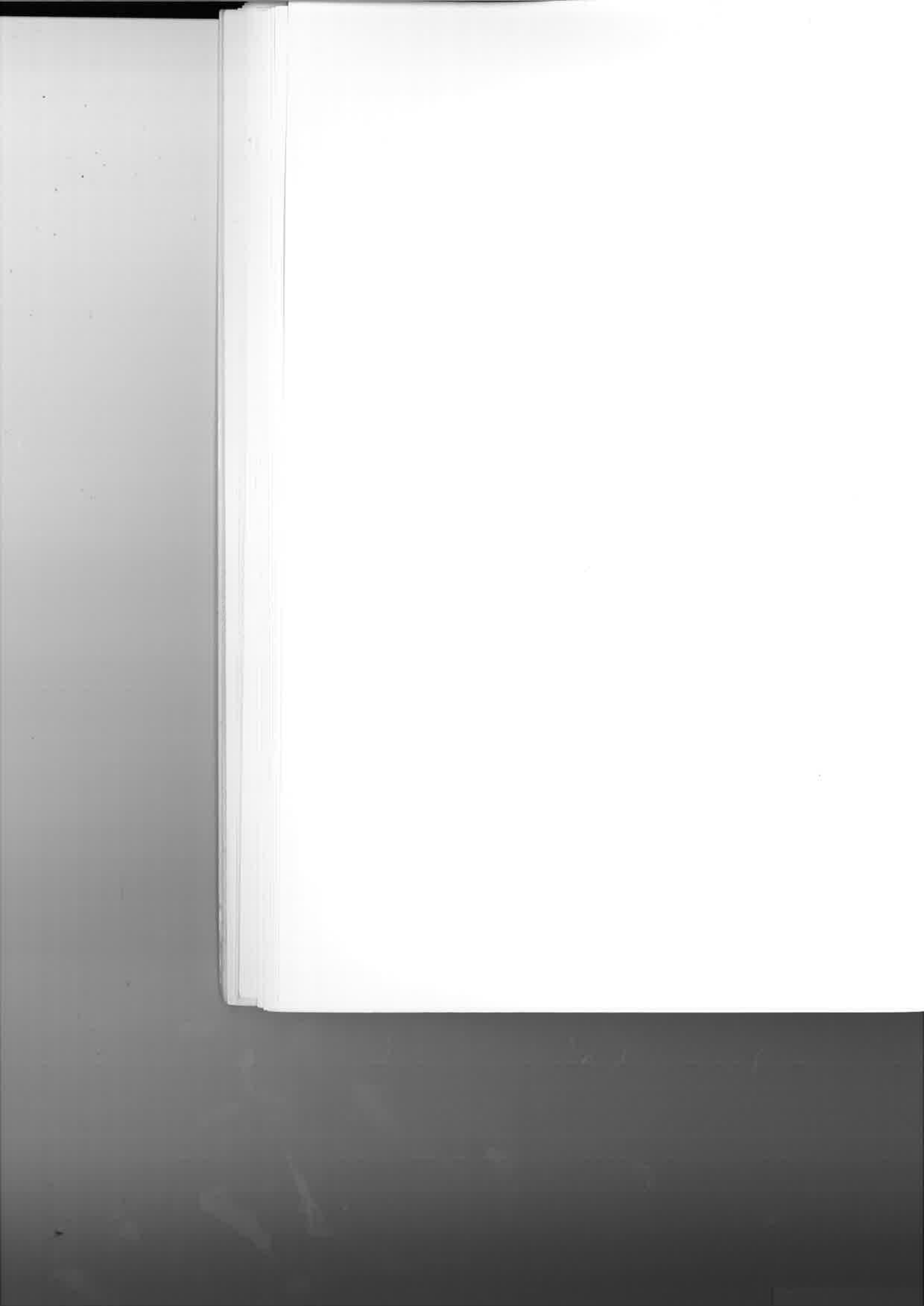
Sí, Sí. Sonaban campanas, pero en su corazón y en el de Lourdes.

Puerto Real, 14 - 8 - 1988

Paula Contreras

LUCIA Y ANTOÑON

A Pablo, mi nieto poeta.



Se llamaban Juan y Antonio, nacidos en el mismo día.

—¿Sabes? La Flora parió esta madrugada un macho.

Y casi al mismo tiempo, otra persona daba este parte:

—¿Sabes? La Justa parió un macho.

Y sí que era casualidad que Justa y Flora, tan amigas, dieran a luz casi a la par.

Ambos niños crecieron juntos y fueron educados según las normas y usos de la época; aprendieron en la "miga" las primeras letras y algo de números, lo suficiente para contar con los dedos, pero tan listos los chiquillos que aprendieron por sí mismos cuanto les era necesario para andar por la vida. El de Flora se llamó Juan, como su padre, y por la misma razón de ser obligado el nombre de los nacidos como el patronímico del padre o del abuelo paterno, el de Justa se llamó Antonio; morenos los dos, fuertes y ágiles; a la vez, con diferencia de horas, pasaron el sarampión, la escarlatina y la varicela; de todas las enfermedades salían más robustecidos y llegaron a ser la pesadilla de la vecindad, porque siempre estaban ideando diabluras y disparates.

—Ya se apaciguarán —decían los padres— todos hemos sido niños y ellos son como cachorrillos de perros, como potrillos sin domar.

Las madres tenían este concepto muy asumido,

—¿Por donde anda el Antoñuelo, Justa?

—Por ahí, abuelo —y señalaba con un gesto a la calle y luego le guiñaba un ojo y señalaba algo lejano y no visible, para añadir: —Por ahí, potreando.

—¡Mecachi en los mengues que afinao nos ha salido...!

—Que es un macho de una vez, abuelo —y le sonrió —¡Que tiene a quien salir! —continuaba a modo de piropo.

Y al abuelo le gustaban estas alusiones, porque además en el físico también se parecía el chiquillo a él. Nada de al padre o al otro abuelo; se parecía a él. A él, aunque el Antoñuelo tuviera un pelo suave y abundante; él no podía compararse con el nieto porque su cabeza estaba monda y lironda, según el decir, pero tuvo en su tiempo un pelo negro y crespo...; a la madre le oía decir: "Este hijo mío no tiene pelo, en su cabeza hay más crines que tiene un buen caballo..." Eso de caballo le gustaba escucharlo, porque a él, sobre todos los animales, le pirraban los caballos... "¿Acaso hay en el mundo un animal más hermoso y noble que un caballo? Algún día compraré uno. Jamás lo consiguió. Y les acariciaba el cuello hundiendo los sucios dedazos en la blonda de las crines como si las pasara por la cabellera de Lucía. Sonreía socarrón al recuerdo. La Lucía lo había trastornado desde que la conoció: había llegado por primera vez a la aldea un día de otoño, en plena vendimia, con su familia a buscar trabajo; ella, sus cinco hermanos, los padres y los abuelos maternos. Ocuparon la casita que estaba junto a la suya, bastante buena ¡ya la hubieran querido otros!; la cocina de entrada, dos salas en las que cabían tres catres en cada una y la cuadra con dos pesebres, un patinillo con pozo medianero y un cobertizo con pilón para la lejía y lebrillo para lavar; en la pared, estacas donde colgar canastos y ropa de trabajo. Por aquella época le llamaban ya el Antoñón y nadie lo conocía por sus apellidos. Ese nombre lo llenaba de orgullo por el significado de fortaleza, salud, capacidad para el trabajo, poderío y... ¡burro!, sí, le gustaba que le llamaran burro.

—Este es mi hijo mayor, señorito —se lo presentó ufano al dueño del cortijo donde fue su padre contratado para cavar pies a los olivos —dentro de poco cumplirá los diez años, pero rinde en las faenas como un hombre.

El "señorito" lo sopesó con la mirada y exclamó:

—¡Vaya que sí! Es todo un jayán.

No le gustó la palabreja, y metiéndose los dedos por la maraña de su cabellera, gritó desafiante:

—Yo seré un burro pero no un jayán...

A punto estuvo el padre de ser despedido; luego se arreglaron las cosas y todo marchó bien. Lo peor fue lo de la "señorita" ama, que no lo dejaba entrar en el cortijo porque dio en decir que tenía piojos. ¿Y qué chiquillo no los tiene? Su madre lo despiojaba de vez en cuando pero el "ganao" de su cabeza era de lo más porfiado. "¡Hijo, que tienes en las greñas más bichos que hay en la dehesa!" Se enternecía siempre que recordaba a la madre con un delantal blanco en una mano y la peinilla en la otra; le hacía sufrir mucho porque no consentía lavarse ni ponerse ropa limpia. Hasta que llegó la Lucía a su vecindad y tuvo su familia que compartir el pozo con los recién llegados. Lo recuerda todo como si hubiera ocurrido en aquel momento: volvían de cortar uvas en la viña y él traía del ronzal al borrico con el serón rebosante de racimos de uvas de colgar, las que maduraban pendientes de una guita de las vigas y que se comían allá por las navidades; la Lucía tenía los brazos al aire y dos trenzas gruesas y rubias.

¡Qué hermosura de mujer! ¡Qué completo su cuerpo! Todavía, todavía a sus sesenta y cinco años tiene un cuerpo peleón, sí, peleón; desde que él empezó a pedirle favores, comenzó ella a luchar... "Dame la mano, Lucía... —A ver si te das arte para cogerla...", y la muy sabihonda jugueteaba como una gata con un ratón; el ratón era él, que se volvía loco queriéndole coger una mano que más parecía una palomita escabulléndose siempre, porque ella podía más y eso que parecía una cañita nueva de las nacidas en el vado del riachuelo del olivar... ¡Lucía con sesenta y cinco años y todavía peleona, todavía juegan como dos novios... ¿Y quién dice que somos un par de viejos? Lo pareceremos, pero si alguien nos sorprendiera jugando tranquilos en la cama o a la media vuelta en la cuadra, en la leñera, en el corral...; más de una vez nos han pillado como tórtolos... "¿Qué hacéis en la cuadra? —preguntó la hija asustada —Estoy llamando y no me contesta ninguno y me asusto porque siento jaleillo por aquí..."

¡Lucía, ah Lucía! ¡qué torera, como salió al quite: "Hija, que tu padre entró aquí hace rato, no sé a qué, y vine a ver que pasaba, porque ya con la edad que tiene, hay que estar al acecho de cualquier cosa..."

Le molestaba oír que era viejo; no le hacía ni pizca de gracia; total, setenta años, cinco más que ella, ¿y qué? A la noche continuaban el juego interrumpido que siempre ganaba él, porque, había que reconocerlo, ella se dejaba al fin ganar.

—Apaga el candil —ordenaba Lucía desde el lecho.

—¡Mujer! Que me gusta verte..

Ella no quería luz y no porque le diera vergüenza, al contrario, más comprometedora...

—Apaga el candil... —seguía insistiendo.

—Me gusta mirarte

—Eres un viejo verde.

No. No era un viejo verde. Era ¡bueno, sí, un viejo! un viejo enamorado de su mujer; le seguía gustando todo lo de ella.

—¡Aquella mata de pelo espeso que yo tenía! ¡Aquellas trenzas tan rubias y tan largas que me llegaban más abajo de la cintura!

Verdad. Ahora su pelo es corto, ralo y blancuzco, un rodete ridículo sobre el cogote; ¡aquellos caracolillos que se escapaban del moño y que él no podía tocarlos sin que le recorriese una culebrilla por todo el cuerpo!, como si dentro le estallase una tormenta.

—Antoñón, hijo, que siempre serás igual, apaga el candil.

Por fin y de mala gana apagaba de un soplo la luz y se metía en la cama, buscando el cuerpo femenino con impaciencias juveniles:

—¡Lucía de mi alma, que cada día que pasa estás más hermosa y bonita!

—¡Quita, quita Antoñón, que ya no hay leña verde, ni seca, que ya se quemó toda y solo hay cenizas...

—¡Rescoldo, Lucía, rescoldo y el rescoldo calienta más que las llamas!

—¡Antoñón...! —gemía ella dulcemente entregada, despeinándole la cabeza, rascándole la barba hirsuta, pellizcándole las flácidas orejas; recorría el cuerpo varonil sorprendiéndose ambos con palabras viejas que les parecían recién inventadas.

—Siempre fuiste un jayán y fuerte como un roble.

Eran las palabras que él agradecía en lo más íntimo: "Ya no soy el que era aunque ella lo diga". "Apaga el candil, apaga el candil" y no cae en que

mis ojos se van apagando por falta de aceite que es la vida, y no quiere que yo note la ruina de su cuerpo, como la del mío..., pero con el cariño que nos tenemos no hay ruina ni despojos".

—¿Te acuerdas Lucía, cómo me gustaba manosear tus pechos antes de nacer el Antonio y después, cuando empezó a comer sopitas y dejó de mamar?

—Quieto, Antoñón, que me haces cosquillas... Ahora son dos bolsas arrugadas.

—A mí siempre me parece que estoy tocando unos globitos.

Abrazados quedaban dormidos y felices como niños inocentes.

El gallo se encargaba, cada amanecer, de llamarla con su canto agudo. Ella se asomaba a la ventana, miraba el cielo y pedía: ¡Señor, gracias por mi Antoñón, por mi hijo, por mi nieto, por mi nuera y cuando nos llames llévate a él, al Antoñón, primero y luego a mí. "Una sencilla oración, como su misma sencillez de mujer creyente y humilde, envejecida junto a su compañero; peleona, sí, pero ya sin grandes deseos de ganar batallas porque su carne estaba aplanada sin apenas necesidades y feliz de poder hacer posible, con la dulzura de sus caricias, el reposo de su Antoñón.

Que todavía, todavía, se creía un Sansón. ¿No se daba cuenta de que su cuerpo se iba venciendo hacia abajo? ¿Que andaba más despacio? ¿Que le pesaba el azadón y que no podía empujar el arado? ¿Que la cintura no la doblaba con aquella facilidad de los primeros tiempos? Se le achicaron los ojos y se despobló su boca. Y todavía, todavía, presumía de macho. Se creía, porque hacía buenas digestiones, que para él no existían garbanzos duros ni pellejosos (alguna que otra vez, la cosecha no era comible ni para los cochinos); por muy duros que fuesen los habicholones, él decía que estaban mantecosos..., y vengan tocinazos, morcillas, chorizos, carnes, quesos ¡ay! ¿de qué material era el estómago de Antoñón? Presumía de fuerza, de trabajador y de entender de todas las faenas del campo; presumía sobre todas las cosas de macho. Siempre fue un vanidoso, y no se daba cuenta, es decir, no quería darse cuenta de que el Tiempo pasaba por su cuerpo como un arado por un pegujar, o como un trillo por encima de la parva, dejándole surcos y destrozos en sus carnes. "Sí, —pensaba él— sí, ya no soy el que era —y miraba ensoñador y enternecido a Lucía— no, no soy el que era, pero todavía...", y sonreía ufano y dichoso.

Por eso, sabiéndolo su mujer se decía: "Cada día que pasa, se parece más a un niño y sin embargo cree que sigue siendo el Antoñón de antes".

Bajaba él la escalera ajustándose los pantalones con la correa.

—¿Una copita de Rute para matar el gusanillo?

Ella le tenía preparada la copa llena de aguardiente y el café caliente y las rebanadas de pan frito previamente mojadas en agua con sal, para facilitar su masticación.

—Cada día que pasa estás más bonita, Lucía.

El pozo era medianero con la casa contigua donde vivían Antonio, Justa y Antoñuelo.

—Abuelo —llamaba el chiquillo desde el otro lado del brocal del pozo— ¿me llevas contigo a la viña?

—¿Y la escuela? —se apresuraba a contestar Lucía. —Primero es la escuela... El niño tiene que aprender a leer, a escribir, a hacer cuentas, para que no lo engañen el día de mañana...

—¿Me han engañado alguna vez a mí? ¿Me ha hecho falta saber de números? ¿No tengo dos manos y dos piernas para el trabajo y dedos para contar? ¿Necesito saber leer? ¡Pamplinas!.. Eso se queda para los señoritingos y para los que no tienen redaños para trabajar —casi gritaba Antoñón siempre que Lucía abogaba por el aprendizaje de las letras y números; ella argüía:

—¿Cuando estabas en el servicio militar podías escribirme...?

—¿Y tú a mí...?

—Las mujeres somos aparte; además que yo no pude aprender porque siempre trabajé en el campo de sol a sol, o en la casa ayudando a mi madre. Y por eso me empeñé en que Antonio aprendiera, y tú que al campo, al campo a destripar terrones... Pues con el nieto te aseguro que no va a pasar eso; conque, a la escuela, Antoñuelo, a la escuela ahora mismito... —le ordenaba hablándole de brocal a brocal del pozo.

El chiquillo contestó: —No hay escuela, abuela, porque el maestro está malo con calenturas... ¿Me llevas, abuelo?

—Te llevo, pero ven pronto y me ayudas a aparejar la burra, que vayas aprendiendo a ser un hombre.

—¡Allá voy, abuelo!

Más tarde salían los dos como chicuelos de la misma edad; ágil y saltarín Antoñuelo; torpe y lento Antoñón. Y el perro, ¿Cómo se iba a quedar el Rubio en la casa cuando sus amos iban al trabajo? Lucía recomendó al pequeño: —Cuida del abuelo; que no le pase nada...

—¿Y qué me va a pasar, mujer! Ya te lo diré a la vuelta... —y reía, mostrando su boca vacía, de labios gruesos y resecos. Ella lo miraba maternalmente: "Es como un niño, como un niño travieso".

Y a continuar las faenas. El gallo se había encargado, como siempre, de anunciar el nuevo día: las aves se alegraban y salían a mostrar su regocijo en la candidez del cielo, porque el diario estreno era, es, puro para ellas y para todas las cosas de la tierra. Los hombres aparte, porque ni siquiera el voltear de la campanita en la torre de la iglesia parece cosa de ellos, sino una avecica más con cuerpo de bronce.

Lucía se apresuraba a bajar a la cocina y a preparar el desayuno de Antoñón, trajinando entre pucheros, leña y trébedes; colocaba los palos en el hogar, el puchero con agua para el café, encendía la candela y salía al corral. La algarabía de los animales era ensordecidora y rompía el sueño de Antoñón. Portando una olla grande, ella se acercaba a la cabra hablándole como si lo hiciera con un semejante: —Dios te guarde, Blanquita.

Y contestaba el animal con un tierno balido mientras se espatarraba dadivosa.

—Blanquita, que vales un cortijo ¡qué leche tan buena!

Y la cabra daba una topadita en la pared y hoxicaba después en el haz del abundante ramón de su desayuno particular. Lucía hablaba con Blanquita igual que lo hacía a otras horas con las gallinas y con los cerdos, pero la cabra parecía comprender cuando miraba con sus ojos cándidos y correspondía a los elogios dando cabezaditas al aire; y los pezones se acusaron grandes con sus múltiples orificios; y de la olla, subía a la vez que un olor caliente, una espuma alta irisada de pompas de nácar. Blanquita agradecía el ordeño, que la volvía de nuevo ágil y retozona, con unas grandes trompadas en su desayuno, y sus cuernos siempre enganchaban frágiles ramitas; y por eso, tal vez, emitía un singular balido que bien podría ser una

risa celebrando la travesura; luego la olla, con el rico contenido, la llevaba Lucía a la cocina para hervirla y servirle la leche al Antoñón.

Entretanto, la candela había perdido fuerza y Lucía la soplabá con la larga toba para avivar la llama; subía ésta en una roja lengua triangular apoyada en otras más pequeñas; y por fin el agua para el café comenzaba a borbotar y subía una espuma cavernosa y negra con tal ímpetu, que muchas veces no le daba tiempo a Lucía a apartar el puchero y se derramaba; era entonces cuando se formaba una fina y hermosa lucha en el hogar, porque las llamas se ofuscaban para reaccionar rápidas y consumir los goterones negruzcos mientras cantaban y danzaban por el triunfo, orgullosas y altivas; por el extremo de un palo se escapaba el jugo de su frescura en burbujas, como lágrimas ardientes absorbidas al solo resplandor de las llamas, que continuaban insensibles su danza y su música. En la olla el calor iba formando en la superficie blanca una maravillosa simetría.

Después, encima de la trébedes, la sartén con abundante aceite para freír el pan.

Es cuando Antoñón aparecía bajando la escalera apretándose la correa que sujetaba su pantalón.

¡Antoñón! ¡Su hombre! ¡El padre de su hijo! ¡Su amor! ¡Su vida! Que iba poco a poco perdiendo fuerzas, aunque no quería reconocerlo y exigía demasiadas veces satisfacer su cuerpo porque todavía, todavía... ¡tan impaciente!

Y todo pasa; la juventud quedó muy lejos; las estrecheces económicas también; ahora tenían de todo; aquellos primeros años fueron muy difíciles; Los dos trabajaron el campo para otros y ahorraron con fatigas, y gracias a eso tenían de todo lo que necesitaban y una viñita ¡ay, la viñita, qué recuerdos le trae! Antoñón guardaba la viña de noche desde el candelero; por las siestas iba ella a llevarle la comida; dejaba el niño en "la miga" o en casa de los abuelos; en la capacha iba de todo de todo lo mejor que encontraba del gusto de él, algunas veces hasta sardinas fritas, un par de huevos cocidos, recién puestos por sus gallinitas, el cogollo de lechuga más grande que encontraba en la huerta de Pepa la Morena, la pera, el albarillo suave y dulce... ¡lo mejor para su hombre! Y cuando el la veía avanzar por el sendero, tocaba la flautita de caña, que el mismo se fabricaba y le gritaba: "Eh, cómo te veo, pero no me meneo, que si me meneara, las cosquillas te buscara..." El Antoñón cambiaba el final común en todos los guardas de viñas "las costillas te quebrara..."; no siempre nombraba las

cosquillas, porque le gustaban otros términos que eran del agrado de la "viñaora". ¡Qué tiempos! Ahora ni ella ni él se atreverían a subir al candelecho, ni a pasar las noches en vela. Ahora el Antonio, la Justa y el niño cuidan la viña y quizá, y sin quizá, ocurran las mismas cosas que ocurrieron en aquellas fechas.

—Sube, Lucía.

—Baja tú y comemos aquí en esta sombrita.

—Mira, no te hagas la tonta y sube.

Subía como una chicuela a la que ofrecen una golosina ¡y golosina era el ofrecimiento de Antoñón! ¡y golosa ella, dispuesta siempre a complacerlo! ¡Qué tiempos, cómo disfrutaban de la vida aunque la vida no les era fácil! Claro que con cariño se pasan bien los baches...

A la tarde vuelven. El abuelo con el nieto y el burro y el perro que tan contento como todos demuestra su alegría moviendo el rabo y buscando enseguida a la gatita, su amiga y compañera de alcoba (las cenizas de la chimenea) siempre emparejados, salvo en algunas estaciones del año en que ambos buscan otra clase de cariño impuesto por necesidades de sus cuerpos; la gatita, al llegar los fríos, se solazaba por los tejados y bardales; y el Rubio, por la primavera y el otoño, buscaba la calma de su cuerpo por los campos y cortijos, sin importarle las mataduras que le hacían los humanos, ni las mordeduras de sus congéneres rivales en sus escarceos amorosos.

Cuando Antoñón notaba que el perro dormía solo se daba cuenta de los apetitos de la gatita y exclamaba guiñándole a Lucía: —¡La tunantona! ¡Buscando más calor! Y tú debías parecerle más a la gata...!

—No te puedes quejar —contestaba ella invariablemente.

Al Antoñón le gustaban las bromas y Lucía le seguía la corriente aunque algunas veces le molestaran algo las insinuaciones del marido.

—Siempre hablas de lo mismo, es como una manía...

—¿Y de qué mejor? ... Vamos a hablar de que llueve, que no llueve, que la viña, que el olivar, que si Fulanito y Menganita (cada uno en su casa y Dios en la de todos), que si fue, que si vino... ¿y de qué mejor hablar sin ofender a nadie...? Pero bueno, —siempre le había dicho cuando eran

jóvenes y ya en la muy cumplida madurez— ¿Ya se acabó la gracia? ¿cuándo te vas a preñar otra vez? ¿qué hacemos con un solo hijo?... ¡Y camino llevamos de un solo nieto!

Era algo que a los dos les había preocupado desde el principio. Los dos deseaban muchos críos, muchos críos... Antes y ahora. Bromeaba con su mujer y con su nuera: —Se secó el venero, este pozo ya no da más agua...

A Lucía le molestaban estas alusiones. Nadie era culpable de la desaborición; en su tiempo fueron a Córdoba a la consulta de un famoso "médico de mujeres", y nada; los dos estaban sanos y ¡quién sabe! ¡cualquier día podría anunciarse un nuevo hijo! Pasaron los años y no llegó.

Sus inquietudes no mejoraban, al contrario, aumentaban. Desde siempre, cuando se acercaba la vuelta del trabajo, a Lucía le faltaba paciencia para esperar y salía a menudo a la puerta de la calle, se ponía una mano sobre la frente a guisa de visera y miraba esperanzada a lo lejos de las últimas casas. "Ya no puede tardar..." "Está al llegar".

Otra vez a dentro. Vuelta al puchero. Vuelta al corral. Al pozo. A la cuadra. Y la gatita tras de ella. ¿Sabía la gatita lo que es amar? ¿A quien esperaba la gatita. ¿Al Antoñón, al niño, al Rubio? Terminado el jaleíllo que se formaba a la vuelta del campo, la gatita se enroscaba en su rincón habitual y cerraba los ojos, que solo abría al sentir muy cerca de ella el vaho caliente de la boca del Rubio.

A Lucía se le acababa el desasosiego. ¿Qué le importaba ya nada que ocurriese? Allí estaba él, lento, torpe, casi calvo, arrugado, opacos sus ojos y su espalda vencida; era su amor, su compañero, la razón de su vida.

—¿Te has cansado?

—¿Cansarme yo? ¡Vamos, anda! ¡Conmigo no pueden los años!

No podían los años con aquel amor que nació la tarde en que se encontraron por primera vez.

—Pero no debes tardar tanto, Antoñón.

—Bueno, bueno, mañana volveré más pronto... ¡pero está la tarde tan buena en el campo! A tí siempre te gustó ver aparecer las estrellas... ¡Y todo sigue igual, somos nosotros los que cambiamos... ¿Te acuerdas cuando jugábamos en el candeicho? ¿Te acuerdas del día que se te enredó aquella culebra en las piernas...?

—No me lo recuerdes ¡por favor!

—¡Pobretica la culebra! A ella sí que le dimos el susto.

Luego, antes de cenar, se daba una vuelta por el pueblo para ver a los amigos y después de comer se quedaba acompañando a Lucía hasta la hora de acostarse, momento que lo indicaba el gallo en el corral.

—Ya está el general mandando recoger a la tropa, —decía como estribillo.

Se juntaban los dos en la intimidad de la alcoba y la complicidad del lecho.

—Cada día que pasa te quiero más, Lucía y no sé que sería de mí si me faltaras...

—Cuando llegue la hora ya veremos y esa hora está aún muy lejos.

—Eso es verdad porque todavía, todavía...

Lucía ni siquiera conocía la palabra romántica y ella lo era. Y tenía gustos especiales que no comentaba con nadie. A ella le gustaba la luz de la luna y de las estrellas y la música de las canales en noches de lluvia. Y le proponía al Antoñón diabluras que él aceptaba jubiloso y feliz. Llamaban juegos a sus esparcimientos amorosos. A todo accedía él. A todo no, que nunca consintió el jugueteo en el patio una noche de agua torrencial — "¡Menudo reuma íbamos a coger!" A Lucía le gustaba sentir la lluvia en su cuerpo. —"Te vas a resfriar..." — "Me hace el agua sentirme viva". Pensaba en las plantas, en los árboles, en los animales, también en las cosechas, que todo forma la naturaleza y lo que se haga sin hacer daño a otros es bueno, aunque parezca una locura o una tontería. Ella pensaba así: que lo mejor del mundo es querer. "Querer es lo mejor; querer y esperar la vuelta al seno de Dios; que vivir es una espera sin conocer la hora". Y es que Lucía era simple, sencilla y primitiva.

Más primitivo y simple era Antoñón, que conocía de su mujer el cuerpo para gozarlo, sus caricias para sentirse niño, y sus palabras para admirarla, pero no podía llegar a su pensamiento cuando él, con estúpido orgullo repetía: Todavía, todavía...

De haberlo sabido se hubiera entristecido mucho, por eso ella callaba y decía para sí: "Todavía estamos juntos esta noche ¿y mañana? Y no se apenaba a pesar de esperar la pronta separación debida a sus años;

ella seguía soñando con las estrellas, con la lluvia, con la luna; y revivía los días dedicados a Eros en el candelero con el sol ardiente, en la era, mientras guardaban la parva con la luna curioseando y hasta con frío, amparados en un olivo en plena recogida de la aceituna. Siempre en total entrega. "Siempre estarían juntos, muy juntos, aunque uno quedara solo. Seguir queriéndose más allá de la Muerte, con amor de niños, con el más puro amor, con la esperanza inmensa de volver a reunirse; sin pensar en los pasados goces de la carne; rebinando en lo que se fue, desaparecía el tiempo".

—¿En qué piensas, Lucía? —preguntaba a veces.

Y ella, sorprendida en sus meditaciones, contestaba absorta:

—En eso: en que tenemos un hijo, un nieto, una nuera, que pasan los años y seguimos juntos.

Y él, socarrón, reía bobo y vanidoso:

—y que todavía, todavía...

Eran felices. Siempre lo fueron, porque se acomodaron a las circunstancias, aunque, naturalmente, procuraron mejorar a medida que pasaba el tiempo. Eran bien mirados por los paisanos; podían llevar la cabeza muy alta; tenían ayuda cuando la necesitaban y ellos, a su vez, se prestaban a los demás también. Poquito a poco llegó la abundancia al hogar: la viñita, el pegujar, la estacadita de olivos, que no era gran cosa pero gracias a eso nunca les faltaba aceite en la alcuza; el borrico o el mulo; la cabra, las gallinitas, sus matanzas...; tenían de todo, por eso podían socorrer a los pobres que llamaban a su puerta: "Una limosnita por amor a Dios, hermana". Nunca tuvo que decir: "Perdone usted por Dios, hermano, que no tengo que darle". Nunca. Siempre tenía un pedazo de pan tierno, o un torrezno o un centimito para socorrer. Y poder dar y dar es una felicidad a la que se puede aspirar. Eran felices. Aparte de la manera de ser de Antoñón, que tenía un cuerpo muy exigente, pero eso viene de nacimiento, él no tenía culpa de ser tan fogoso para ciertas cosas y que con eso no le hacía mal a nadie. Eran felices porque, además, sin apenas padecer dolamas y poder hacer favores, es una felicidad; y tener un nieto tan listo, que ya leía en el Manuscrito de Calleja, que había pasado de los palotes y curvas y escribía hasta cartas, era una felicidad. "Pero Señor —decía hablando en voz alta sin nadie que la escuchara —¿se puede ser más feliz en el Cielo con la Virgen y los Angeles, que aquí con mi Antoñón, el hombre más cabal que me tocó en suerte?"

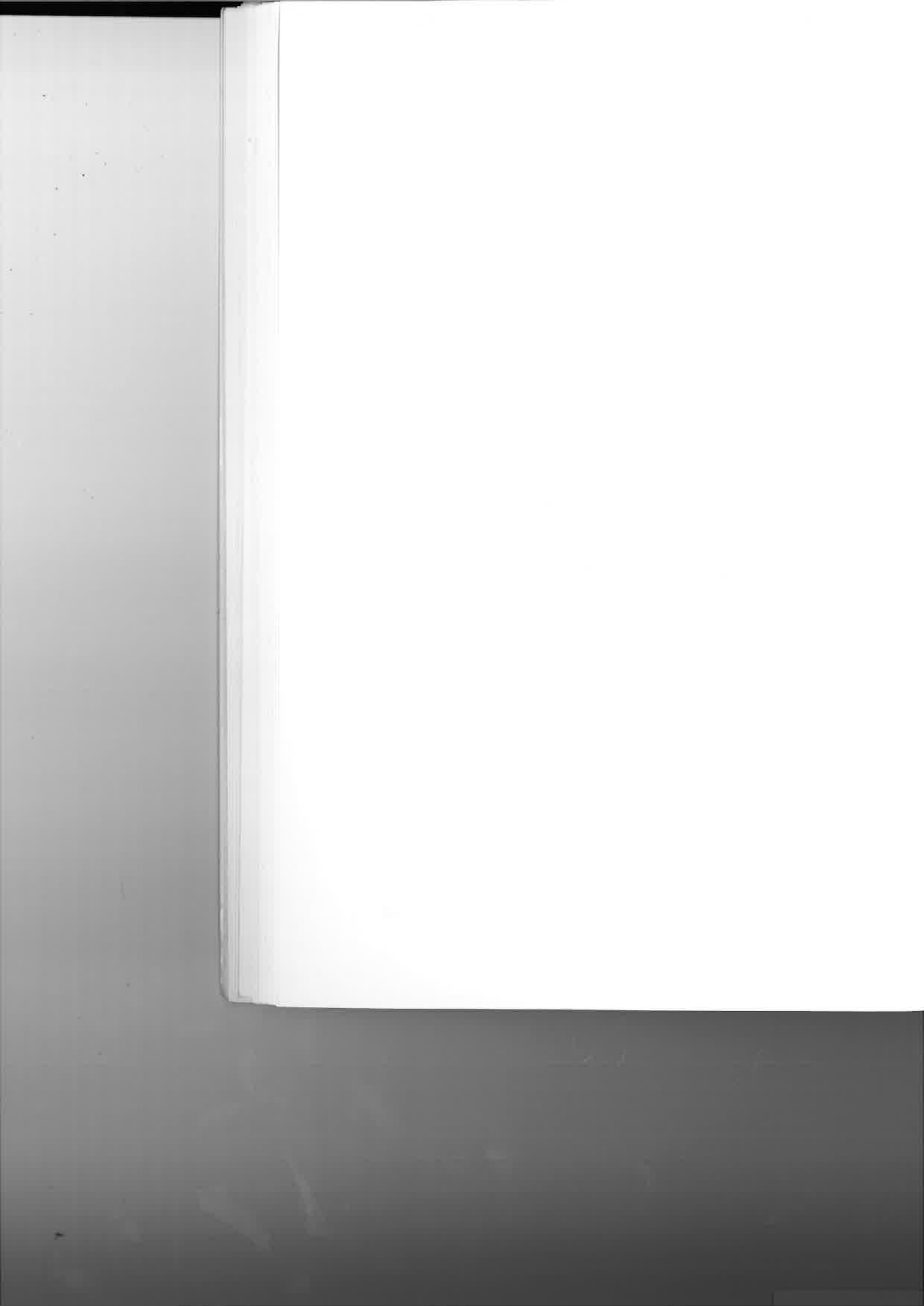
Sí. Lucía era feliz; Antoñón también. El quería a su mujer como un niño a su juguete máspreciado, pero no era capaz de ver la luz que ella irradiaba, que lo envolvía de tranquilidad, de seguridad, de sosiego, de placer y que le hacía sentirse satisfecho, infantil y vanidoso.

Lucía y Antoñón: anodinos, vulgares, y humildes y felices.

No conocían la envidia.

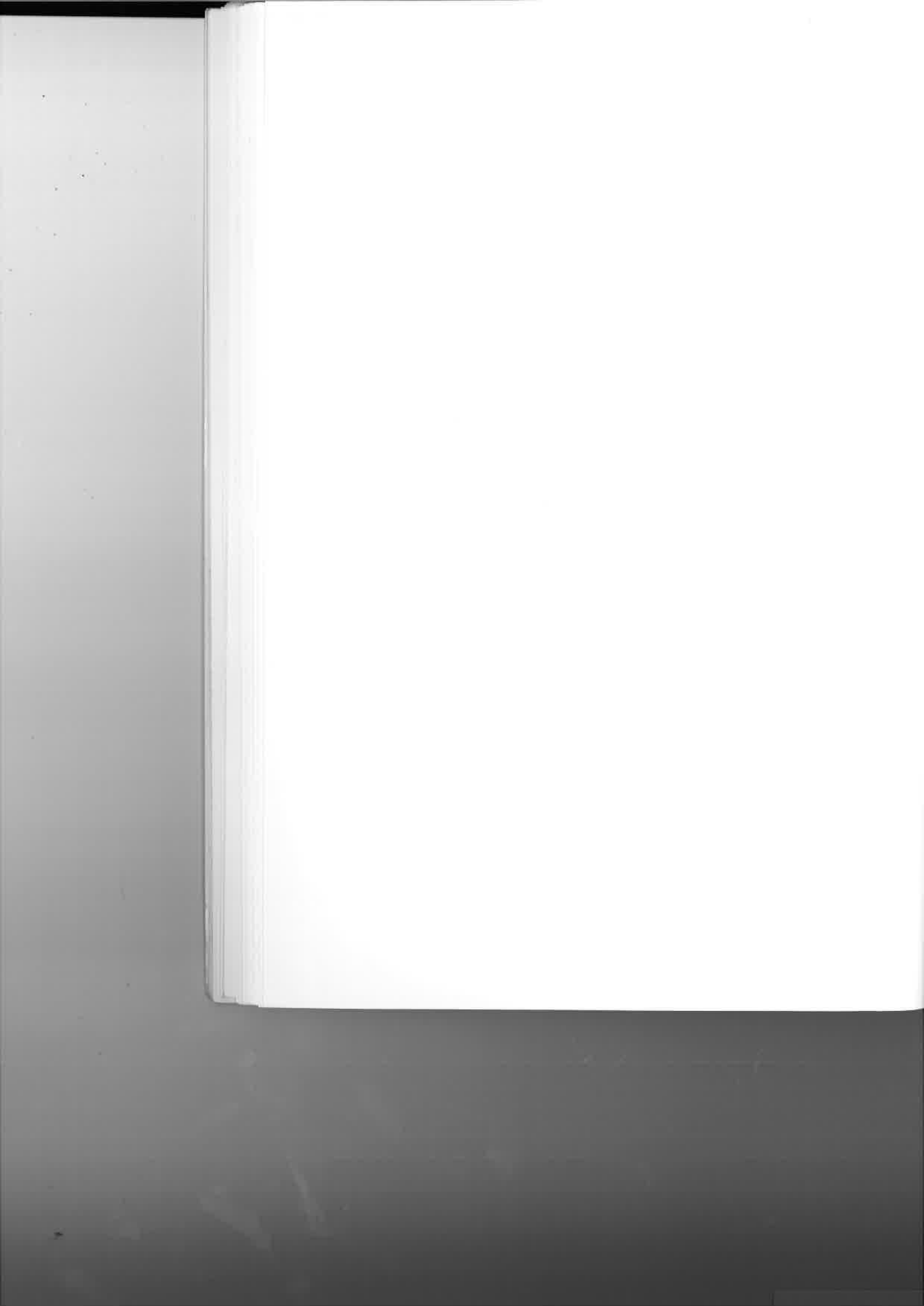
Puerto Real, julio 1992

Paula Contreras



LETICIA

*A mi nieto Javier
mi querido acicate.*



El establecimiento era muy corriente y desde los tiempos de los bisabuelos continuaba en el mismo plan de vender de todo lo más variado y dispar, como cintas, hilos, agujas, encajes, lanas, telas, aceites, vinos, garbanzos, pan, muebles, herramientas y hasta medicamentos a espaldas de la Sanidad.

Leticia había heredado a la muerte de sus padres el negocio y la casa. Continuaba soltera y continuaba guapa, atractiva y, sobre todo, dueña de un bonito capital amasado por sus antepasados y por ella misma, que parecía no tener otra ilusión que trabajar afanosamente tras el mostrador.

Si nos acercáramos y la acompañáramos hasta cerrar la tienda y subimos con ella al piso alto, tal vez podríamos ver su soledad y su independencia.

Vamos.

Como cada día, las dos puertas del establecimiento se cierran a la hora que marcan las órdenes municipales. Vamos al piso. La escalera es de un mármol blanco y siempre muy limpio; y los pasamanos, de madera de caoba; un balcón a la calle le da luz. El piso es grande; las vigas de los techos están a la vista y lucen un bonito color marrón, el del cedro, igual que todas las puertas. Enciende las luces de las hermosas arañas; de momento estamos en un lujoso palacio que no armoniza con el nombre de la dueña, porque sin ser totalmente triste este salón principal, parece, o da la sensación de que guarda un secreto. No es así. El parecer misterioso es común a las casas viejas o deshabitadas, donde nos parece que bullen duendes, fantasmas, almas perdidas.

Cada noche, Leticia, después de la limpieza de su cuerpo y de su alimentación, ordenaba algo la cocina y la despensa; después, comprobaba la venta, guardaba el dinero en el cajón de un artístico mueble; y después, en la sala grande, la de los dos balcones, enjoyada con muebles valiosísimos de caoba, cortinas de auténtico damasco, jarrones de china, cuadros de buenas firmas, y lámparas de cristal de roca y bronce, descansaba en la misma butaca que lo hacía su madre; encendía la radio para estar al día de noticias, aunque a ella solo le interesaba las relacionadas con su pueblo o con su negocio.

¿Era verdad que Leticia guardaba un secreto? Quizá sí. Allá arriba, en la soledad de su casa, Leticia hablaba alto. A veces decía:

—¿Me estaré volviendo loca?

Entonces se retiraba de la butaca, apagaba luces, dejando una muy tenue, casi mariposa, al fondo del pasillo que comunicaba con la azotea. Todo en silencio y en soledad. Levantaba suavemente un visillo del balcón y aplastaba su frente en el cristal de la puerta. Miraba. Miraba sin pestañear. Desde allí se veía perfectamente el obrador de la zapatería de Paco. Paco siempre estaba acompañado por clientes y por amigos y el obrador era como un casinillo de la juventud.

Se adivina el secreto de Leticia: Paco, el zapatero remendón.

Paco y Leticia, en la sociedad eran dos polos opuestos; los respectivos padres cuidaron mucho que entre los muchachos no hubiera relación alguna de afecto, porque además, Paco tenía una figura que inspiraba burla...; pero es mejor saber lo que Leticia recordaba tantísimas veces, torturándose casi con deleite.

Ocurrió cuando aún ella gozaba de juventud y fue en el Balneario. Un baile de disfraces. Al término del mismo todos fueron obligados a despojarse del antifaz. Ella notó que una máscara que había permanecido todo el tiempo aislada de los demás, se escapaba y corría dando unos vaivenes. Le pareció comprender y se abrió paso hasta alcanzarla a la salida.

—Paco, ¿eres tú? —le quitó la mascarilla; gruesas lágrimas rodaban impetuosas por su rostro varonil y armonioso. Ella se agachó y las besó apasionadamente.

Hasta la puerta de la zapatería fueron los dos cogidos de la mano. Ella, al separarse, se atrevió a decirle: —Yo te quiero, Paco, aunque mis padres no te quieran.

El solo pudo decir: —¡Leticia...! —y su voz pareció un sollozo.

Que los padres de Leticia no quisieran a Paco por yerno, casi era comprensible, dada la diferencia de clases; pero es que, además, Paco tenía un defecto físico porque sus piernas no crecieron a la par que su cuerpo y, dada la mentalidad de la época, Paco no podría ser otra cosa que zapatero remendón.

Aquel beso y aquella declaración de amor hicieron de ellos unos desgraciados soñadores de imposibles.

Habían quedado los dos huérfanos ¿qué obstáculos podían existir ya?

El obstáculo era la juventud, la belleza varonil de Paco pese a su defecto; se había adueñado, por su buen hacer y simpatía, de una clientela femenina que lo halagaba y sumía a Leticia en un mar de desencanto.

Aquel balcón de la casa, mirador de todo cuanto ocurría en el obrador de la zapatería, fue el potro de tormentos de la muchacha que, poco a poco, año tras año, iba dejando su juventud. "Ahí sentado parece un gigante. Me gusta. Lo quiero. Sería feliz, la más feliz de las mujeres si él me quisiera de la misma manera que yo lo quiero".

Un día oyó decir en su tienda:

—Eulogio el de la gasolinera ha comprado la casa de enfrente, la de la zapatería, en muchísimo dinero...

—¿En cuantos millones?

—En muchísimos; aunque la casa está muy abandonada es grandísima y está en el sitio mejor del pueblo para el comercio... Muchos millones.

—Pues la lagartona que lo acompaña se tragará todos los millones.

A la noche observó: los enseres de trabajo no estaban ya en su sitio habitual porque la mudanza había sido rápida. La luz del obrador estaba encendida; vio a Paco y a la lagartona que se agachaba para abrazarlo mientras él se empinaba para apagar la luz.

Leticia cerró los ojos. "¡Tonta, tonta, que tonta he sido! ¡Toda mi vida esperándolo...!"

¡Pobre Leticia! Tuvo un desahogo imbécil porque el jarrón de legítima porcelana china no era culpable y no merecía rodar hecho añicos por el frío mármol del pavimento. También eran inocentes el pañuelillo moquero y la bufanda vieja que, el día del entierro de la madre de él, pudo recoger sin ser vista y guardarlo en el bolso; los conservaba bajo su almohada y cada noche se hacía ilusiones, siempre eróticas, siempre esperanzadas... El pañuelillo y la bufanda se consumieron esa noche en el fuego.

"¡Tonta, tonta, que tonta he sido...!"

No quería ver cómo los albañiles demolían la casa.

—Cierra al entrar —les decía a los clientes— que si no, entrará todo el polvo aquí.

Es que no quería ver como van cayendo los muros, tabiques y techos. Como si acabaran con su propia vida. Era igual. Tampoco ella pondría resistencia a los golpes. Igual que la casa del zapatero, sentíase vacía, triste y sucia. Aquella noche soñó que era una niña desvalida.

Por la mañana, curiosamente, varias clientes de la misma calle, llegaron alarmadas, queriendo comprar ratoneras o veneno para ratones, y también venían de las casas más distantes de la tienda.

—¿Ratones...?

—Es una plaga..., es una plaga...

—Ratones que no saben donde meterse...

—Yo tropiezo con ellos.

—Los veo en la cocina, en el comedor, en la alcoba, en la escalera...

—La calle está llena de ratones..., es una plaga.

A Leticia se le acabaron las trampas para cazarlos. Los ratones estaban en todas las casas cercanas, ¿cuántos? ¿ochenta? ¿mil...? Habían nacido en la casa que los albañiles estaban dejando de solar, la de Paco, y los animalitos buscaban refugio en la vecindad ignorando que en cualquier parte encontrarían la muerte. Eran pequeños, grandes, medianos. Buscaban enloquecidos sitio para ocultarse, daban vueltas, se columpiaban en los

cordones de la lámpara, corrían por los alzapaños de las cortinas y, a veces, quedaban parados sin saber qué camino tomar. Leticia, al subir al piso, se los encontró.

"¡Pobrecitos!, —dijo en voz alta— yo no os envenenaré, viviréis conmigo, os cuidaré, os alimentaré..."

Se había sentado en la butaca y un ratoncillo saltó al suelo escondiéndose bajo el sofá.

"Me estoy volviendo loca... no es natural lo que he pensado, haré como todos los vecinos están haciendo y les pondré veneno por todas partes".

No lo puso, y en cambio desmenuzaba trozos de queso por el suelo de las habitaciones, y no se alteró cuando una madrugada pudo verse en la cama rodeada de ojillos brillantes y de unos rabitos largos, finos, en continuo movimiento, que abanicaban el tejido de la colcha. Se reía Leticia al ver cómo se tropezaban cuando corrían entre los pliegues de las telas de la cama; un pequeñuelo hacía acrobacias deslizándose por el gran rosario que presidía y pendía del cabecero.

Y en la tienda los comentarios:

—En mi casa no se ve ya ni un ratón.

—En la mía tampoco.

—¡Claro, desde que ha empezado la obra en la zapatería...

—Que por cierto va muy adelantada.

Muy adelantada, ciertamente. Ya estaban formados los nuevos cimientos y se definía la nueva disposición al ir alzando los muros. Cada noche observaba la obra desde el balcón. El patio se había respetado y también el limonero y un arriate donde la madre de Paco plantaba perejil, yerbabuena y alhucema; aquellos olores seguirían en la nueva casa como el espíritu de la otra; todavía se podía distinguir lo que fue la alcoba de Paco, junto a la de su madre; aun estaba el testero pintado de color añil, destacando con fuerza el vano que dejó señalado el cuadro que estuvo colgado con la imagen de un Crucificado; y la alacena grande, hendida en el muro que le sirvió de armario ropero. Cada noche volvía su imaginación a inventarse locuras deliciosas que ponían escalofríos dulcísimos en todo su cuerpo.

Había perdido su vida, a su Paco, su amor, a los hijos que les hubieran nacido... Y cada vez el gozo imaginado y el sufrimiento de lo real.

Aquella noche, desde su observatorio, estaba tan embebida mirando que no se preocupaba de los ratoncillos que jugaban dando saltos desde un hombro a la falda; los animalitos eran felices y todos ellos habían aumentado sensiblemente de tamaño.

Leticia clavaba la mirada en lo que fue dormitorio de Paco; habían empezado a tapiar la alacena levantando una pared de ladrillos y pronto, en otra jornada, quedaría aquella pared completamente lisa sin rastro de alacena y ya no podría imaginarse guardadas las ropas de los dos en aquel hueco. El tabique diría adiós al día siguiente a sus representaciones amorosas, pondría un fin, un se acabó...

¿Qué era aquello? Se sacudió los ratoncillos que tenía en la falda y se puso de pie. Un hombre y una mujer que buscaban la complicidad de los rimeros de ladrillos y los sacos de cemento apilados para sus juegos eróticos. Reconoció al hombre: era el albañil que estuvo aquel día tabicando lo que fue ropero de Paco. Su Paco. Así lo hubiera querido, como el albañil, alto, alto y moviéndose con la gracia del viento; también la mujer corría para encelarlo más; subía y bajaba a él, la palpaba con insinuaciones lascivas y volvía a escaparse; por fin el hombre pudo retenerla entre sus fuertes brazos.

¿Qué hora sería? Nadie andaba ya por la calle, ni siquiera los municipales. Habían escogido una buena hora para el secreto, solo que la Luna iba llenando de plata el rincón del arriate y pronto se posaría sobre los sacos y los ladrillos; en la relativa oscuridad de lo que fue alcoba de Paco, continuó la pareja en sus juegos.

"¡Qué tonta! —dijo en voz alta Leticia cuando advirtió que la muchacha se negaba con todas sus fuerzas a ser poseída; seguía con la máxima atención todos los movimientos del hombre que, al fin, pudo someter bajo su cuerpo el de la muchacha.

Fue un solo momento. Leticia creyó que iba a perder el conocimiento y se agarró con fuerza a los postigos para no perder detalles. Oyó claramente un grito, como si la joven pidiera auxilio; las piernas de los dos se violentaban en movimientos convulsos; otro grito... Lo oyó perfectamente claro: "—¡Auxilio!", después otra vez el silencio y las piernas femeninas quedaron rendidas; el hombre se irguió como un resorte y la zarandó una

y otra vez; la dejó en el suelo y salió a la calle. Soledad, silencio, quietud. Unos minutos se estuvo quieto, sosteniéndose la cabeza con ambas manos.

Leticia tuvo el impulso de abrir el balcón. Quedó inmóvil observando al albañil, que había tomado el cuerpo, al parecer sin vida, de la joven y lo volcaba por el tabique, a medio terminar, de la alacena.

El hombre salió a la calle y casi corría alejándose de la obra.

A Leticia le dolía profundamente la cabeza y empezó a andar, tambaleándose, en dirección al lavabo; oscilaba su cuerpo con temblor de calentura, y aplastó con su pie a un animalito confiado e inocente, que le hizo resbalar, y quedó toda la noche tendida en el suelo cubierta por los innumerables ratoncillos que anidaron cariñosos y suaves en su cuello, brazos y piernas de su cuerpo y entre los pliegues de sus ropas.

Al volver en sí, allá por la madrugada, se horrorizó y no sabía qué le había ocurrido. Una vaga idea había en su cerebro, según ella enmarañado. Creía haber sufrido una pesadilla porque últimamente le iban trastornando la rutina diaria. Como sonámbula recorrió todo el piso, deteniéndose en minucias, en vaguedades, en cambiar en la cocina algunas sartenes y platos. Abrió el balcón de la sala para que entrara aire puro, como cada día, antes de que el trabajo de la obra empujara el polvo hacía su casa. El limonero al fondo parecía como una sonrisa de esperanza, algo inefable, como si conversara con las plantas del arriate, tan empolvadas que no se distinguían sus hojas: "Algún día caerá sobre nosotros un buen chaparrón y volveremos a lucir".

Los obreros iban llegando puntuales al trabajo. Conoció al que estuvo en la noche pasada con la mujer. Observó cómo continuaba colocando ladrillos con gran maestría y ligereza, hasta que el techo de lo que fue habitación puso fin al tabique.

Dentro había quedado el cuerpo de la mujer que pidió auxilio durante la noche..., ¿ó lo soñó?

"No es verdad...; me estoy volviendo loca... Ha sido una pesadilla..."

Cogió del estante de la cocina la caja de triguillo venenoso y lo esparció por todo el piso; ellos acudieron jubilosos y en unos minutos devoraron el inesperado y sabroso banquete. —"Morireis todos, todos, todos, todos, como ella y os echaré al cubo de la basura".

Cuando fue a cerrar el balcón buscó con la mirada al asesino. ¡Pero, si fue una pesadilla...!

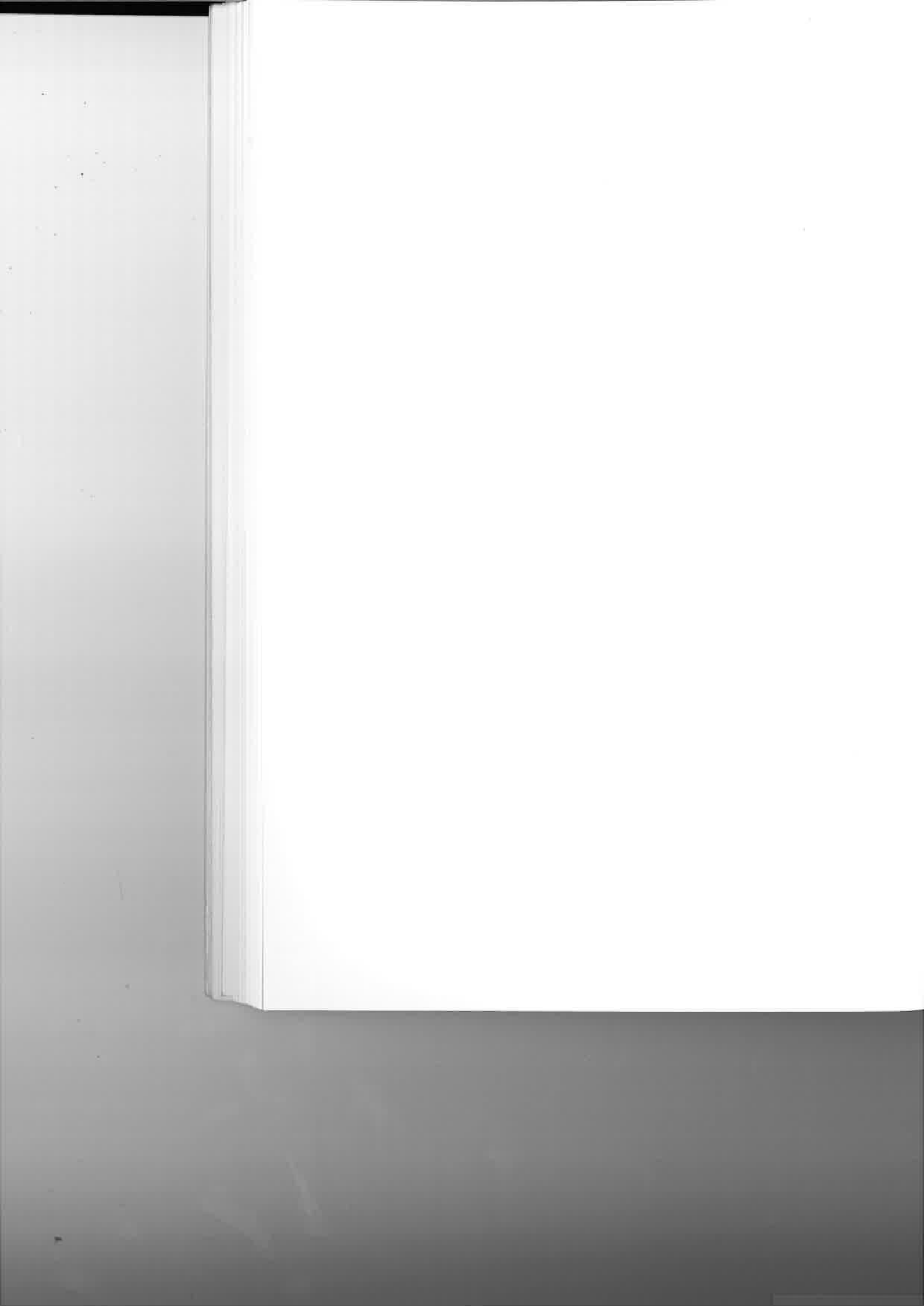
Los operarios hablaban y reían porque uno de ellos se había encontrado entre los sacos una prenda femenina muy elocuente.

—¡Gachó, aquí pasó algo anoche...!

Puerto Real, enero 1992

Paula Contreras

EL HUMO DE LA CHIMENEA



Pedro sonrió. Luego, se agolparon los recuerdos dolorosos y la alegría desapareció de sus labios. No quería recordar su pasado. El presente era lo cierto y lo que merecía vivirse. Y Pedro ensanchó su pecho con un profundo suspiro y miró complacido a su alrededor; sus pupilas azules irradiaban bondad y cariño; aspiró con deleite el aroma del bosque, escuchó con ternura el hablar inefable de la arboleda y la algaraza que se escapaba de los nidos, madrigueras y cubiles. Era el despertar del bosque un ruidoso desprezo; una bienvenida unánime y cordial al día que llegaba entre resplandores de plata y oro; un canto inimitable de júbilo; una salutación alegre; un acatamiento humilde y feliz; un grito de vida. Pedro se recreó en todo lo que veía. Hasta entonces no supo de la dulzura que pueden tener las más pequeñas cosas, los seres más insignificantes; y se apartó con cuidado del hormiguero, miró al nido en donde asomaban las cabecitas inquietas con los picos entreabiertos, a la tierra encamada de donde huyeron las piezas al sentir sus pasos, sacudió las ramas de los árboles y matojos por el gusto de sentir la humedad en sus manos y recrearse en el brillo de las hojas recién bañadas por la rociada. Pedro sentíase feliz: igual que si su corazón fuese como una de aquellas matitas tiernas y jugosas. Tal vez la comparación no fuese muy acertada. O quizá sí. Pedro era feliz, ¿qué más daba ser como una yerbita humilde y libre, que como uno de aquellos pájaros grandes que batían poderosos el aire con sus fuertes alas? ¿Yerba, pájaro...? Pedro era feliz. Sólo eso. Lo más. Lo mejor. Por eso miraba con ternura a su alrededor y sonreía.

Abajo, en la hondonada, a la orilla del arroyuelo que jugaba al escondite entre los altozanos y el follaje, estaba la casa, mitad posada, mitad cortijo,

a la que fue tantas mañanas. Todas las mañanas desde que encontró el empleo que lo recluía en el bosque. Bajaba cada día por la vereda estrecha; la puerta entornada y la señora Remedios junto al hogar preparándole el desayuno. La señora Remedios, solícita y cariñosa, poseía la virtud de callar; jamás le hizo preguntas indiscretas y sin embargo solo a ella le hubiese contado algo de su vida turbulenta y triste; la señora Remedios tenía en sus miradas ternuras maternas; le recordaba a aquella otra toda abnegación y dulzura... La señora Remedios le llamaba siempre Pedro, menos un día que le dijo: "...Hijo mío..." Ese día no bajó a almorzar... Ella comprendió que a él le molestaba la intimidad. Continuó discreta y callada, pero alguna vez, cuando las mañanas eran muy frías, se permitió aconsejarle: "Pedro, a usted le hace falta una mujer..."

¿Qué ocurrió en la posada-cortijo, el día que él no bajó a desayunar? El señor Diego era charlatán y curioso; cuando no pudo vencer su impaciencia, subió a la cabaña. Tranquilo quedó al comprobar sus sospechas, y bajó alborozado a decirle a la esposa: "Remedios, acertaste: con el guarda vive una mujer..." Porque la señora Remedios tuvo intuición. ¿Intuición? Ella había dicho aquella mañana: "¿Qué le pasará a Pedro que no ha bajado a desayunar? ¿Estará malo?" A la buena mujer le atormentaba la tardanza, por eso salió hasta la vereda y miró hacia la cabaña...; volvió a entrar y dijo: "Arriba hay una mujer..." —"¿Una mujer con el guarda? ¡No!". Pero ella insistió: "Pedro tiene una mujer..." —"¿Cómo lo sabes" —"En la chimenea hay humo..."

¡Justo! Fue así. El humo de la chimenea. Este humo que sale también ahora. El humo que le hace feliz, que le arranca sonrisas y le obliga a olvidar todo aquello... ¡Las cosas pequeñas e insignificantes! ¡Tan insignificantes y tan pequeñas...! Y sin embargo ¡qué poder tenía aquella oscura columna! Salía altiva, potente, como flecha, y se diluía en la atmósfera pregonando un hogar: el suyo; otras veces apuntaba vacilante, intermitente, como asombrada de la libertad que tras aquella ascensión estrecha se le concedía, pero sin dejar de pregonar el hogar; el suyo; otras, la transparente columna se extendía desmelenada, con dolor de despedida, y cabalgando sobre el tejado, desesperada, hasta que el vientecillo cruel la esparcía, y también entonces gritaba un hogar: el suyo... Se figuraba a la señora Remedios mirando hacia su cabaña. El humo, aquel primer humo, saldría triunfante, cantando su pregón; y la mujer supo entenderlo, y se diría: "Ya Pedro no bajará más..."

Sí. Eso diría. Ella lo supo antes que él mismo porque ella entendía de estas cosas. "Usted, Pedro, necesita una mujer..." Y ante sus protestas,

ella hacía un gesto de suficiencia y exclamaba: "Ya, ya me lo dirá algún día..."

¿Sabía la señora Remedios que ese día tendría que llegar en primavera? No recuerda exactamente qué día fue; en su casa no quería almanaques, pero supo que la primavera había llegado, que estaba recién nacida. Aquella noche, al regresar a su cabaña, mientras subía la vereda, el perro comenzó a ladrar.

—¿Qué ocurre, Sultán?

El animal echó a correr. Un grito de espanto resonó en el bosque.

—¡Quieto, Sultán...! —ordenó él. Luego, una mujer vino a refugiarse a sus brazos. La mujer olía a flores, a bosque. Con brusquedad la separó de él y le dijo ásperamente:

—¿Quién eres? ¿Qué quieres...? ¿A qué vienes...?

—Vengo a quedarme aquí contigo.

El lanzó una carcajada burlona; pero la mujer se fue acercando nuevamente: olía a flores, a bosque; la miró. Era bonita.

—¡Calla, Sultán...!

Pero el perro no ladraba en aquellos momentos.

—Vete, mujer —y quiso reanudar su camino. Ella porfiaba; —No me voy... Vengo a quedarme aquí...; sé que vives solo; sí, lo sé; te he visto cuando has bajado al pueblo... Yo también estoy sola, no tengo a nadie... Y quiero ser decente...

La volvió a mirar. Era bonita. La luna se filtraba ladinamente por entre el enramaje, para alumbrar su belleza. En el bosque había un perfume penetrante y el airecillo era como un aliento candente y agotador. Le tomó la barbilla; los ojos de ella cerráronse con lentitud: —¿Cómo te llamas?

—Julia...

Cuando llegaron a la cabaña, le dijo precipitadamente: —Pasa, Julia...

A la madrugada el bosque estuvo más alborotado que nunca. Cantaban las aves, preparando el recibimiento al Sol que ya habría enviado sus

heraldos rosáceos. El perfume de las flores llegaba hasta él, como si hubiese dejado la ventana abierta. Y de pronto recordó. Allí estaba ella descansando confiada como un animalito salvaje en su guarida; un sordo rencor se apoderó de él, y zarandeándola brutalmente, la despertó: —¡Eh, tú, levántate y vete de aquí...!

A pesar de eso, ella le sonrió y tomó humildemente las ropas que él le tendía, mientras salía de la rústica alcoba para quedar en la cocina. Y no quiso mirarla cuando ella entró terminando de ponerse sus ropillas. No quiso mirarla, pero sintió como si la cabaña hubiese abierto todas sus puertas al bosque. Ni quiso mirarla ni pudo hablarle. Y ella, como haciendo un rito sagrado, comenzó a encender el hogar; a un lado, apilada, había leña; en una alacena rebuscó todo lo demás.

Pedro salió de la cabaña y paseó por el bosque. El bosque olía a Julia... La columnita de humo, aquella columnita que avisó a la señora Remedios, ascendía como un himno. Quedó fascinado mirando cómo iba deshaciéndose en el espacio, porque entre las volutas se veía el rostro bonito de Julia haciéndole muecas burlonas.

Cuando ella asomó a la puerta y le dijo:

—Pedro...

El fue hacia la casa obedeciendo a algo fatal. Igual que la señora Remedios, le tenía preparado un café aromático y humeante...

—Café solo..., no he encontrado nada más...; aquí tienes azúcar...

Dócilmente él empezó a saborearlo, mientras miraba las llamas en su danza y al humo en su huída por el tubo negro.

—¿Cómo puedes vivir, Pedro? ¿Y si te pusieras malo? Mira, aquí hace falta que tengas leche, aceite, pan...

—Yo como en el cortijo del señor Diego.

—Lo sé, lo sé..., pero ¿y si te pusieras malo...?

Intentaba ella socavar por ahí su voluntad, pero él no claudicaba; sin apenas terminar de beber su café le gritó:

—¡Fuera de aquí...! ¡Vete enseguida...!

Algo terrible vería la muchacha en sus pupilas, porque echándose la chaqueta sobre los hombros salió de la cabaña.

Fue entonces, cuando él comprendió el inefable cantar del humo. Las llamas se apagaron; la columnita dejaría de existir. El perfume del bosque, aún estando la puerta abierta no se percibía.

Cuando salió al campo, apenas si la muchacha era un puntito claro por la vereda.

—¡Julia!... —gritó —¡Vuelve...!

Desde entonces, todas las mañanas al salir al bosque, le gustaba mirar al tejado de su cabaña: a lomos del tejado se asentaba la chimenea y de ella salía constante aquel pregón cálido: hogar: el suyo, el de Julia.

El señor Diego se lo dijo la otra mañana:

—Hemos hablado Remedios y yo ¿sabe usted, Pedro? y hemos pensado que debe hacer las cosas como Dios manda... Seremos los padrinos.

No contestó. Los recuerdos lancinantes se amontonaron en su cerebro... Pero el señor Diego, insistía:

—Porque hasta aquí podía pasar, pero cuando llegue ese tesoro que estamos esperando...

Tampoco pudo contestar. Se esfumaron los recuerdos tormentosos y algo muy tierno subía de su pecho. El señor Diego había dicho: "estamos esperando..." Comprendió que era cierto, que tenía un cariño leal en el matrimonio amigo, que se había señalado una divisoria entre el pasado y el presente. Y el buen hombre continuaba persuasivo:

—Seremos los padrinos del chiquillo también..., hay que hacer las cosas como Dios manda, Pedro.

Se le humedecieron los ojos; el señor Diego también tenía los suyos empañados; un apretón de manos puso final a las palabras del buen hombre.

Por eso esta mañana se siente tan feliz. Julia ya ha encendido el hogar y por la chimenea suben graciosamente las volutas hasta deshacerse en nada, pero gritando:

—¡Un hijo! ¡Un hijo! ¡El hogar...!

El suyo. Y mira a su alrededor. El bosque es un gran hogar. Los pajarillos se esconden en los nidos al sentir sus pasos, los reptiles huyen ligeros, la tierra encamada se desaloja con rapidez... Pedro sonríe y aspira con deleite el aroma: el bosque huele a Julia.

Puerto Real, 28 diciembre 1952

Paula Contreras

LA CASERA DE SANTA GENMA



La casera de Santa Genma, al decir de sus conocidos, una gran mujer y no por su corpulencia —que no era despreciable— sino por su forma de ser y por su comportamiento en las situaciones extrañas. Además "le dolía la cara de guapa" según expresión de los lucentinos, que comparaban la belleza de su rostro con la de su Virgen de Araceli —con todo miramiento y respeto—.

También se llamaba Araceli, porque también era lucentina y no respondía cuando alguien la llamaba partiendo su nombre: Celi o Ara. "¿Por qué me han de dar nombre de cosa teniendo yo uno tan hermoso?"

*Si te llamas Araceli
No llores ni tengas pena
porque Araceli se llama
la Patrona de Lucena.*

Para ella su nombre era su mayor orgullo. El mayor orgullo porque tenía varios. Y así: "Soy orgullosa porque puedo serlo". Naturalmente, el orgullo de honrada, el de hacendosa, el de ahorradora, el de limpia —¡como los chorros del oro!—, el de ordenada, el de discreta, el de callada —en boca cerrada no entran moscas y por la boca muere el pez—, el de caritativa, el de cristiana —todas las noches tres Avemarías, Misas el día de difuntos y confesión y comunión el jueves Santo—, y de muchas más cosas estaba orgullosa, que no las decía, porque naturalmente no estaba bien que las dijera, pero que a la vista estaban: ¿luceros más grandes y brillantes que sus ojos? ¿cejas más finas y arqueadas que las suyas? ¿pestañas más largas y espesas? ¿nariz más perfecta? ¿la boca, los dientes?: corales y perlas o

amapolas y jazmines. Y el cuello, los hombros, la tabla del pecho, la pechera —ni grandes de asustar, ni chicas para despreciar— en su sitio la cintura, las caderas... ¡Señor, un portento! ¡Una cosa bien hecha!

—Mi mujer, ¡un monumento! —también Daniel sentíase orgulloso de ella y de él mismo, porque —¡Mecachis, hay que valer mucho para llevarse una mujer como Araceli!

Muchas veces pensaba esto Daniel. Muchísimas. Por eso no era celoso. Tampoco ella daba motivos. Pero ¿cómo iba a pensar en otros hombres, teniéndole a él, valiendo lo que él valía, de buenas condiciones, de tan buen parecer y tan macho?

Solo empañaba el orgullo de ambos la falta de hijos. ¿De cuál era el fallo? Araceli era la penúltima de once hermanos; Daniel, el quinto de trece. Ambas madres fueron buenas paridoras y ambos padres generosos progenitores.

Apartando este detalle, Daniel y Araceli, caseros de la finca de Santa Genma, se alegraban de vivir: el trabajo era seguro, bien pagados y bien mirados por los señores Marqueses y por los vecinos de los lagares de alrededor.

Al principio, algunos envidiosos quisieron amargarles el regalo de ser caseros de una finca tan importante, sembrándoles inquietudes en su feliz matrimonio: que el Marqués tenía fama de mujeriego; que correteaba a las aceituneras entre los olivares; que en su palacio de Córdoba no había doncellas, gracias a él; que... contaban y no acababan.

—Daniel, mejor es quedarnos en Lucena.

—Araceli, digo yo, que lo del Marqués será según ... dependerá de las hembras con que se tropiece ¿no?, porque de los últimos caseros nunca se ha dicho una mijita de nada y se han llevado muchos años con este señorito y con el padre del señorito, el otro Marqués, y que han salido de la finca con la cabeza muy alta y porque los años no perdonan y cuando ya uno está viejo y no puede rendir en el trabajo, estorba y ¡hala! ... y lo que yo digo: ser casero de una finca así es como un premio gordo de la lotería, ¿vamos a perderlo? y digo, que será según la hembra que se ponga delante y tropiece ¿no? porque ¡vamos! si tropieza contigo...

—Conmigo se da el topetazo, Daniel, te lo juro.

—Si no lo tienes que jurar, si yo te conozco y se lo que eres. Lo que yo digo, es que con una mujer decente, y tú eres la que más, el Marqués se da mico...; pero están las malas lenguas al acecho y tú eres tan guapa y el Marqués tan "perdio"...

—¡Daniel! y ella altiva, con todos sus orgullos para defenderla, sentenció: —¡No le des más vueltas: nos vamos a Santa Genma mañana mismo!

Así lo dispuso ella y así se hizo.

Sus vidas seguían siendo transparentes como cristales limpios.

La Marquesa los elogiaba y daba gracias a Dios por tener cuidando de la finca a un matrimonio tan cabal en todos los órdenes. El Marqués complacía con la pareja y su comportamiento era tan correcto que ninguna persona pudo tener ni una leve duda sobre la honradez de Araceli.

Aquel día nueve de Enero de mil novecientos once, nacía la niña de los Lampazos, muerto y enterrado el Jeremito (—una obra buena que hizo el Señor quitándolo de enmedio, pero..., de una forma tan mala la muerte del inocente ¡Ay!, Señor, perdón, que yo no soy quien para juzgarte!—), recogido el Marqués con la tunanta en las habitaciones de los señores, (si la Marquesa supiera que estaban ultrajando su alcoba, con tantos cuadros de santos colgados de las paredes, tantos santirulicos encima de la cómoda y el tocador y hasta una pilita con agua bendita sobre una mesita de noche...), terminadas todas las faenas caseras, metido ya el matrimonio en la cama, cansados sus cuerpos con la brega del día...

Cansado Daniel: desde antes del amanecer estaba levantado. El Marqués se presentó en la finca el día ocho casi de noche. Y lo natural: el coche, los caballos, las habitaciones, la cena y menos mal que el señorito le dijo:

—Mañana hablaremos Daniel, para ver como van las labores...

—Paradas, señor Marqués, porque con el temporal de nieve que se nos ha venido encima no pueden los gañanes ni las bestias salir al campo, y aquí estamos remendando aparejos y poniendo al día los aperos...

El Marqués no quiso saber nada. Al día siguiente, entrada la mañana, el mal trago del Jeremito; el ir y venir a la aldea fue un regalo; una lucha entre el cura y el que hacía de juez; hasta que Daniel dijo: —El Marqués me manda con el difunto para que se entierre sin más papeleo y tonterías...

Estaba muy cansado; no así Araceli que, además tenía unas ganas enormes de hablar.

—... ¿te duermes?

—No... —pero la voz estaba muy débil.

—¿Me oyes?

—Si... —igual de apagada.

—Se llama Lola, es rubia y está muy rellenita, al contrario de la Marquesa, que tiene el pelo canoso, la piel de color ocre sucio y es una pila de huesos... ¡pero es muy buena la Marquesa, muy considerada y muy señorona, no como otras Marquesas y Condesas que yo conozco, que parecen nuevas ricas! Me dijo el Marqués: "Araceli ¿quieres subir y ayudar a la señorita Lola a lo que necesite?", "Con mucho agrado, señor Marqués", y subí... Estaba desgachada sobre el sofá grande; al parecer se acababa de levantar y como tenía frío se había liado en el mantón de lana de la Señora Marquesa ¡qué frescura! ¿verdad Daniel? —no contestó él y ella, zarandeándole un hombro, inquirió: ¿Te das cuenta, Daniel?

—Si...

—Yo le dije: "¿Qué me manda la señorita?" y ella contestó que calentara el gabinete con "braseros o con demonios", y, después, que le llevara el desayuno, que lo quería con leche de vaca, pan tostado y mantequilla; el Marqués empezó a reírse y ella arrugó el hocico. —:¿Por qué esas risas?" preguntó. "Díselo tú, Araceli" y yo, como lo comprendí, dije muy en mi papel de persona educada porque lo soy: "La leche tiene que ser de cabra y el pan será frío o tostado, pero untado con aceite". "Y ajo crudo estregado..." —agregó con guasa el Marqués. No puedes imaginarte, Daniel, la cara de asco que puso ella. El señor se reía hasta troncharse y a mí me costó muchísimo trabajo aguantar las ganas de soltar el trapo...

¿Te estás enterando, Daniel...? —lo zarandeó nuevamente— me pareció que roncabas...

—Sí..., no...

—Y después va y dice: "Cuando desayune quiero bañarme" Y yo, ¡que no lo pude remediar!, dije espantada: "¿Bañarse con este frío?". Al señorito se le veía la muela del juicio y ella cada vez más seria. Entonces, el Marqués

me dijo que llevara braseros muy encendidos con cisco, orujo y picón al cuarto de aseo, que calentara agua hasta hervir en uno o dos calderos de los más grandes y que los subiera; y yo, advirtiendo la cosa, dije: "Señor Marqués, Daniel está en la aldea y yo sola no puedo acarrear el agua hasta aquí..." — "Que te ayude un gañán" ¿y sabes quien me ayudó? —vuelta a zarandearle— ¡Daniel! ¡Daniel! ... ¡Ay, hijo, que te has dormido en lo más interesante...!

Y Araceli decepcionada, separó su cuerpo del otro cuerpo y se acomodó al filo de la cama.

—¡Qué camandulón...! ¡Mira que dormirse!

También ella se durmió.

La casera de Santa Genma poseía muy buenas cualidades conocidas y voceadas por toda la vecindad.

La casera de Santa Genma tenía un vicio ignorado por todos menos por su marido que, dicho sea de paso, lo alimentaba y aplaudía.

La casera de Santa Genma, pese a la buena educación recibida en un colegio de religiosas que le costeó su madrina, escuchaba tras las puertas y escudriñaba maletas y armarios.

La casera de Santa Genma no curioseaba con fin malsano, sino por distraerse.

A la noche, reunida en la alcoba con el esposo, le relataba todo, todito y luego ambos opinaban, criticaban, censuraban o alababan.

Araceli la lucentina, o mejor, la casera de Santa Genma, relató:

—... "Que la Lola tenía un cuerpo que hasta ahí"; ella la pudo ver cuando le subió el agua caliente, como la parió su madre, y por poquito no la vio el Pringue que le ayudó a subir el caldero grande, el de las matanzas —"¿Se puede pasar, señorita?" —"Adelante". Y ella con la mano le dió un empujón al Pringue y entró sola para ver si había algo por enmedio con lo que pudieran tropezar; y menos mal que lo hizo así, y gracias a eso el gañán no se topó con el cuadro.

—¡Buena la hiciste, Araceli! ¡El muchacho bien merecía ese premio, después de ayudarte a subir un caldero tan pesado! ¡Me haces a mí eso y no te lo perdono jamás!

—¡Anda, anda, tunantón...!

—... que el cuerpo de Lola (nada de señorita porque está claro que es una furciala) era como esas estatuas que vienen en los libros; el pelo suelto casi le llegaba a la cintura; las piernas muy derechas y la cintura como la tenía yo antes de casarnos.

—La cintura más bonita del mundo, que cuando te cojo así, ¡mírala, mírala, te cimbreas como una vareta de olivo!

Al casero le gusta la acción al par que las palabras, y por eso tal vez, la casera, con voz muy sofocada le dijo:

—¡Quieto, quieto! Ay, hijo, que siempre serás el mismo, déjame hablar; y me pidió por favor que le restregara la espalda con una toalla...

—¿Por qué no me llamaste?

—No seas ganso y deja quietas las manecitas... Bueno pues que luego se roció el cuerpo con un bote entero de agua de olor, y que sin ropa de dentro, metió los pies en unas zapatillas que la señora Marquesa guardaba en el armario y echándose un matinée, también de la Marquesa, por los hombros, fue en busca del señorito.

Que ella aligeró la recogida de las cosas del cuarto de aseo, estiró las sábanas de la cama grande y salió ligera porque sentía que tendría la cara como una granada y las raíces de su pelo se le habían vuelto púas de acero; que pasó por el gabinete con los ojos bajos, pero que pudo ver a la lagartona sentada en las piernas del Marqués, que tenía un látigo en la mano como si fuera salir con los perros..., el látigo del puño de plata con una coronita... "¿Desean algo los señores?" —"Nada, Araceli, cierra bien la puerta" —Y la cerró. Claro que la cerró y quedó a la escucha, porque ver, solo se podían ver los santicos y los candelabros que la Marquesa tenía sobre la cómoda y eso no tenía sabor alguno en aquella ocasión, y oyó ¡uy, qué cosas oyó...!

—¿Qué hacían...?

—Nada.

—¿Nada...? ¿Besos, suspiros, risas...?

—Nada. Nada, Daniel de mi alma. Yo suponía que estarían acariciándose a la "callaíta" y aguardé aguantando el frío, esperando oír algo,

cualquier cosa, lo natural, pero ¡nada! hasta que, de pronto di un respingo, asustada.

—¿Te descubrieron?

—¿Cómo me iban a descubrir? ¿A qué no sabes...?; es que no te lo puedes ni imaginar...

—Desembucha, Araceli, que me tienes encabritado.

—Pues que la Lola dijo de pronto: "¿Entonces para qué baile (no dijo baile, dijo una palabrota asquerosa) me has traído a esta mazmorra donde no se ve ni un cristiano...; me dijiste que lo íbamos a pasar de rechupete, como nunca soñé —(Y entonces soltó la risotada con una ordinarietà de lo peor que se pueda oír) ¿Cómo iba yo a soñar que iba a pasar una noche en una cama con un hombre que no admitió ni una caricia y que se pasó toda la noche roncando?"

—¡Carape...! —(tampoco el casero dijo carape) ¿esas tenemos?

Y más... El Marqués calla que te calla, y ella, que estaría de pie manoteando, me supongo yo —"¡Pues de mí no se ha burlado nadie todavía!

¿A qué me has traído aquí, después de un viaje tan largo y tan molesto, con el frío, la nieve, el vaivén loco del coche, a rezar el rosario o a contar los frailes que dicen que falta uno...? A mí no me desprecia un hombre por muy Marqués que sea, o es... Mira, Daniel, se me pusieron los vellos de punta, porque cambió la voz y dijo: "¿O acaso eres tú uno de esos a los que hay que dar latigazos para que disfruten? ¿Con ese látigo? ¿Me pagas para que te dé con ese látigo?"

—¿Y él...?

—El, como una tumba... "Pues que sepas que la hija de mi madre no se presenta a esas porquerías; que la hija de mi madre es tan decente como la que más y sabe cumplir su obligación haciendo las cosas como hay que hacerlas". Bueno, Daniel, yo te digo lo que dijo pero con otras palabras porque yo no soy capaz de repetir las atrocidades que ella echó por la boca...

—Claro..., ¿y él...?

—Como una tumba. Y ella "¿Y como te has ganado la fama que tienes de macho?" todo se va en facha y en chirigotas ¡maricón!

—¿Dijo...?

—Dijo maricón, y él calla que calla..., y entonces ella dijo: "Ahora, tal como estoy, aunque coja una pulmonía, bajo a revolcarme con los gañanes aunque sea en la cuadra"..., y seguramente lo iba a hacer, porque el señorito la cogió y la tiraría al sofá porque yo sentí el golpe y el crujir de los muelles; ella empezó a llorar y a decirle: "Lo tengo que publicar, todos tienen que saber en Córdoba lo que eres para que dejes de presumir con las mujeres..." Yo salí corriendo y me fui a la cocina para esperar allí por si acaso el Marqués me llamaba; y no me llamó. Y estaba yo deseando que llegara la hora de recogernos para contarte estas cosas...

—¡Carape, con el Marqués...!

—¡Qué mundo...! ¡Donde menos se espera...! ¿Quién iba a pensar lo del Marqués? ¡Tan hombre, tan guapo, tan presentable...!

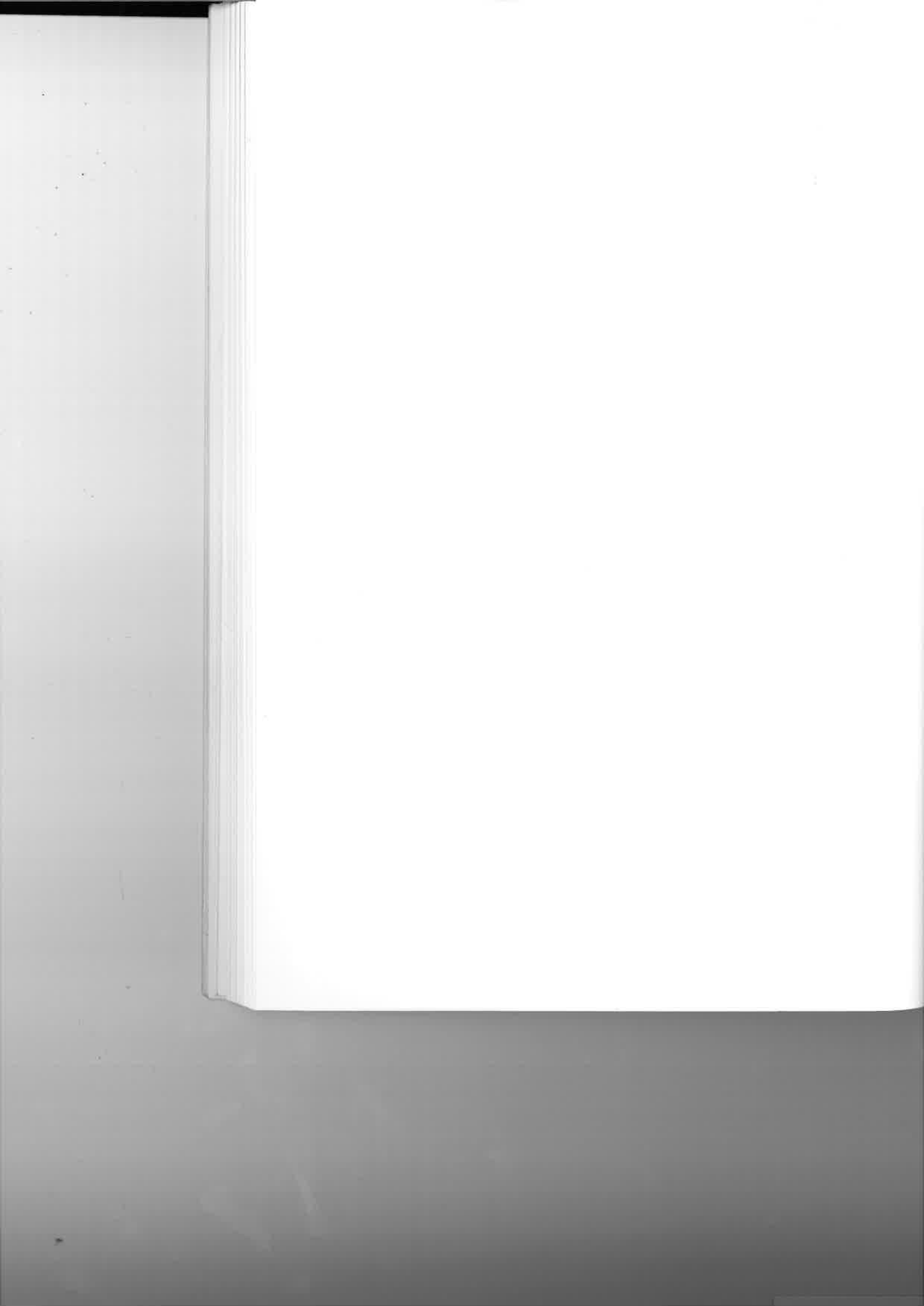
—¡Carape, con el Marqués...!

Puerto Real, 21 julio 1992

Paula Contreras

JUANON

*A mi nieto Ignacio, en recuerdo
de las veladas que me acompañó.*



Juanón y Antoñuelo fueron amigos desde la infancia; nacieron el mismo día con diferencia de horas; los padres de ambos también fueron amigos desde niños.

Ana, la madre de Juanón, se sofocaba porque el niño le daba mucho trabajo desde los primeros días del nacimiento; siete kilos pesó al nacer, ¡caramba con el niño! ¡siete kilos!

—¡Qué suerte, Ana, te viene ya criado! ¡Qué hermosura!

Se lo creyeron Ana, el padre, los abuelos y toda la familia; pero necesitaron pocas horas para empezar a dudar y pocos días para comprobar que el niño quería más condumio, porque los pechos de Ana, no muy grandes, almacenaban abundante leche cremosa, pero no la suficiente para saciarlo, por lo que él se incomodaba cuando dejaba de succionar por falta de jugo.

—No te apures, Ana, —consoló el padre —mercaremos una cabra.

Y llegó el animal como inquilino ilustre: su aposento en un rincón del cobertizo de las gallinas; la capacha de pleita siempre rebosante de comida fresca; una cuba grande de latón muy limpia, que, dada la escrupulosidad del animal, habría que limpiarla diariamente, ya que las cabras por mucha sed que tengan, desprecian el agua si no es limpia y clara en un recipiente pulcro.

Había que limpiar el rinconcito... "¿Y qué me dices de las cagarrutas?" "Se recogerán las veces que haga falta." "Pues ya nos ha caído faena...!"

Es bueno advertir que los demás hijos que llegaron más tarde al hogar de Ana y Juan, en número de nueve, fueron también muy hermosos y todos se conformaron con los manantiales maternos, creciendo sanos y rollizos.

También es bueno advertir que Juanón, al crecer, no se convirtió en gigante y fue un muchacho normal en cuando a presencia física, pero un diablillo en opinión de la madre y de las abuelas, en cuanto a comportamiento y "hechurías", palabra esta última inventada por ellas para explicar acciones no muy correctas.

Y volvamos a los primeros días en la vida del chiquillo. Su madre estaba en una inquietud constante: el crío se negó a chupar el biberón; se negó a tomar la leche a cucharaditas; se negó a beber directamente en el vasito; ya iba a cumplir dos meses y la madre, las abuelas, las tías y las vecinas no encontraban medio de satisfacer el hambre de Juanón. ¿Una galletita? ¿una cortecita de pan? ¿una tirita de jamón magro? No. Ya habían comprobado que al niño le gustaba la leche; eso era evidente porque palmeaba furioso los pechos de Ana, alargaba los brazos a los recipientes del codiciado alimento... Se dieron cuenta que el chiquillo aborrecía la boquilla del biberón, porque si el agujero era chico pataleaba y apretaba los puños impaciente, y si era grande no podía aprovechar el chorro que se desperdiciaba, y que estaba más próximo al ahogo que al placer; las galletas y la cortecita de pan se le hacían harina húmeda en el paladar produciéndole arcadas; ¿la tirita de jamón magro para chuparla? No la podía apresar con los labios y necesitaba una persona que la aguantase para él lamerla y ¿quién podía perder horas y horas aguantando para satisfacer la voracidad de Juanón? El padre dio su opinión pero el mujerío lo tomó a risa, "¿Pero te crees tú que el niño es un chivo?". Juan se amoscó pero luego contó su secreto que ni su madre sabía: cuando él era chicuelo estuvo guardando una piara de cabras en el monte y cuando tenía hambre y sed las mamaba directamente; se tendía en el suelo sobre la espalda, le sujetaba con fuerza de una pata y ¡hala...!

Una explosión de risas y de "¡Anda, tú no has sido el único...!

—Eso es una guarrería...

—Así es como está buena la leche, sin gota de agua.

—Pero ven a razones —decía Ana— el Juanón solo tiene dos meses..

Total: que aunque les parecía un disparate, pensaron que bueno sería probar y prepararon todo un espectáculo cuando terminaron de discutir que

si era o no conveniente limpiar las ubres del animal, y ya, conformes en que había que hacerlo, discutieron la forma: ¿las limpiaban con estropajo y lejía? ¡qué disparate! ¿Con un pañito suave enjabonado y enjuagado después? ¿untarlos de aceite? ¿solamente con agua?

Con agua fue y el animal se dejó hacer. "Mismamente como si fuera una persona y supiera de qué se trataba", "algunos animales podrían hablar..."

Una colchoneta pequeña entre las patas de la cabra, Ana arrodillada sosteniendo al mocetón, poniéndole la boquita bajo el pezón hasta que lo introdujo con maña maternal y él pudo apresarlos.

—Ayudarme a sostenerlo —pidió Ana— que se me puede caer, que pesa mucho...

Le ayudaron; y era, según los presentes en el banquete, un gozo ver como chupaba y tragaba, y otro gozo, observar al animal topando suavemente al aire con las patas tan separadas que parecía inminente que se diera un barrigazo.

La cabra tuvo su premio: un haz de ramón traído exprofeso del olivar aquella mañana; y todos los días sería igual.

El niño eructó varias veces y cuando, con la toalla mojada en agua, le limpiaron la cara y el cuello donde la leche, que no pudo ser engullida, se remansó, cerró los ojos y quedó plácidamente dormido. ¡Qué descanso para todos! Y Ana no hizo ningún comentario cuando, vigilando el aposento de la cabra, tuvo que recoger las cagarutas esparcidas por el suelo, redonditas y negras como bolindres de ébano.

"Pronto jugará mi Juanón a las bolas, al trompo, a la billalda, pensaba enternecida mientras recogía los excrementos para abonar el arriate donde un celindo y un jazmín echaban apuestas a ver cual de los dos ofrecía más y más bellas flores perfumadas.

Antoñuelo fue un diablillo como todos los chavales de su edad. Su íntimo amigo y compañero inseparable de correrías fue Juanón porque además de coincidir en la fecha de nacimiento con diferencia de horas, coincidían ambos en gustos y aficiones. Se diferenciaban en que Antoñuelo era un chicuelo espigado, esbelto y guapo y Juanón más se parecía a un oso

que a un niño; se querían como hermanos y se ayudaban en todo: Juanón era la fuerza, Antoñuelo la astucia. En los juegos mandaba el primero, en la escuela el segundo; de no haber sido por Antoñuelo no hubiera Juanón pisado la escuela; muchas de las planas que Juanón presentaba al maestro como suyas eran hechas por Antoñuelo, con mucha picardía para que no se notara el engaño, porque de haberse descubierto, ni uno ni otro podría disfrutar de los sabrosos minutos de recreo en el patio de la escuela.

A veces, el maestro, que se daba perfecta cuenta del asunto, le preguntaba ante una de aquellas planas "personales":

—¿Qué te pasa hoy en las manos, Juanón?

—Nada en las manos, don Evaristo, es que estoy niervoso —solía contestar.

—Dilo bien: nervioso.

—Niervoso, niervoso, niervoso...

Don Evaristo lo dejaba ir por imposible, pero nunca se pasó por alto que Juanón, al llegar al pupitre, le comentaba con picardía al Antoñuelo:

—Don Evaristo está nervioso...

Los niños reían y miraban al maestro, que a su vez se hacía el distraído.

Conforme los chavales fueron avanzando en edad, se ampliaban sus diferencias: Juanón amaba la tierra profundamente y cada vez hacía menos caso de los libros:

—Ya sé lo que necesito saber y lo que me conviene leer; no tengo necesidad de escribir; si algún día soy alcalde —y reía sonoramente— tendré un secretario...

Lo de alcalde estaba tan lejos que jamás llegaría a serlo; el que sí podría ocupar algún día ese puesto sería Antoñuelo, por mérito propio, porque aunque también trabajaba la tierra, gastaba su tiempo libre en leer.

Ambos se casaron y formaron un hogar. Juanón con Flora, una joven de aspecto delicado, de mirada soñadora y de voz dulce. Antoñuelo casó con María, otra jovencita guapa, acostumbrada también a las faenas agrícolas, tan enamorada, que no puso resistencia para aprender a leer y a escribir por deseo del marido.

—El Antoñuelo tiene en su casa más libros que el cura y el médico juntos —decían los amigos con admiración.

Y Juanón: —Compadre, gastas muchos reales en mercar libracos; con ese dinero podrías tener una viña y un olivar y serías rico.

—Juanón, yo soy rico de saber...

Cuando Antoñuelo hablaba en la era, en la taberna, en un velatorio, en cualquier ocasión, se agolpaba la gente para escuchar las cosas que decía.

—¡Tiene un pico, una labia...! ¡Sabe más que un abogado!

Y a los padres, estas expresiones los llenaban de orgullo. La abuela Lucía recordaba enternecida a su difunto esposo Antonio, y si viviera ¡cómo disfrutaría de la sabiduría del nieto! ¡bendito sea! El abuelo no supo leer, eran otros tiempos, y desde muy chequetito tuvo que empujar el arado, pero nunca le hizo falta saber leer, porque tenía talento, muchísimo talento, que se lo dejó en herencia al Antoñuelo. También ella se embobaba escuchándolo, aunque a veces le discutía.

—Abuela que yo sé lo que digo.

—Es que estás diciendo disparates... —sentía ella mucho respeto por las cosas de Dios.

—¿Y qué son las cosas de Dios, abuela?

—De Dios somos sus criaturas.

—¿Todas?

—Todas.

—¿Las culebras, los perros, los caballos, los pájaros, los mosquitos, los piojos?

—Todos, hasta los piojos y los gorgojos, y el trigo y las flores, el mundo todo, todito.

—Bueno abuela, conformes, pero lo que yo estoy diciendo es otra cosa.

—Que no, que no, Antoñuelo, que con las cosas de Dios no se juega, ¡mira que decir que cuando nos morimos nos convertimos en animales! Eso es blasfemar...

Aquella tarde, Lucía se separó de la reunión escandalizada y fue directamente a la iglesia para rezar y pedir clemencia por el desvío del nieto. ¡Qué barbaridad decía el indino! ¡¡Volver a vivir dentro del animal que una prefiera!!

Quedaron reunidos en el patio, junto al pozo que daba frescor al ambiente, tomando unos vasitos de vino y unas aceitunitas porque celebraban la buena cosecha de garbanzos. María y Flora escuchaban atentas; a las dos les entusiasmaban las cosas que decía el Antoñuelo, porque como este leía tanto...; claro que, lo que esa tarde decía, a Flora como a Lucía les pareció una blasfemia, ya que las cosas de Dios, de la Virgen y de los santos, no son cosas de broma. Sin embargo escuchaban arrobadas.

—Antoñuelo —hablaba Juanón —que lo que dices es una bola tan grande que no la puedo tragar.

—Yo no lo he inventado, Juanón, yo lo he leído en más de un libro...; eso se llama reencarnación.

Ni Juanón ni Flora entendían. El primero se reía y ella se asustaba; al final Antoñuelo decía:

—Eso que digo es tan verdad como el sol que nos ilumina...

Desde entonces Flora pensaba diariamente en aquellas cosas tan misteriosas, sintiéndose pecadora por dar en su corazón el deseo de que aquello fuera verdad y estuvo a punto de confesarse con el cura: "Me acuso, padre, de que cuando muera quiero convertirme en una gata para no salir de mi casa y estar con mis hijos y con Juanón... ¡Jesús, qué cosas!", y se santiguaba de cada vez que le asaltaba la idea de volver a vivir...

Sin querer pensar, pensaba continuamente, y sin querer creer en "aquello", un día le preguntó a su vecina:

—Pepa ¿tienes a tu gata preñada?

—Sí, y un día de estos tendremos gatitos nuevos.

—Me gustaría tener una gatita.

—Cuenta con ella; ya te avisaré.

Y con ella soñaba sin que el animal hubiese nacido aún. Cuando al fin vino al mundo, juntamente con cinco hermanos más, fue a la casa de Pepa, ilusionada y feliz, por la noticia del paritorio.

El lugar del suceso fue en la cuadra; en un pesebre, entre paja y broza, la gata de Pepa echó al mundo cuatro hembras y dos machos. La madre no tenía ganas de visitas y no consintió que cogieran a sus pequeños, por lo que Flora y Pepa estuvieron un rato averiguando de qué sexo era aquel animalito con manto de tigre, que tiraba de la tetita con más glotonería que los hermanos y que se estremecía voluptuosamente gozando de la limpieza que la mamá hacía con su lengua en su torpe cuerpo. Resultó hembra y de una belleza extraordinaria. Flora se hizo pronto su dueña y se la llevó a su casa para criarla ella misma.

A Juanón no le gustó el asunto; un gato es un compromiso, siempre dispuesto a arañar a las gentes y a pelearse a muerte con los perros; consintió por lo que él decía: "quien manda, manda", y en su casa mandaba su mujer, que estaba como chiflada con la gatita, cosa que él no se explicaba, porque a Flora parecía no gustarle gran cosa la familia gatuna; muchas veces le había escuchado: —Los gatos no le toman cariño a los amos; son unos animales muy suyos; y comodones; y siempre te miran con los ojos atravesados, ponen el lomo en arco, entiesan los bigotes y sacan las uñas...

Y terminaba: No quiero gatos.

Por eso Juanón no se explicaba el apego de ella a la gatita, a la que ha puesto de nombre Florita.

—Pero mujer, si tanto empeño tienes, podemos encargar una niña, que tú estás todavía muy retolluda...

No. Preñada por novena vez, no. Bien estaban los cinco varones y las tres hembras, aunque a ninguna pudieron bautizarla con el nombre de Flora, porque antes eran los nombres de las abuelas y el de la madrina. No. Ya estaba completo el almud, decía ella y se callaba el motivo de criar a una gatita. La culpa era del compadre Antoñuelo, que, a fuerza de hablar tantas veces de lo que llamaba la reencarnación, iba ella rebinando en el asunto día y noche y se dijo: Si no es verdad, nada pierdo; pero si es verdad, me gustaría ser gata.

Y así resuelta, se propuso tener siempre en la casa una, para cuando le llegara. Le asaltaban pensamientos de estar en pecado, por eso decidió una mañana ir a la iglesia y como el cura solía estar en el confesionario, se acercó, hincó las rodillas: —Ave María Purísima —saludó al sacerdote.

—...me acuso, padre, de querer convertirme en gata cuando me muera...

¿Qué le dijo el cura?

Secreto de confesión.

Desde ese día andaba cavilosa y triste; perdió el apetito y las ganas de complacer al Juanón; tampoco atendía bien al animalito; parecía arrepentida de tenerlo en casa. ¿Qué le diría el cura el día de la confesión?

Y una noche...

—¡Juanón! —llamó suavemente, pasándole una mano por los hombros en caricia suplicante.

Ya Juanón, que había tomado su postura e insinuaba un tímido ronquido, se volvió con la agilidad y el deseo de un zagalón, a pesar del renqueo de sus miembros y del volumen exagerado de su vientre.

—¡Flora...!

—¡Ay, Juanón, no es eso, es que no puedo agarrar el sueño...!

El Juanón tenía pronta la palabra oportuna y no quería escuchar lo que su mujer intentaba explicarle. Quien manda, manda, solía él decir refiriéndose a Flora, pero no siempre era él el vencido; cuando ponía empeño en la empresa, como en esa noche, era el vencedor.

Y luego:

—Dime, Flora, dime ahora que no agarras el sueño...

—No puedo dormir pensando las cosas que pienso; no puedo, recordando al compadre Antoñuelo...

Juanón pareció un resorte; imposible que se hubiera separado con tanta rapidez de la mujer.

—¿Qué le pasa al compadre? —preguntó alarmado.

—Nada.

—¿Y qué te traes tú con el compadre a mis espaldas?

Flora quedó sorprendida por el tono de desconfianza que él puso en sus palabras: —¿Pero qué maquinás tú ¡desgraciado! El compadre, es el compadre. Escúchame tranquilo...

—Tengo ahogo, Flora, y a lo mejor me asfixio...! Dime pronto lo que te trae sin sueño...

Ella salió de la cama y se acercó a la ventana para abrir el postigo y el aliento fresco de la noche inundó la habitación con el perfume del celindo del patio que volcaba sus ramas en los oscuros hierros de la reja. También se llenó la estancia de luz y pudieron contemplarse al pie del lecho; ella dentro de su larga camisa de hombros de amplio escote; él, como un Adán sin hojas de parra.

—¿Quieres hablar de una vez, Flora?

—Tú, tranquilo, que al compadre no le pasa nada, pero yo no puedo dormir pensando en las cosas que dice, esas cosas tan raras de que no nos morimos...

—¡Ah, vamos! —respiró profundamente el Juanón y arrollándose la pelambrea que oscurecía su pecho, se volcó materialmente en la cama haciendo crujir los flejes como si estos se negasen a amparar el robusto cuerpo— Con que tú te crees las paparruchas y los pegos del Antoñuelo; venga, métete en la cama y vamos a aprovechar esta vigilia que el Señor nos ha mandado como un milagro... —esperó a que Flora dejara de andar de una a otra parte de la habitación y la invitaba nuevamente, con zalamerías que siempre le habían resultado bien— Nena, notas el olor a flores que entra del patio por el postigo... ¿Y esta claridad tan bonita? Tenemos luna llena y pronto asomará su cara por el postigo...; a mí también me gusta mirarla...; seguro, seguro que está ahora como pinchada en la chimenea de la casa de Tomás el Rubio... Bueno, Flora, no te pasees más y ven a mis brazos amorosos...

—Escucha Juanón —hablaba Flora sentada en el filo de la cama, mientras se desprendía delicadamente del abrazo de él— escucha, Juanón: que yo, cuando me muera quiero quedarme aquí, en la casa, contigo, con la familia, convertida en gata.

—¡Co..! —exclamó Juanón, rebotando en el lecho—. No quiero bromas, no me gusta lo que dices, déjate de pegos...

—No es broma, Juanón, no es broma. El compadre sabe mucho y él dice que eso es así: que no nos vamos, que nos quedamos, que...

—¡Calla, calla, calla! No quiero oírte ni una palabra más, no me gustan las bromas...

—... que yo quiero convertirme en gata y siempre tendremos en la casa una para cuando llegue mi hora...

—¡Que te calles, Flora...!

—...y tú tienes que saberlo para que me trates bien...

—¡Que te calles he dicho...!

Se iba enfureciendo a medida que ella hablaba; Flora se asustó y se ovilló en el sitio acostumbrado en la cama suspirando; y, llorosa, dijo con voz muy suave de niña mimosa: —Ya que te lo he dicho me dormiré...— y alargó la mano para acariciar la pelambarrera que se volcaba por el hombro del varón.

Juanón quedó quieto. Muy quieto. Su mujer le había robado el descanso. Y la culpa la tenía el compadre.

Porque el compadre venga leer y leer; y venga hablar y hablar. Claro, una ignorante como Flora se quedaba con la boca abierta escuchando; también él escuchaba, pero sin creerse nada de lo que decía el compadre, porque el compadre era, como todo el que lee más de lo preciso, un sabelotodo. Y lo exagerado es malo. No hay que ir más lejos para darse una cuenta de la verdad, ya que con mirar alrededor se aprende. Por ejemplo: el limonero que ha crecido tanto que se desperdicia la cosecha, porque una de dos: o se dejan los limones en lo alto que se pudran, o hay que subirse al tejado para recogerlos, y pueden pasar dos cosas: que te resbales, caigas y te rompas un hueso, o que no te caigas pero hagas añicos una o más tejas y ya tienes otras dos cosas: gastas dinero en arreglarlo o tener goteras. Y es que exagerar no es bueno. Sin ir más lejos: la lluvia es una bendición para el campo, pero como sea demasiada, se alaga y se pudre la cosecha, y no digamos una tormentita aunque no caigan rayos porque si se desahoga bien, nos vienen las riadas y despídete de la cosecha también... Es que no hay que exagerar tanto; claro, que sin ir más lejos, si yo comiera un poquito menos, no tendría esta panza que me estorba para todo, para agacharme, para contentar a Flora, para amarrarme los pantalones... No es bueno exagerar. Y el compadre... ¡Có..., con el compadre! ¿A qué hora dormiré? Leer tanto no es bueno porque se ablandan los sesos, y que en los libros hay escritas muchas mentiras... ¿Qué necesidad hay de enterarse de esas cosas? Igual que con la iglesia, los curas y las beatas; si Dios está, según dicen en todas partes... Pero es que los curas tienen que ganarse el pienso sermoneando y cantando gori, gori... Y el cura dice que cuando morimos

iremos al cielo o al infierno y él entiende de esas cosas más que mi compadre, y la Flora es tonta o ha perdido la chaveta, y si es así, tendremos que ir a un médico para que le ajuste los tornillos... Entonces habrán entrado en esta casa las penas... Y mañana mato a la gata a palos...

La luna había avanzado en su recorrido y plateaba la cara de Flora que dormía plácidamente. Juanón se incorporó y la miró enternecido y pujando. —¡Mecachis!— murmuró —¡Y que me caiga a mí esta desgracia!— suavemente rozó con sus labios la cara de la mujer y miró extasiado la blancura de su cuerpo —¡Si parece un nardo!— dijo y la cubrió con la sábana.

Intentó dormir sin conseguirlo dándole vueltas en su cabeza a las mismas cosas: todo lo exagerado es malo; leer tanto es malo porque se vuelve uno loco; que no hay que saber tanto, solo lo preciso; ya hablaría con el compadre y hasta con el cura para que metieran a la Flora por vereda y se dejara de gatos. Mañana le daba un palo en la cabeza a la gata y la dejaría en el sitio sin gori gori... ¡paparruchas! Le iba a leer la cartilla al compadre..., mañana..., mañana...

El gallo cantaba la hora en el corral pero Juanón no se enteró.

Pasaron los días pero no las preocupaciones de Juanón, porque la conducta de Flora hacía difícil la paz que hubo hasta entonces; los hijos también comenzaron a preocuparse por "las manías" de la madre. Aquel cuidado y mimo con la gata nunca lo tuvo ni con los hijos, ni con la familia, ni con los animales. Le hablaron al médico: —Mi madre tiene algo malo... Está cambiando, se está quedando como un fideo porque apenas come...; y luego las peleíllas con mi padre porque ella quiere meter a la gata en la cama cuando se acuestan...; y a mi padre se le va resbalando la panza porque lo poquillo que come le sienta mal...

También era consultado el compadre Antoñuelo pero su diagnóstico no satisfacía a la familia: que eso era natural en una persona tan "fina de sentido" como ella; que cuidar de un animal de aquella forma era la demostración de que su deseo de maternidad no se saciaba con mimar a los nietos; que si ella cree o no cree en ciertas cosas, hay que respetarla y considerarla y no amargarle "la vida que vive ahora"; que no es cosa de médicos ni de curas sino de un "saber nuevo"...

En resumen, que Juanón, antes de conformarse, hizo un esfuerzo y habló con el párroco y tampoco quedó tranquilo:... que las mujeres a cierta

edad cambian de todo: de ideas, de gustos, de costumbres y hasta de cuerpo, como que a veces hasta se vuelven hombrunas y echan barbas y bigote... Pero, Juanón, todo depende de tí; llévale la corriente para mantener la paz; esto de Flora es lo que los médicos llaman "edad crítica", que la padecemos también los hombres...; con el tiempo dejará de pensar en la reencarnación... ¿el Antoñuelo? ¡Bah! lo que tú dices: paparruchas; al Antoñuelo se le han revuelto las letras en la sesera...

Y Juanón hacía todo lo imaginable por consevar la paz. Era difícil. Le habló seriamente al compadre: —Debías decirle a Flora que todo eso de no morirse uno, de hacerse otra cosa, eso, eso que la trae "esnortá", dile que son bromas tuyas para distraer a los catetos.

—Yo no puedo decir que es broma lo que los libros dicen que es muy serio... Y además que yo no me burlo de mis paisanos.

—Pero compadre Antonio, que la Flora se me vuelve loca creyendo lo que tú dices ¡y en mala hora te oyó!

—Lo de la comadre tenía que pasar de todas formas, con eso que yo dije o por otra cosa cualquiera; la culpa no es mía, es de la menopausia.

—¿De quién has dicho? ¡Dónde vive esa que me la cargo ahora mismo! exclamó en un arrebato de cólera, irguiendo su cuerpo en toda su talla y bravura, dispuesto a salir a la calle.

—¡Quieto, quieto, compadre! La menopausia es el nombre científico de lo que llamamos edad crítica.

—No me marees también a mí, que si yo no leo como tú porque las letras se me juntan, y aunque yo parezca que solo vivo para comer y disfrutar, tengo mi alma en mi armario; y si no tengo la sabiduría tuya, tengo en cambio buenos sentimientos, y soy leal y no engaño a nadie. Eso de la reencarnación me parece que no es para bromear; yo no entro en la iglesia ni hablo con los curas pero les tengo respeto. La Flora está, ya tú sabes, tan creída en que se convertirá en gata, y yo, ya tú sabes, ni duermo ni como, y cuando nadie me ve se me salen unos lagrimones como garbanzos y el corazón lo tengo arrugado de sufrir...

Prometió Antoñuelo hablar con la comadre, solo porque eran amigos desde pequeños, pero que...

—...la reencarnación es verdad y algún día lo sabrás... Si me muero antes que tú, un día vendré a verte y me reconocerás; yo seré un perro, me

pondré delante de tí, te miraré fijamente y tú sabrás entonces que te diré sin palabras: Compadre, aquí estoy.

No pudo reírse Juanón porque se estaba ahogando de angustia al comprobar que también el Antoñuelo había perdido el tornillo principal, el que mejor ajusta los sesos.

Y esta es la vida. La que hay que vivir. Nacer, crecer, tener hijos y desaparecer. Pero desaparecer eternamente. Fue un niño glotón, tragón y noblote; pícaro, como todos los niños; supo jugar y trabajar; cumplió con la patria y con la Flora; cumplir con la patria solo tuvo de bueno salir del lugar y conocer otros sitios y otras gentes; cumplir con la Flora, la mayor de las delicias; entre los dos proporcionaron al mundo cinco varones y tres hembras; y Flora, pequeñota y fina como una violeta, crió a los nueve, sin ayuda de biberones o de cabras, solo con sus pechos que parecían dos globitos de nácar.

Juanón callaba y meditaba constantemente haciendo el recuento de su vida pasada llena de paz y de felicidad. Se veía niño, zagalón, hombre y en todas las etapas feliz; recordaba la infancia de Flora, vecina de la misma calle, siempre muy limpia, "escamondá"; recordaba la regañina que le echaron sus padres por el atrevimiento que tuvo de darle un tironazo de la trenza, tan fuerte, que la chiquilla cayó al suelo y con un canto se hirió la frente; la sangre alarmó al vecindario; aquel día hubiera dado algo por no estar tan grueso, pues que la ira la desahogaban con alusiones a su cuerpo deformado; y lo que son las cosas —decía él— lo que son las cosas cuando vienen derechas: desde aquel memorable día, ella empezó a mirarlo con simpatía; los dos se hacían cucamonas, los dos se habían enamorado. Y enamorados seguían para toda la vida. Flora era fuerte, sana, trabajadora y guapa: una pareja modelo. Y lo que son las cosas —decía él— lo que son las cosas; dos veces, por su causa había caído al suelo; la primera cuando el tirón de la trenza de su pelo, la segunda vez cuando el embarazo de la Julia, que a poco la aborta; se lo reprochó muchas veces, y procuró no gastarles nunca más bromas tan "gansas". Claro que aquello no fue una broma; ya en otras ocasiones había hecho lo mismo; ¡cosas de ellos! El estaba al cuidado de la viña; ella vino como todos los días, con el agua fresca y los avíos para hacer el gazpacho: —"Sube, Flora", le dijo desde lo alto del candeicho; ella no quiso subir por más que él le rogaba impaciente; llevaba ella un rodete formado por la trenza y dos clavellinas rojas

adornando su cabeza; una blusa blanca de lunares rojos muy pequeñitos — (él dijo después que cuando la vio con aquellos lunares del tamaño de galletas "María", aquellos clavelones pinchados en el moño, aquel escotazo que le hacía adivinar tesoros, aquellos brazos al aire... ¡Có...! de pronto le asaltó la necesidad de sentirlos en su cuello...) —los lunares eran del tamaño de las lentejas, el escote como siempre, muy recogido, y los brazos los llevaba cubiertos hasta los codos. Flora no quiso subir porque había dejado a los niños con la abuela y tenía prisa; él bajó rápidamente y se fue hacia ella que corrió con el dormillo en las manos sorteando las cepas, pero tropezó o se enganchó —que nunca lo supo— con algún sarmiento saliente de la cepa y dio con su cuerpo en el suelo dando un grito tan agudo, que se asustó él y le desaparecieron sus ganas de fiesta. Llamó a voces a los hombres que estaban en las viñas próximas y apañaron una burra para llevarla a su casa por el temor bien fundado de que se les iba a desgraciar el hijo que venía de camino. Ni él ni ella dijeron nunca cual fue el motivo de la caída por un natural pudor; uno y otra se lo reprochaban.

—No, Juanón, la culpa fue mía, que como estaba tan cansada del trajín de la casa y de la caminata no me apetecía, ni subir al candelero, donde estaba la colchoneta, ni tenderme en el suelo, pero yo debí hacer un esfuerzo para darte gusto...

—La culpa fue mía, que soy muy animal, que no sé portarme como debo, que no sé aguantarme, que voy siempre a mi avío sin tenerte en cuenta y tú no sabes, Flora, lo que sentí cuando te ví en el suelo con aquella cara de muerta...

—No pensemos más en esas cosas.

¡Qué enamorados estaban y cuánto se querían! Por eso no les importaron nunca las malas cosechas, ni los trabajos de sol a sol, porque los dos eran capaces de todo; ella, valiente, arrojada, se agigantaba con los contratiempos; no le temía a nada, lo mismo aparejaba una bestia que mataba un pollo, que hacía un encalijo, que ponía rosas en un vaso para adornar la mesa, que bordaba o hacía encaje, que paría sin apenas quejarse y sin tener que guardar cama, que ayudaba a parir a la cabra o a la yegua... ¡una mujer! El flaco suyo —(¿quién no tiene un flaco?—) era el miedo y el asco a las ratas y a los ratones; en la casa no había ratas pero sí algún que otro ratoncillo que se colaba por el caño de la calle; cuando Flora lo veía daba un grito y se subía a una silla o a una mesa; una vez la encontró subida en un pesebre de la cuadra "¿Cómo has podido subirte ahí estando preñada?

Baja, mujer, que un ratón no se come a nadie". Y no podía bajar y él acercó una silla y le ayudó; hubo que hacerle tila y fue la comidilla del vecindario ¡asustarse de un ratón! No podía remediar el pavor que le producía solamente nombrarlos.

"Y digo yo —pensaba Juanón— ¿cómo se la va a arreglar con los ratones cuando sea gata? ¡Qué cosas se me ocurren sabiendo que esto es imposible! Pero digo yo: si las personas pasan a ser animales... ¡pero no! ¡ni pensarlo! Claro que a veces decimos: a ese perro no le falta más que hablar, ese gato sabe latín, ese caballo entiende con la mirada... ¡a lo mejor el compadre Antoñuelo lleva razón... ¡Pero digo yo!... No, no. Pienso muchos disparates porque también a mí se me están ablandando los pocos sesos que tengo...".

—Era verdad que Juanón pensaba y pensaba y cada vez sus pensamientos eran más oscuros. Los hijos iban notando el cambio que se estaba dando en el compartimiento de los padres y solo sabían conformarse diciendo: "¡Cosas de la edad! Ya son viejos, chochean y están caducos".

Algo barruntaba Juanón de las opiniones de los hijos; le dolía y nunca quiso aclarar las cosas porque "Son cosas muy de Flora y mías y ni los hijos deben saber de interiores del alma; que Flora está pasando una enfermedad y yo a la par de ella porque somos dos ramas que formamos un solo tronco; su risa es la mía y sus lágrimas son mías, y si ella, por mor del compadre Antoñuelo, se ha puesto maniosa, yo voy a tener la misma manía aunque me cueste, porque la quiero, la quiero, la quiero..."

—¡Juanón...! —la voz de ella más dulce que nunca, caldeó el corazón de él— ¡Juanón...!

—Nena, Flora ¿qué quieres?

—¿Dejarás que Florita duerma en la cama con nosotros? ¿En medio, como dormían los niños cuando eran críos? ¿La dejarás, dí, la dejarás?

—Ella no va a querer...

—Pero tenemos que acostumbrarla...

La verdad es que la gatita tiene mucho parecido con Flora, con la Flora de antes, con la Flora joven dispuesta siempre a desmelenarse en los juegos del lecho ¡aquella Flora! con el cuerpo rellenito, con aquellos pechitos pequeños y duros, con aquella boca que mordía en los arrebatos... ¡mejor

no pensar, no recordar, hay que vivir en lo que es y no en lo que fue!
¿Quiere a la gata dentro de la cama? ¡Pues que así sea!

Pero la gata no consintió dormir bajo las sábanas; la Florita se acomodaba sobre un cojín de plumas muy blando, cuyo olor le hurgaba en caricias y le podría hacer soñar —si los gatos sueñan— con el vuelo y la caza de un zorzalito; a veces le alertaba un pequeño ruido de carcoma y levantaba la cabeza; en la oscuridad del dormitorio, sus ojos brillaban hirientes; Flora observaba desde la cama los ruiditos y sonreía feliz.

Aquella noche era fría por la cercanía del invierno; Florita se ovilló en las cenizas calientes de la chimenea; a la fuerza tuvo que acompañar a los amos.

—Flora, a la gatita le gustaría jugar en los tejados..., es su tiempo de celo.

Ella se indignó: —Florita tiene que ser decente.

—¡Mujer, que es un animal y también tiene sus necesidades!

No cedió ni al apetito del animal ni al de Juanón que, después de suplicarle en vano, sitió deseos de salir de la casa. ¿Qué pensaba Juanón? Imposible sus pensamientos, hay que apartarlos por disparatados y por indecentes, que diría Flora.

Se echó de la cama y abrió un postigo de la ventana. Una luna soberbia inundó de plata la alcoba. Florita intentó escapar y la altura y la lejanía de los tejados le hicieron volver al suelo, un tanto desesperada, restregando su pancita por la esterilla de esparto que les hicieron en Badolatosa y que les servía de alfombra al lado de la cama. Y clavando en Juanón el fuego de sus ojos. (reflejo del que torturaba su cuerpo) suplicando, mientras iba una y otra vez a la puerta cerrada y volvía a restregarse en la estera. ¡"Miau..."! —maulló. Juanón le dijo: —Ven...— y abrió la puerta sin hacer ruido. La gatita saltó escalones y esperó ante la puerta del patio; Juanón bajaba descalzo y casi desnudo con cuidado de no despertar a su mujer que dormía profundamente gracias a un sedante, y Florita ya corría por la barda del corral; en el tejado de la cuadra la esperaba un hermoso macho ronroneando entrecortadamente.

Juanón volvió al cuarto pensando lo fácil que sería coger una pulmonía. Cerró el postigo y se acostó. Ella respiraba con dificultad. Le tocó la frente y le notó un calor que no era natural. No pudo dormir. Pero no pudo dormir desde entonces, casi ninguna noche; Flora apenas salía de la cama;

el médico recetaba y recetaba y la mejoría no llegaba; lo que iba llegando era el fin de una vida.

El compadre Antoñuelo tenía preciosas palabras de consuelo y trataba que Juanón creyera en lo mismo que Flora. Ella se fue y él seguía incrédulo.

Pero empezó a dudar. ¿Por qué Florita estaba tan apaciguada? ¿Por qué se dejaba acariciar el lomo? ¿Por qué lo seguía a todas partes?

—No, Juanón, que no...; está tranquila porque le pasaron ya las calores y se deja acariciar porque a todos los animales les gusta eso, y va detrás de mí porque yo le doy buenas magritas... Que no, compadre, que no; que Flora estará ¡digo yo! en el Cielo, porque era muy buena y porque se le han dicho muchas Misas, ... Y yo me porto muy bien con la gata, y eso que a mí nunca me ha gustado ese género de animales, lo hago porque Flora lo hacía; pensando en ella lo hago todo ahora y ¡fíjate! hasta riego las macetas y el celindo y el jazmín y no echo la ceniza del cigarro en el suelo, y hasta más de una noche he hecho la señal de la cruz y no rezo porque no me acuerdo ni del "Yo pecador..."

—Y metes en la cama a Florita.

—Se sube ella y duerme encima de la colcha, pero eso también lo hacen los perros... Lo hacen los gatos y los perros cuando encuentra cariño, y no lo hacen los caballos, ni los mulos, ni las cabras porque no cabe, pero fíjate como entienden...

—"Fíjate como entienden"... Estas palabras fueron ya un sonsonete en su cerebro; por eso le llovían las dudas; por eso pensaba con horror en la preñez de la gatita.

—Compadre ¿tú estás seguro de que Flora vive dentro de ella? — señalaba al animal que dormía en el cojín, aquel cojín que antes de casarse había bordado Flora y que jamás se usó sino como adorno; la respiración de la gata era acompasada; abrió los ojos y pareció que le guiñaba al Antoñuelo —¿Estás seguro de que ella vive dentro...?— seguía preguntando con ansiedad.

—Yo no puedo asegurarte nada, compadre, eso lo sabrás cuando ella te mande una señal.

—¿Como qué?

—Sus costumbres, sus gustos, esas cosas...

Una señal. ¿Qué señal? ¿Qué señal...?

"Me estoy volviendo loco. No puedo creer esas paparruchas. Tengo que portarme como una persona en sus cabales... Se terminaron las tonterías. Desde hoy ocupará la gata el sitio que le corresponde; desde ahora me desentiendo de ella; tendrá que acostumbrarse a dormir en la cuadra y allí parirá; comerá sin melindres; comerá los desperdicios del pescado y lo que caiga de las sobras; que se busque la vida como se buscó aquella noche un novio; que trabaje y cace ratones..."

¿Qué le ocurre a Juanón? Se lleva las manos a la cabeza y cierra los ojos con gesto desesperado; se pasea lentamente por la habitación, luego se acerca al sillón donde reposa Florita; se agacha, le acaricia el lomo y el animal abre los ojos y clava su mirada en la de él.

—Tú no eres Flora; tú eres una gata que va a parir dentro de unos días; eres una gata, solo eso...

Se levantó con más rapidez de la que podía esperarse dado el volumen de su cuerpo y respiró ruidosamente.

—¡Ea, ya estoy tranquilo y mañana mis hijos se tranquilizarán también cuando sepan que ya todo pasó; ellos creen que esto de la reencarnación no es verdad... No creo, no creo, no creo...— mientras abría la alacena y sacaba la botella de vino— vamos a celebrar que en esta chimenea —y se tocaba la cabeza— ya no hay hollín y ni siquiera humo... Y cuando venga el nieto a dormir aquí, me encontrará como siempre he sido: un hombre corriente, sin dobleces, sin extravagancias..., y no me dirá más "Abuelo, que raro te estás volviendo..."

El vasito en alto admirando la transparencia del vino de su bodeguita; una bodeguita con dos pipas solamente, porque la viña, pese a los cuidados que se le tenían, no daba para más. En la bodeguita no quería Flora entrar, ¡cuántas veces le había dicho "Anda, mujer, lléname el jarro del tonel chiquito", y ella se hacía la remolona y procuraba que aquello lo hiciera otra persona "¡Qué manía, no querer entrar en la bodega" y ella contestaba: "Tú sabes que me puedo morir si veo un ratón y allí tiene que haberlos".

Los había, sí, y los gatos de la vecindad se daban los banquetazos cuando nacían las nuevas camadas; ahora se encargaría la Florita, porque a la puerta le haré una gatera para que entre y salga cuando se le apetezca.

Se iba tranquilizando Juanón a medida que la cantidad de vino de la botella se iba reduciendo y tal vez porque estaba decidido a quitar de su cerebro aquellos disparates; el vinillo enjugaba su gaznate y le infundía esperanza; no podía seguir pensando que su mujer se había transformado en gata, y que la cabra que a él lo amamantó fue una mujer en otra vida. Sí. Sí. Ahora daba también en pensar en eso y se horrorizaba de sus pensamientos y con furia los intentaba apartar porque ¿y si de tanto pensar en la cabra como pensaba últimamente, se convertía en un macho cabrío?

—Párate, Juanón, —se decía en voz alta a sí mismo, andando por la habitación a altas horas de la noche mientras el nieto dormía en la alcoba contigua —Párate, Juanón, que vas a perder la chaveta; que el que la tiene completamente perdida es el compadre Antoñuelo; pero es verdad que te ves enmedio de una piara de cabras con una bolsa amarrada a los lomos para inutilizarte una temporada... ¡¡qué buen semental sería yo!!...

El nieto acudió asustado: —Abuelo ¿qué te pasa? ¿con quién hablas? ¿De qué te ríes?

Esto se repitió más de una noche y no podía seguir así. Se acabó.

Cada vez más tranquilo. Cada vez más seguro de sí mismo. El nieto y toda la familia notarían el cambio. El tenía fuerza de voluntad. Se acabó.

Avanza la noche. En el silencio se oye un ruidito. "La polilla" —piensa Juanón. Florita ha levantado las orejas avisadora. Las llamaradas de sus ojos se agigantan. Salta del cojín a la mesa, con el mismo horror que lo hacía Flora cuando veía a un ratón. Tiene el lomo erizado y los bigotes enhiestos. ¿Qué ocurre? Se está abriendo la puerta de la calle. Entra el nieto.

—Buenas noches, abuelo —y añade señalando el rincón cabe la alacena— Mira, un ratón...

Juanón se echa sobre la mesa alargando los brazos hacia la gata y cae al suelo exclamando:

—¡¡Flora de mi alma, eres tú...!!

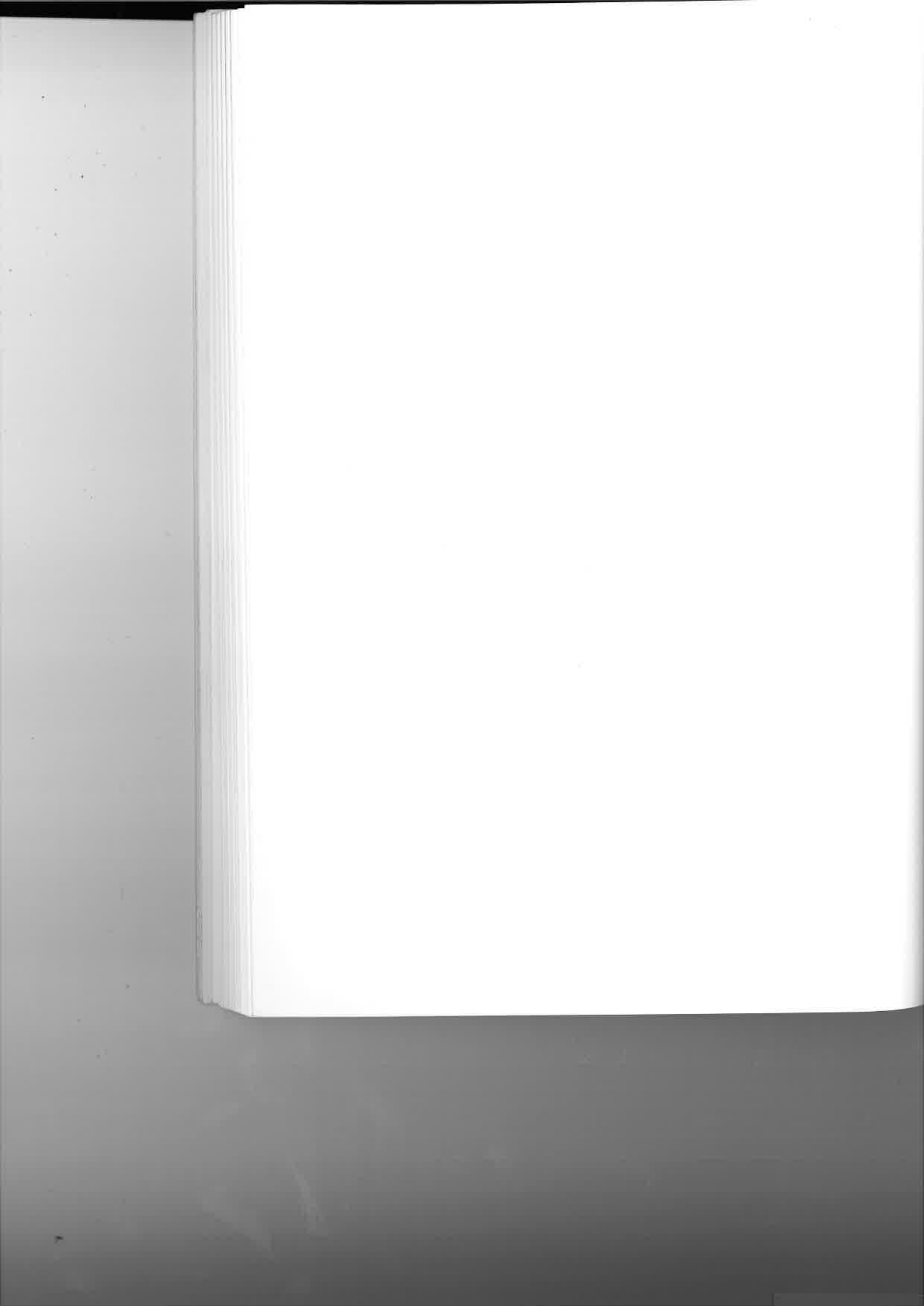
Puerto Real, 22 septiembre 1992

Paula Contreras



VICENTE Y VICENTILLO

*A Rafael Pérez Pérez, pintor,
recreador del Vicente y Vicentillo
que yo imaginé al contemplar
su cuadro.
Con admiración*



Vicente no era su nombre, pero todo el mundo se lo llamaba. Había pasado muchos años desde aquel día, cuando aún tenía juventud aguerrida y galana, en el que decidió olvidar su verdadero nombre, su pueblo, su familia y sus amigos. Burlonamente se llamaba a sí mismo "turista" porque continuamente cambiaba de oficio y de localidad y nunca vivió más de un año en el mismo lugar.

—¿Cómo te llamas? —le preguntó la moza curioseando en su vida—
¿No tienes familia? ¿De dónde eres? ¿En qué trabajas?

El, como siempre, respondió pausadamente:

—Vicente.

—¿Y qué más?

—Basta con Vicente. Mi familia va conmigo; míralo, aquí la tienes, se llama como yo... —y acarició con suavidad la cabeza de su perro— Soy del mundo y trabajo en lo que salga y gano lo suficiente para los dos... ¿Queda tranquila tu curiosidad?

La mujer también poseía, como él, una belleza espléndida y madura. Hablaron poco más y cuando Vicente se despidió le dejó sobre una mesa unos billetes en pago a sus atenciones. Díjole al perro:

—Vámonos, compañero, que nos esperan en otra parte.

Y ambos salieron presurosos como si en realidad fuesen esperados.

La mujer quedó en la puerta viéndoles andar: marchoso y seguro el hombre con la bolsa colgada de un hombro; moviendo el rabo el animal, feliz de salir al campo.

—¿Quién será...? —seguía ella en su pensamiento curioseando— ¿Quién será? ... ¡Ojalá vuelva pronto! ¡Lo seguiría a todas partes como un perrillo...! —suspiró dolorosamente; retiró de su cara unas lágrimas sucias de pintura, ajustóse la bata al cuerpo y entró en la casa.

Vicente y su perro amainaron el paso. Coches y camiones pasaban en una y otra dirección por la carretera; a veces, Vicentillo les ladraba y amagaba embestidas, que apenas eran notadas por los viajeros; sucedía siempre en todas sus caminatas.

Vicente pasaba observando el campo, los hombres, los animales. Le placía contemplarlo sentado en la cuneta o en el ribazo; la tierra morena, blanca o rojiza; el trigo, las cepas o los olivos; la torada brava y la manada borreguil y pacífica; el vuelo de los pájaros y de los insectos y el andar afanoso de las hormigas y escarabajos. Le gustaba la tierra sumisa al hombre y le embargaba la majestad de las montañas y le enamoraba el agua: la del mar, ríos, fuentes, arroyos, charcos, lluvias.

—Y a usted, Vicente, ¿le gusta el cante?

—Cuando es bueno.

—Y a usted, Vicente, ¿le gusta la guitarra?

—Cuando es bien "tocá".

—Y a usted, Vicente, ¿le gustan las mujeres?

—Cuando hacen falta.

Lacónico siempre. Sabía escuchar. Reía con facilidad. Era desprendido de su tabaco cuando lo tenía. Trabajaba con esmero, en cortijos, en bares, en ventas, en gasolineras; dejaba siempre buen recuerdo y rara vez volvía al mismo sitio a trabajar.

El y su perro. Libres. Libres.

Muchos años pasaron por Vicente, que seguía firme en su férrea salud y en su delirio de soledad. Y podría haber sido feliz con la felicidad vulgar de los demás. Así pensaba él mismo y así le hablaba al compañero:

—Te gustan los niños y a mí también... Te gusta la casa con la cama, la butaca, la tele, la cocina, el patio con flores..., a mí también. Te gusta el tronco de un árbol para vaciar tu cuerpo, y a mí para dormir a su sombra y que me despierten los pajarillos... Te gusta todo lo que a mí me gusta...; somos iguales y nos llamamos igual... Tú, podrías ser persona y yo perro... Mejor yo perro, porque ser hombre es algo muy difícil y a veces muy doloroso...

El perro parecía entender sus palabras, quieto el rabo y quietas las aguas de sus ojos mansos.

—No te pongas triste, Vicentillo... Nosotros siempre juntos... Siempre juntos —y pasaba suavemente su mano ancha y áspera por el lomo aterciopelado del animal.

La vida de Vicente se deslizaba con aparente vulgaridad. Solo cuando Vicentillo se negó a andar, cambió el rumbo de su vida. Fue en un atardecer, trabajando en un viñedo jerezano. Se recreaba mirando y tocando los pámpanos prometedores; por su mente pasaban los cuadros maravillosos de la recolección y la siembra; un ciclo que observaba como el buen labrador; espiando las nubes y los vientos; gozando al notar el parto de la tierra, cuando apuntando la pavesa verde se desmoronaba ella haciendo en terroncillos una corona, una valla, una defensa, un círculo maternal. Allí el trigo, allí la cebada, allí el algodón, allí la remolacha. Pasaban las estaciones y ellos dos, Vicente y Vicentillo, pasaban por la vida silenciosamente, amándola con desesperación.

Estaba Vicente embebido en la visión de la viña cuando se le acercó Vicentillo quejándose y tendiéndose en el suelo; la tierra blanca, cual sábana que rodeaba el pie de la cepa, se llenó de amapolas con la sangre que saltaba, en terrible surtidor, de una pata del pobrecillo animal.

Vicente tomó al compañero en sus brazos y éste cesó de quejarse. Se cortó la hemorragia y se lo llevó a su albergue. Toda la noche en vela; muchas noches con sus días velando a su compañero de tantos años. Perdió su trabajo.

—¡Ea, vamos a buscarnos la vida en otro lugar...!

Salieron a la carretera nuevamente. Lo llevaba en sus brazos con amor para que la dureza del piso de las calles no lastimara su patita hinchada. Ya en el campo le dijo:

—Vicentillo, tendrás que hacer un esfuerzo y andar un poquito, porque la vida regalona no es buena...

Lo puso cuidadosamente, con ternura paternal, en el suelo, en la verita mullida de la cuneta.

Vicentillo tambaleó su cuerpo al querer erguirlo. No pudo y se tumbó con un estremecimiento de dolor, acusado por su mirada fija en los ojos del amo.

—¡¡Vicentillo!! ¡¡Vicentillo...!! —exclamó y se dispuso a parar a un vehículo cualquiera para poderlo llevar a un veterinario.

Desconfiaban los viajeros, por sus manchas de sangre, por su barba de días, por la suciedad de sus manos, por sus zapatos embarrados, por su revuelta cabellera.

Vicentillo quedó arrojado en la tierra blanda de la cuneta; no hubo que ahondar mucho porque el cuerpecito era pequeño; luego, jaramagos y margaritas enjoyaron la diminuta tumba.

No sabía Vicente qué esperaba sentado en el ribazo; le aplastaba el pecho su corazón dolorido; sus piernas y brazos tenían quietud de muerte.

La luna salió enganchándose en los sarmientos. La miró con odio. La luna no era luz y adorno del cielo; la luna era delación... Aquella noche, ¡hacía ya tantos años y sin embargo nunca la consiguió olvidar! La luna fue la delatora de la infamia... Y el recuerdo martilleó su cerebro con pesadez de plomo. Por eso miró con odio a la luna y abandonó la cuneta sin querer mirar al sitio donde quedaba Vicentillo en soledad eterna.

Soledad. La suya. ¿Con quién hablaría ahora? ¿A quién le contaría sus amarguras y sus gozos? ¿Por quién trabajar desde ahora?

Palpó el monedero que no estaba bastante abultado; buscaría alojamiento en cualquier parte; se asearía, cambiaría de ropa; comería, dormiría en un catre sin que le calentase los pies su Vicentillo...

No fue fácil encontrar cobijo en aquella posada del camino; tuvo que explicar muchas cosas sin poder desterrar la desconfianza del ventero. Una mujer, que asistía en silencio al diálogo, abogó por él. Pudo por fin lavarse y cambiar de aspecto.

—¿Por qué obligaste al jefe a que me admitiera y a que no llamara a la policía?

Ella había entrado en el cuarto pequeño, de techo bajo y ventanuco estrecho, llenándolo de su olor fuerte de mujer sana y cálida y se le acercó decidida a una batalla amorosa que él no rechazó.

Y de nuevo le preguntó:

—¿Por qué...? ¿Sabes quién soy...?

—Porque desde que apareciste me brincó el corazón como si recobrara algo mío... Me gustas. Por eso...

Fue por eso.

Ya en reposo, ella se interesó:

—Estás triste... Es como si estuvieras muy lejos de aquí... Tú guardas una pena ¿verdad?

Asintió el hombre con un movimiento leve de cabeza y un fuerte suspiro.

—Cuéntame, hijo... Las penas compartidas se achican... Cuéntame.

—Se me ha muerto mi Vicentillo...

—¡Pobrecito! —se compadeció ella— ¿muy mayor tu hijo?

—Vicentillo era mi perro.

Y fue entonces cuando le abandonó su fortaleza viril, pues una congoja irreprímible llenó sus ojos con un torrente de lágrimas.

La moza se deslizó silenciosamente del lecho y salió de puntillas de la habitación diciéndose.

—¡Qué tío más raro...! ¡Está como una cabra...!

¿Cómo era el nuevo Vicentillo? Pequeño, manchada la blancura de su pelaje por roeles oscuros; largas y puntiagudas las orejas y rabo risueño y juguetón. Lo de risueño lo había dicho Vicente: —Los perros se ríen cuando están contentos y mueven el rabo...

Apenas hacía un mes de nacido cuando se lo entregaron; trabajaba Vicente en un cortijo muy cercano al mar, donde se criaban toros de lidia;

llevaba dos meses en las labores de la dehesa cuando se le proporciono la felicidad de poseer otro Vicentillo. Supo de la preñez de la perra y la cuidó amistoso en todo momento, aun sabiendo que los perrillos que nacieran tenían ya amos, por aquello de que la pareja engendradora poseía una brillante historia.

Nacieron en una madrugada, apenas iniciado el amanecer, cerca de la cuadra donde dormía cada noche Vicente, al cuidado del ganado.

Había sentido a la perra merodeando por allí, como si el instinto del animal buscara una ayuda; se echó del jergón y fue a buscarla; estaba en un rincón de la estancia, sobre paja y broza apilada. Vicente asistió al milagro del parto en cuclillas y en silencio; a cada salida de un nuevo ser pasaba su mano por la cabeza de la madre dándole aliento; ocho caricias le hizo Vicente; ocho perrillos se movían entre las pajas como inmensos y torpes gusanos; los ocho fueron aseados por la perra; los ocho bucearon en su vientre hasta encontrar los pezoncillos rosados y temblorosos. Vicente seguía todo el proceso en religioso silencio. Y empezó el día a insinuarse. El gallo volvió a avisar el triunfo de la luz que ya iba entrando por las altas ventanas, resaltando una a una cada bestia que había pasado la noche junto al pesebre.

Y el hombre se irguió para desperezarse; parecía un gigante en medio de aquella fila de redondas ancas, de aquel bosque de columnas impacientes acompasando los tenues relinchos; el conjunto de las nobles cabezas de orejas enhiestas, de las plumosas y sedeñas colas abanicando el denso aire. Pensó en el poderío de la bestia altiva y en la humildad del sublime misterio. Y se vio a sí mismo, cuando la luz lechosa embajadora del nuevo día le envolvió en un beso de paz, como un pobre ser vestido raquíticamente, sin la calidad que precisaba su apostura varonil. Por eso se rió de sí mismo, mientras miraba con ternura paternal a los recién nacidos...

Pasado poco más de un mes de aquel suceso ya era dueño de un nuevo Vicentillo. Tuvo que aguantar burlas y chanzas de los compañeros de trabajo, pero Vicentillo fue creciendo entre mimos, caricias y cuidados hasta llegar a ser un perro, de poca presencia, ciertamente, pero rápido como una liebre, rápido como el viento, obediente sin temor, obediente por cariño, incansable en los juegos, incansable en las caminatas, incansable en el callejeo del mundo, como decía Vicente, cuando, terminada la temporada del laboreo, contestaba a la pregunta:

—¿Y, ahora que hará usted, amigo?

—Pues callejear por el mundo.

Por su mundo: el campo y la ciudad para él una sola cosa: MUNDO; calles, en los poblados; en el campo, carreteras, caminos y veredas.

Vicente y Vicentillo.

—Tú y yo —hablaba el hombre con el perro, su confidente— solos a donde nos lleve el viento, como a las hojas que arranca a los árboles... Con hambre o con hartazgos; limpios o con miseria; desnudos o vestidos; cuando quieras perras las buscas, como hago yo... Tú y yo...

Pasaban años y empezó a escasear el trabajo. El orgullo iba también disminuyendo poco a poco. Los recuerdos de su juventud iban tomando posiciones en su cerebro que dejó por fin de ser fortaleza inexpugnable y por esta causa padeció de rencores y resentimientos. Iba desmoronándose lentamente como un castillo viejo. Buscaba la compañía humana con el mismo afán que antaño la esquivara, como asidero al tormento de su memoria. Amigaba con los bancos de todas las plazas y paseos; intimaba con las cuevas de la sierra, con las riberas húmedas y floridas donde encontraba hogar y lecho.

—Vicentillo, hay que ir pensando en dejar esta vida de lujo...; hay que ir pensando en dejar el callejeo...; hay que ir pensando en buscar una cama segura y un potaje diario y servido en mesa con manteles...; hay que ir pensando en fumar tabaco del estanco y no estas asquerosas colillas...

Pasaba el tiempo apoderándose de su voluntad; por eso, fue acercándose cada vez más al lugar que le vio nacer, el lugar que hizo feliz su infancia, jugando, peleando, aprendiendo y tomando cultura. Y lo hizo casi sin proponérselo. Casi sin darse cuenta, un día avistó la airosa torre de su parroquia y se le ablandó el corazón que le temblaba como un pajarillo apesado en sus rudas manos. Vicentillo tenía la cabeza vuelta atento al vaivén del ramonaje del árbol, donde ambos descansaban.

—¿Sabes, Vicentillo? Allí me echaron las aguas para hacerme cristiano; es una bonita torre y muchas veces me subí a ella para ver de cerca a las cigüeñas...; la están tapando las casas altas que han levantado a su alrededor...; delante hay una plaza con bancos y palmeras...; allí jugaba yo de chicuelo y me peleaba con los mayores... ¿Me escuchas, Vicentillo?... Lo que te voy a decir no se lo he dicho a nadie jamás, porque solo recordarlo se me clavaban púas aquí dentro...

Se palmeó el pecho.

—Súbete en mis piernas, te contaré lo que nunca supo el otro Vicentillo porque tú eres diferente; a tí, casi te he parido, soy tu madre y tu padre... No, no, Vicentillo, estoy disparatando... Yo no soy San Francisco pero tú eres el hermano perro... No me mires así. No estoy ni borracho ni loco. Estoy triste. Esa torre me ha traído la tristeza...

Acurrucó al perro en sus piernas; le sobaba el lomo y el rabo y le apretaba amoroso las orejitas y el rabo.

—...Ella también era niña; la más bonita de las niñas; tenía el mar en los ojos y el sol en el pelo...; crecimos y fuimos novios...; nos casamos... No tuvimos hijos pero éramos felices; yo trabajaba y la tenía como a una reina porque la creía santa... Me hizo muy feliz; me esperaba cada tarde, cada noche...

Dejó de hablar; ¡hablar con un perro de esas cosas! ¿Acaso estaría enloqueciendo con los años?

—¡Ea, Vicentillo, a callejear! —y puso al animal cuidadosamente en el suelo; se colgó la bolsa y ambos buscaron la carretera que llevaba al pueblo— ¡Quién me iba a decir a mí —murmuraba entretanto— que volvería a mi tierra, a mis gentes, con los míos...! ¿Con los míos y no tengo familia? No parece mi pueblo... Ha cambiado. Allí estaba la casa y la huerta de mi primo Joaquín... En la puerta había una parra y cerca el pozo... Pasábamos entre un enjambre de avispas...; la prima Pepa decía sofocada: "¿Cuándo arrancarás la parra, Joaquín? O secas el pozo..." —"¡Calma, mujer, calma, que esto es una temporadita y luego bien que te zampas las uvas..."— reía a carcajadas; les rebosaba la felicidad a los dos, criando tantos hijos... Ahora no está ni la parra ni la huerta, se han cambiado por chalé y jardín.

Todo cambió. La entrada al pueblo y el pueblo. Hasta las calles cambiaron de nombre y de aceras. Cambiaron las gentes también. No conoce a nadie. Y la casa donde él nació y luego vendió para vivir por la Laguna, estaba convertida en un Banco.

—Oiga, señor —le dice a uno que pasa por su lado— ¿Me puede decir donde vive don Manuel el de la Dehesa Grande?

—¡Don Manuel el de la Dehesa?... Murió hace un año...

—¡Murió...! —disimuló una sonrisa de placer— Y su casa, ¿sigue siendo aquella? —y señaló a una muy señorial.

—Sí, aquella... —tenía gana de hablar el paisano— pero él no vivía ahí. El vivía por la Laguna, con la otra y los hijos...

—¿Hijos?

—Sí, con la otra..., en su matrimonio con la señora no tuvo hijos...

El paisano lo miró con atención y extrañeza, "¿quién sería aquel preguntón, tan derrotado?"

Ambos se miraron a los pies: unos zapatos relucientes de limpios, y unas botas de mala lona, sucias, abiertas por la ausencia de cordones...

—No se asuste, señor —dijo Vicente socarrón— se han roto del uso los cordones y no los repongo por comodidad y porque me gusta ver los ojetes libres, como si se rieran mis botas viejas de los zapatos de lujo...

Vicentillo y él volvieron a callejear recorriendo sin descanso una y otra vez las mismas calles y plazas sin poder reconocer a ninguna persona; a veces unos gestos, unos andares, hasta algunas voces, le recordaban personas que había conocido y tratado; tuvo un reconocimiento muy desagradable: en el portal de una casa cercana a la Laguna, encontró a su amigo Andrés sentado en un sillón de ruedas. Se le acercó:

—¿Se llama usted Andrés?

—Sí. ¿Qué quiere usted de mí? ¿En qué puedo servirlo?

Siempre tan atento y educado.

—Nada..., que pasaba por aquí y me dije ¿será Andrés el de la Paca?

—Pues sí, soy Andrés ¿y usted?

—Yo soy Vicente..., Vicente...

—¿Y los apellidos?

—Los olvidé... —y dió una vuelta rápida saliendo a la calle, desde donde pudo oír al inválido Andrés el de la Paca, decir:

—No lo he visto en mi vida... ¿quién será este pájaro?

Le gustó que le llamara pájaro. Rebuscó en su bolsillo y sacó una diminuta colilla, mientras Vicentillo saboreaba un trozo de pan que encontró en la acera.

Su casa estaba cerca. ¿Iría? ¿Pasaría solo por la acera? ¿Sería capaz? Quiso ir, pero sus pies se negaron. Mejor sería verla por la parte trasera, donde él mismo había formado un jardín que derramaba las enredaderas por las tapias y perfumaban el callejón. Y lo hizo. Rodeó la casa y llegó al callejón. Ahí están las badas del jardín. Ahí está él recostado sobre la pared de enfrente, junto a una ventana rectangular sin rejas que más parece el encerado viejo de una vieja escuela...

Cuando él no se llamaba Vicente, venía cada mañana a esa ventana, entonces abierta, y compraba el pan que Isidro y su mujer amasaban y cocían diariamente. Este sitio, aquí donde mismo ahora pisa con las botas viejas y rotas y el perrillo intenta descansar, le gustaba a él estar en las amanecidas para golosamente aspirar el olor antiguo de la tahona y el jazmín. Entonces era joven, guapo, limpio y llegaba jubiloso a por el pan caliente para el desayuno.

—¡Qué bien sabe el olor del pan arrebujaado con el olor del jardín...!

—Eres un romántico... —decía ella algunas veces con marcado desdén.

Ahora no hay tahona ni rebosan las flores por la tapia. Ni siquiera vivirá el Isidro y la mujer. Se desmorona la casa-horno; cabe la ventana que fue mostrador se desnudan unos ladrillos de sus galas de cal. La cal ha huido de esta fachada, sucia como él, abandonada como él; la soledad de la miseria; ni siquiera la acera presta apoyo a este zócalo que se desmorona trágicamente.

Por fin se decide a llegar a su casa. Se regocija pensando en la cara que pondrá ella cuando lo reconozca.

Llama. Le abren la puerta. Es ella, vestida de negro por el otro, sin oro en los cabellos y arrugados y pequeños aquellos ojos que albergaban un océano; perlas en las orejas, brillantes en las manos, altiva, como siempre, a pesar de la espalda curvada por el peso de los años.

Quedó sobrecogida sin querer dar crédito a lo que veía.

—¡Hola, buena mujer...!

—¡Juan...!! —chilló enloquecida de espanto.

El rió sarcástico.

—No. No soy Juan... Juan murió hace muchos años...; aquella noche de luna ¿te acuerdas?... Aquella noche murió Juan. Yo soy Vicente y éste —señaló al perro que ladraba inquieto— éste es Vicentillo...

Al ladrido y al escuchar voces y el grito de la madre acudió una hija. Vicente no pudo dominar un estremecimiento de sorpresa: el mar en los ojos y el sol en el pelo, era la viva estampa de aquella que él adoró.

—¡Mamá, mamá! ¿qué pasa? —tomó a la madre por los brazos retirándola de la puerta y miró al hombre con desafío: —Llamaré a la policía y diré que un vagabundo andrajoso te amenazó.

—No, —se apresuró la madre: —no llames y cierra la puerta...

No dejaba su sonrisa Vicente. Movía la cabeza con un temblor nervioso e incontrolable. La escena le producía ira, vergüenza, angustia; verse en su propia casa, ante una puerta de lujosa caoba tallada, del enorme y rico farol de hierro forjado, del precioso alicatado de la pared. Se miró en los cristales de la cancela: un vagabundo andrajoso.

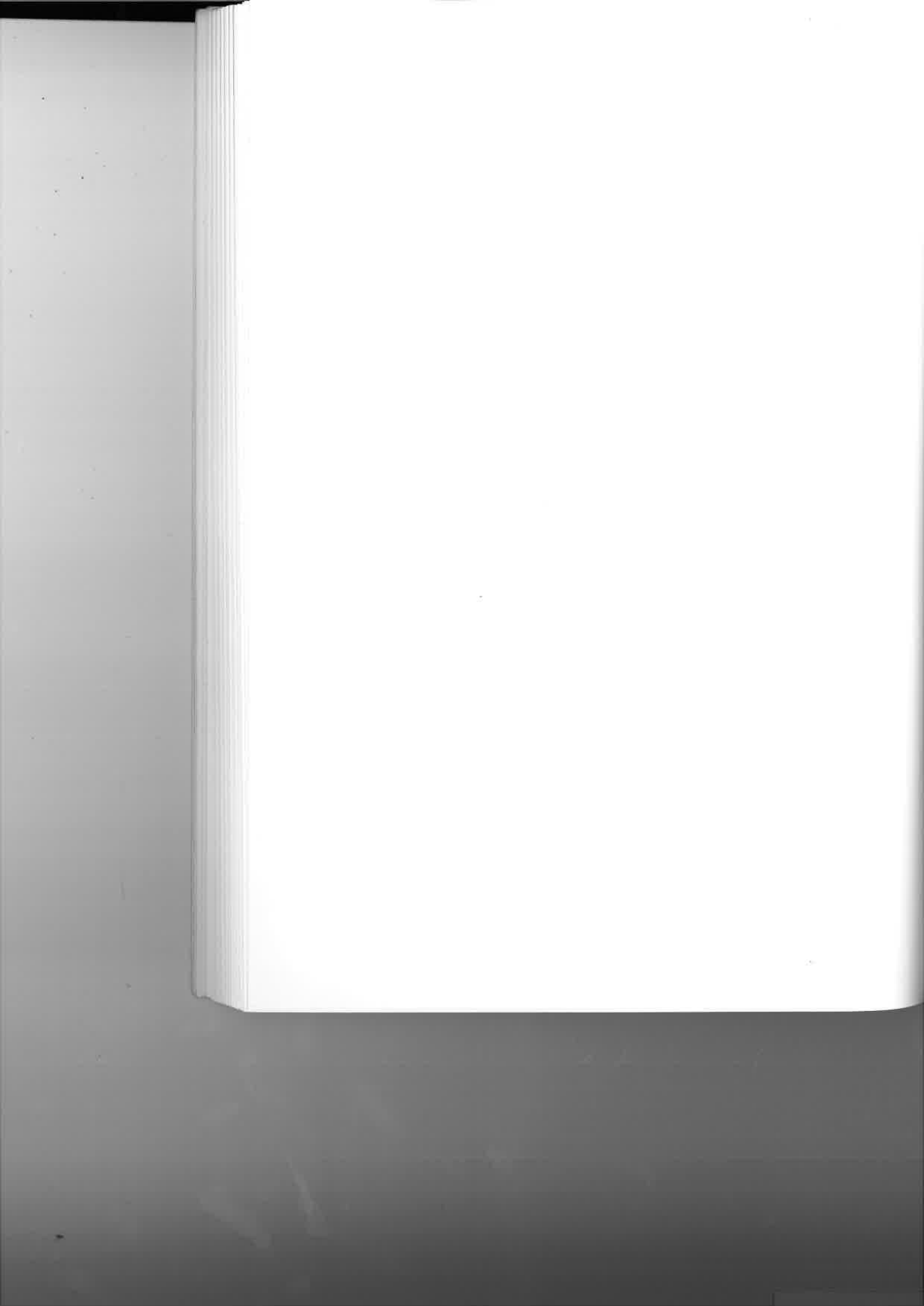
Arrojó la diminuta colilla, como si lanzara un salivazo de desprecio, al interior del alhajado corredor y le dijo al perro:

—¡Vámonos, hermano Vicentillo, a callejear por el mundo.

Puerto Real, 19 mayo 1988

Paula Contreras

LA PAZ DEL CAMPO



La paz del campo. La lenta llegada de la tarde. El sosiego de la noche. El buscarse a sí mismo y encontrar un interrogante: ¿qué soy yo en este concierto?

El campo, templo grandioso, facilita la oración espontánea.

Desaparece el color brillante del día y surgen nuevos colores imaginados y bellísimos.

En la paz del campo y en la noche no existe el silencio porque toda la naturaleza respira honda, profunda y se percibe la música incopiable de los infinitos seres que, duerman o velan, se unen a la armonía del viento entre la arboleda, a la del agua correntona, a la remansada que se estremece al recibir a la hoja huérfana, o por la zambullida de un pequeño animal. Es voz, canto, murmullo, suspiro, silbo, libertad, holgura, regodeo, juego incesante, un bullir continuo y confiado.

En la paz del campo y en el sosiego de la noche invernal pensaba Luis, el dueño de la finca Los Tueros, celebrar con unos amigos una fiesta íntima, como hacían cada año por costumbre. Generalmente la reunión se hacía en primavera, pero esta vez hubo que adelantarla, a pesar de la nevada, en atención a Miguel, que proyectaba un viaje a Suiza donde pasaría varios meses.

A Luis le hubiera gustado como siempre, en la primavera, cuando las faenas de los olivares y de los molinos estuviesen rematadas, y Lola, su mujer, como cada cuaresma, interna en algún convento haciendo ejercicios

espirituales. Luego volvía ella tan escrupulosa, tan intocable, tan arisca, tan ñoña...

Lo tenía todo dispuesto y los amigos invitados estaban al llegar.

La noche era espléndida. Brillaban las estrellas y todo estaba preparado para la gran juerga. Estrellas, Luna y la paz del campo.

Carmela, Pasión, Nena y una nueva, llegarían con Pepe Muñoz que fue a Córdoba a recogerlas. Los demás habían ido llegando poco a poco y ya estaban dentro del cortijo tomando unas copas.

Pronto estuvieron todos. En total cinco parejas. El casero y Zambo no contaban.

Cuando entraron en la gran cocina, la de la gañanía, habilitada para la fiesta como salón, hubo asombro en los gestos y en las palabras de los invitados, coincidiendo todos en que era un acierto el sitio escogido, pues la candela de leña era magnífica y el frío demasiado grande era vencido por la chimenea.

Luis estaba satisfecho por la acogida y entusiasmo de sus amigos.

—...¿os dais cuenta de por qué esta finca se llama Los Tueros? El olivar que rodea el cortijo es el más hermoso plantonal de todo el contorno; la leña que sale de la tala es recia y cada rama parece un tronco; toda esta leña podría servir de cabecero en la chimenea y si no lo sabéis, saberlo desde ahora, que, el cabecero o leño grueso se llama tuero...

—Ahora me entero de eso... —apuntó muy serio Pepe Muñoz.

—...el tuero más grande —continuó Luis en tono doctoral— se deja reservado para la Pascua y lo llaman el nochebueno... ¿Sabéis lo que ocurrió un año en este cortijo? —hizo una pausa y se creció al comprobar que todos estaban pendientes de sus palabras— Veréis: el nochebueno de aquel año, lo contaba mi abuelo Antonio, era tan grande, tan enorme, que comenzó a arder en la noche del veinticuatro de diciembre, y estuvo ardiendo desde aquel día hasta la Semana Santa y fue entonces cuando salió de debajo de él un lagarto que empezaba a despertarse al sentir el calor por los extremos del leño que ya empezaba a querer arder...

Andaluz, exagerado y "malage" y otras palabras por el estilo, dijeron ellos. Ellas, en cambio, le rieron la exageración porque se creían obligadas

al aplauso y a encontrar todo bien; rieron estrepitosamente la "ocurrencia" del señor y por la cara de asombro que tenía la Nati.

Nati —la Nati— pequeña y delgada, con sonrisa constante y unos ojos claros, cándidos e infantiles, llevaba el pelo de color amarillento recogido con horquillas salpicadas de purpurina oro; la falda, de tejido flojo, muy larga, apenas dejaba ver las botitas finas y limpias; las manos blancas y sin sortijas; el escote de la blusa, muy generoso, dejaba desamparados dos diminutos pechos de adolescente.

—¿Quién es ésta? —había preguntado Luis.

—Una amiga de Pasión. Viene de Madrid. Parece un palomino asustado. Sin familia y sin camino... ¿te gusta?

—Me gustas tú... Esa es como un cachorrillo...

La miraba con pena y le parecía muy poquita cosa.

—Es una putita —comentaba Pepe Muñoz— tasando a la par que el peso frágil del cuerpo, la candidez de sus ojos, la sonrisa de servidumbre, la pobreza de sus adornos y las pequeñeces que descubrían su escote.

Ella, deslumbrada por el ambiente, se movía vacilante y sonriendo a todos, bobalicona.

—Toma, putita, bebe... —le ofrecía Pepe un vaso de vino.

Ella lo agradeció muy fina y lo bebió de un trago. El había guiñado un ojo a Carmela y ésta, que era muy lista, supo desviar la atención de los hombres despojándose del abrigo, mostrando la hermosura de su cuerpo, como habían hecho las otras, que parecían realmente contentas esperando para después de las vejaciones una generosa paga, sabiendo además, que serían sorteadas varias veces porque era costumbre de aquellos señores.

Luis, el dueño de Los Tueros, dispuso que en la gran cocina, donde comían y además dormían en los inviernos los gañanes, no quedarán ni sillas, ni taburetes. En el suelo habían esparcido colchones y colchonetas, cubiertos con mantas de las caballerías, lonas y cortinas a modo de sábanas y muchos cojines traídos de las habitaciones que la familia utilizaba en la parte alta de la casa.

—¡Qué ocurrencia, Luis! —elogió Miguel.

—Ya tú ves: a la romana —contestó henchido de vanidad Luis.

—¿Y... todos aquí...?

—¿Por qué no? Al calorcito de la chimenea..., ¡ea! que cada cuál escoja su sitio.

Nati se apresuró a ocupar uno cerca del fuego; apilaba los cojines, cuando Felipe la tajó diciéndole: —¡Sooo...!

La muchachita quedó como plantada, mirando a las otras, sin saber si tenía que sonreír. Felipe la empujó a un lado con un golpe de su voluminoso vientre; sonaron las cadenas de oro que colgaban de los bolsillos de su chaleco como dos campanitas de cristal y sonó la risotada de él, dos peñascos encontrados; la risotada terminó en un desacorde estridente que formó la tos en su garganta. La Nati seguía mirándolo inexpresiva, tal vez por no comprender la actitud pasiva de sus compañeras, o tal vez porque no sabía de donde podría salir aquella tos cavernosa, ya que en vano buscó la garganta dañada; la cabeza de pelo ralo y calva grasienta parecía emerger directamente del pecho; le repugnó; podría, con buena voluntad, mirarle la nariz por su forma y tamaño, si no fuese amoratada; los ojos, de un limpio color azul, voceaban lascivia, igual que su boca, de buen dibujo, de labios gruesos que la muchachita se figuró babosos; paró sus ojos en las onzas de oro que pendían de las cadenas y se recostaban en la curva avanzada del vientre. El dijo:

—¿Te gustan? —y las sonó con un tintineo tan gracioso que ella rió.

Y Felipe sacó del bolsillo un reloj y se lo mostraba —De oro. De oro macizo, con tapa— y, mientras, lo ponía en las pequeñas y temblorosas manos de la niña, que acariciaba la joya y se le humedecían los labios como si lamiera o chupara algo exquisito.

—Vamos a levantar la tapa; mira: los números son de brillantes...

—La Nati lo abrió y lo cerró porque sus ojos se herían por las irisaciones de los números; se estremeció como una flor movida por un viento desconocido.

Felipe reía con vanidad estúpida y su garganta, de nuevo, fue arañada por la fuerza impetuosa que se escapaba de sus pulmones.

—¿Y ésto...? —la voz de Nati, dulce como sus miradas, tímida como su sonrisa, preguntaba, señalando el interior de la tapa, la efigie de un San Rafael.

Cuando por fin, tras beber unos sorbos de agua, se le calmó la tos, dijo mirando a los presentes:

—Las cosas de mi mujer... Un San Rafael que me libraré de todo mal, ¡y aguanta, Felipe!, porque el reloj fue de su abuelo, de las poquitas cosas que el viejo no perdió en el juego...

Del juego, comenzó la nueva conversación que interrumpió la impaciencia de Pepe Muñoz.

—Yo escojo ésta colchoneta... —y se tumbó en ella.

—¿No hay cante? —preguntó Miguel.

—No hay cante. Tenemos máquina y placas...

Un gramófono. Unos "jipíos". Una voz quejumbrosa:

*En el ciminterio entré
pisé una mata y dio un quejto:
No pises, hijo del alma,
que soy la que te he parío.*

—¡Qué sentimiento tiene esa letra...! —la voz de Pepe Muñoz tenía trémolos precursores de lágrimas.

—¡Eh, tú, Pepe, no empieces tan pronto... Quitarle la jarra a ese —ordenó Luis.

Pepe no protestó, cruzó las manos beatíficamente sobre el pecho, suspiró y, tendiéndose en la blandura de lo que sería su lecho y su círculo de acción erótica, dijo: —Echarme ya una...

Porque según los planes de Luis, amo y señor de Los Tueros, las parejas se formarían mediante rifa.

Empezó el reinado de lo degradante en la estancia.

Junto a ella, en una cocina pequeña, destinada a la intimidad de los caseros, esperaban Ignacio, el casero y el Zambo. Los dos muy nerviosos, dispuestos a ser llamados para avivar la candela y las luces de los candiles y velones.

Ignacio, callado y pensativo; el Zambo, llamado así por la dificultad de sus piernas, muy inquieto, haciendo exclamaciones y dando su parecer por lo que estaba sucediendo en la gañanía.

—¿Te gustaría, Ignacio, ser señorito?

El casero despreciaba la pregunta. El Zambo no comprendería lo que él dijera: "Sí, me gustaría ser señorito, y saber de letras, y tener dinero y tierras, y darme buena vida con mi mujer y mis hijos; trabajar bien la tierra y tener caballos y disfrutar de lo bueno que se puede disfrutar, ayudando a la gente. Yo no haría lo que estos sinvergüenzas, viciosos. Yo no humillaría a esas desgraciadas obligándolas a hacer las marranadas que ellos quieren... Yo los mandaría a todos a la cárcel".

—...dí. Ignacio, ¿te gustaría ser señorito? —soltó una estrepitosa risotada y, levantándose, accionó groseramente con partes de su cuerpo.

El casero miró a aquel ser deforme y repugnante con marcado desprecio.

—¿Qué te pasa, Ignacio? ¿Es que no te gustaría revolcarte ahí dentro con alguna...?

—Tengo sueño, Zambo, déjame tranquilo.

—De los tontos nunca se ha dicho nada bueno... —sentenció Zambo, sin dejar de convulsionar obscenamente su mezquino cuerpo.

Porque en verdad era un cuerpo mezquino, ruin y desproporcionado, sobresaliendo en fealdad los arcos que formaban sus piernecillas cortas y flacas; un pecho abombado; un vientre luchando por adelantarlo; unos brazos largos y fuertes que partían de arriba sin contar con los hombros perdidos en la curva angustiosa de la espalda.

—Y podría haber sido guapo... —comentaban los conocidos al contemplar su rostro de facciones correctas y agradables; solo su mirada desentonaba en el conjunto de su rostro, porque hería su crueldad, asqueaba su lujuria y rencor maligno.

—...tiene razones para odiarnos a todos...

—...¿por qué?

Nadie supo nunca quiénes fueron los padres de Zambo. Lo dejaron recién nacido en el rebate de la puerta de una iglesia y el cura, apesa-

dumbrado, acudió a la señora dueña de Los Tueros, que le ofreció dinero y apoyo para que él pudiera criarlo, hacerlo un hombre de bien y procurar hacerlo cura, que ella se encargaría de los gastos que ocasionara la carrera.

Entre el sacerdote y la señora se entabló un difícil diálogo; ella no reconocía que hacerse cargo de la criatura era muy delicado para él, porque además, los enemigos de la Iglesia le atribuirían la paternidad del niño. Por fin la dama pareció comprender y dio una solución: lo mandaría a Los Tueros, y los caseros, que no tenían hijos, se encargarían de su crianza con la ayuda económica de los señores.

—... pero antes, habrá que hacerlo cristiano, que yo no quiero un moro en mi finca. Le pondremos de nombre Manuel del Refugio Expósito Expósito. Su ama de usted, señor cura, será la madrina y el sacristán el padrino... Lo del juzgado se encarga usted mismo... Cuando termine la ceremonia del bautizo, que me lo traigan y lo mandaré a Los Tueros.

—¡Qué hermoso corazón tiene la señora!

—¡Quite, quite, padre!... Que una es blanda y se la comen a una por sopa... ¿qué necesidad tengo yo de meterme en estos gastos y preocupaciones, con lo difícil que está la vida! ¡Y la madre, tan tranquila, y los dolores de cabeza para los demás...!

—La madre será una desgraciada y la señora un tesoro de bondad.

En el cortijo fue recibido por los caseros por obediencia y sumisión.

—A mandar; lo que diga la señora; lo cuidaremos como si fuera hijo de la señora...

—Juan...!

—... quiero decir como si fuera hijo mío.

Manuel del Refugio Expósito Expósito se empeñó en vivir a pesar de sus taras físicas y creció bregando con su estómago y vientre. Y a medida que pasaban los años, —que mejor hubiera sido morir aquella madrugada en el rebate de la iglesia— fue dándose cuenta de su dramática existencia, entre guasas, pullas y burlas; solo era feliz junto a los caseros que lo adoraban, aunque nunca quisieron que los llamara padres...

—Yo no soy tu padre; tu padre es un ricachón vicioso y tu madre sin entrañas una tunanta...

—Juan, al niño no le hables así.

—El niño tiene que saber la verdad lo mismo que sabe que los dos, tú y yo, lo hemos criado y lo queremos mucho.

Al chiquillo, al oír esto último se le esponjaba el corazón igual que el día que escuchó: "¡Qué ojos tan grandes y tan dulces tiene el niño!"

Solo que la dulzura fue desapareciendo a medida que iba sumando años y se volvieron duros y tenebrosos cuando los caseros murieron y quedó desamparado de amor. Al morir su último protector, el casero, le entregaron su herencia: la ropita que la casera tuvo guardada desde que se hizo cargo del niño y que este vestía el día de su abandono en el escalón de la iglesia.

—Toma, Manuel, guarda esto bien, que puede algún día servirte para que tus padres te reconozcan por estas ropas.

Manuel del Refugio tomó el envoltorio, dijo una blasfemia a la par que hizo un gesto de ira y miró al cielo con odio.

(¡Qué miedo! Parecían sus ojos los de Satanás!)

Y con el envoltorio en las manos se fue hasta la leñera, escogió unos palitos finos y resecos, hizo un candelorio y lo avivó echando una a una cada prenda de su minúsculo ajuar, que al consumirse en pavesas le arrancaba unas carcajadas locas.

—¿Qué está haciendo ese infeliz?— preguntó la señora que en aquella ocasión pasaba temporadas en la finca, alarmada por las llamaradas y por el ruido que hacían las estrepitosas risotadas.

—Está quemando las ropas que la señora mandó que se le entregaran, las que él tenía puestas cuando su madre lo tiró a la calle como a un perro...

El ama de Los Tueros dijo pesarosa:

—¡Qué lástima! Debí quedarme con ellas porque los encajes eran muy bonitos y le hubiera hecho un pañuelo a la Virgen...

Se quedó en la finca para trabajar y vivir en ella. Se quedó solo. Sin cariño, sin ajuar y hasta sin nombre, porque justamente, al faltar por su muerte Juan, ya nadie se recataba de nombrarle por su mote: Zambo.

Un zambo despreciado y soportado en un principio por imposición de los amos; analfabeto, ateo, hipócrita, sucio, vil, lujurioso. Insaciable en su lujuria, que avergonzaba a la gañanía. Bruto y estúpido, practicante de aberraciones, que servían de estímulo al señorito Luis, vicioso y cruel.

—Zambo —le decía de tarde en tarde— tienes permiso para ir al pueblo a divertirme...

Invariablemente, el Zambo aparecía a la mañana siguiente en la finca, triste, ojeroso, malhumorado, blasfemando y repitiendo una y otra vez, con tremendos juramentos, que jamás volvería a buscar mujeres para sus desahogos, y por más que el señorito le pinchara para que contase lo ocurrido en el lupanar, él nunca contó sus sufrimientos por las humillaciones a que era sometido y que eran adivinadas por todos.

El señorito Luis le prometió: —No te enfades, Zambo, yo traeré aquí buen "ganao" para que escojas siempre la que más te guste... O te rifaremos.

Y desde entonces ya fue costumbre, al final de las orgías, entregar al Zambo para su regodeo sexual una de las desgraciadas que los acompañaban. Como un ritual: primero ofrecía un puñado de duros para la que voluntariamente se ofreciera a confortarlo, y si ninguna se prestara, echaba suertes con una rifa. El espectáculo degradante les dolía a ellas, que además estaban obligadas a aplaudir aquella vergüenza.

Esa noche, Zambo se consumía de impaciencia mientras Ignacio, el casero, se enfrentaba con sus propias ideas y ordenaba sus pensamientos, enrabiándose por saber que le era difícilísimo escapar de aquel oprobio, que producía náuseas. —¡Y que tenga uno que decir siempre, señorito, a mandar!

—¡Ignacio! —llamó imperativo el amo.

Y, rapidísimo, el casero entró en la estancia, se llevó la mano a la gorra y, bajando los ojos, dijo:

—Señorito, a mandar.

Y obedeció diligente las órdenes: echar más leña en la chimenea, más aceite en los candiles y velones y traer una espuerta con paja para rociarla sobre las vomitonas; todo lo hizo el casero con rapidez, sin apenas mirar a los invitados del amo, que estaban sobre los colchones esparcidos por el suelo y que a él le parecieron bestias informes y repugnantes.

Comenzó de nuevo en la chimenea la danza de las llamas con una música que recordaba batir de alas y zumbidos de insectos confundiendo con los ronquidos asmáticos de Felipe, esparrancado sobre una colchoneta, al aire el orondo vientre sin cesar en el subir y bajar del ombligo cercado de abundante y crespovello canoso —un extraño animal no clasificado— y más extraño, contemplar a su lado la debilísima figura de la Nati, tan pequeña, dulce, desamparada, como algo irreal, como un sueño de pesadilla donde el monstruo, en uno de aquellos terroríficos ronquidos, pudiera engullirsela, y ella, encogidas las piernas, jugueteaba infantil con la leontina de oro.

Ignacio, el casero, la miró compasivo, "Señor, ¿si es una niña...! ¿quién le habrá empujado a ésto?", y se juraba a sí mismo que si a su hija, que entonces solo cumplía cuatro añitos, la manchara algún día un...

—¡Ignacio! —llamó nuevamente imperativo el amo: —Que entre ya el Zambo y si tú te quieres quedar..., aunque tú no eres capaz de faltarle a tu mujer... bueno ¡hala! dile que entre...

—A mandar..., a mandar señorito...

Salió de la estancia arrebatado el semblante, temblándole las manos y las piernas y con unas incontenibles ganas de vomitar. Aún pudo oír una voz delicada que preguntaba con ansiedad:

—¿Cuántos duros has dicho, Luis?

—Cincuenta, ¿los quieres ganar tú...?

—¡Claro...!

Entraba ya Zambo, desafiante, altanero, al aire sus atributos de macho en celo.

Ignacio oyó claramente: "Esa es la que te va a querer..." El casero sintió un llanto de niña asustada; quiso volver a entrar para defender a aquella criatura...

—¡No, no... —yo no quiero, suplicaba la Nati.

—Cállate, putita... ¡Hala, Zambo, hala con ella...

Felipe dejó de roncar y gritó: —¿Qué pasa aquí? Apartate, Zambo, que me lastimas... ¿y mi cadena de oro? ¡¡Mi leontina!!...

El casero, tapándose los oídos, huyó hasta lo más hondo de la casa. Entró en las cuadras, en el molino, acarició a los perros. Era un sonámbulo.

Salió al campo.

¡Qué paz! La Luna cubría de plata el limonero y las estrellas brillaban inquietas. La noche era fría pero a Ignacio lo envolvía un fuego por todo el cuerpo. ¿Qué iba a decir a la casera cuando al volver al cortijo le preguntara, como siempre lo hacía:

—¿Cómo fue la juerga, Ignacio? Seguro que tú pillarías algo...

—Te juro que...

—A mí no tienes que jurarme en falso, porque yo comprendo que un hombre es un hombre...

¡Qué cosas! No había quien la apeara del burro, sabiendo como él la quería. No pensaría así, si alguna vez —¡no lo permita Dios!— presenciara aquella cochambre y entonces estaría como él estaba, a punto de echar las asaduras por la boca.

El Zambo y la muchachita aquella, que parecía de cristal y con aquella voz temblorosa cuando preguntó: ¿Cuántos duros has dicho, Luis?, y luego aterrada cuando vio al Zambo "No, no, yo no quiero...", y suplicaba llorando la infeliz al saber que había sido rifada como un objeto cualquiera. Lloraba como una niña. Estuvo a punto de volver a entrar para sacar de aquel estercolero al Zambo y escupirles a los señoritos... ¡Qué cobardía la suya! ¡Sólo pensar en el pan que tenía que ganar para su mujer y sus hijos! ¡Cobarde, cobarde! "A mandar señorito, a mandar..."

Un grito agudísimo a la par que un estridente canto del gallo que estaba en el corral, le hizo estremecer y correr hacia la casa. De la cocina grande, donde se estaba celebrando la bacanal, salía Luis llamando al casero con voces destempladas, llevando en sus brazos el desnudo cuerpecillo inanimado de la Nati, sangrándole un pecho; el otro no existía,

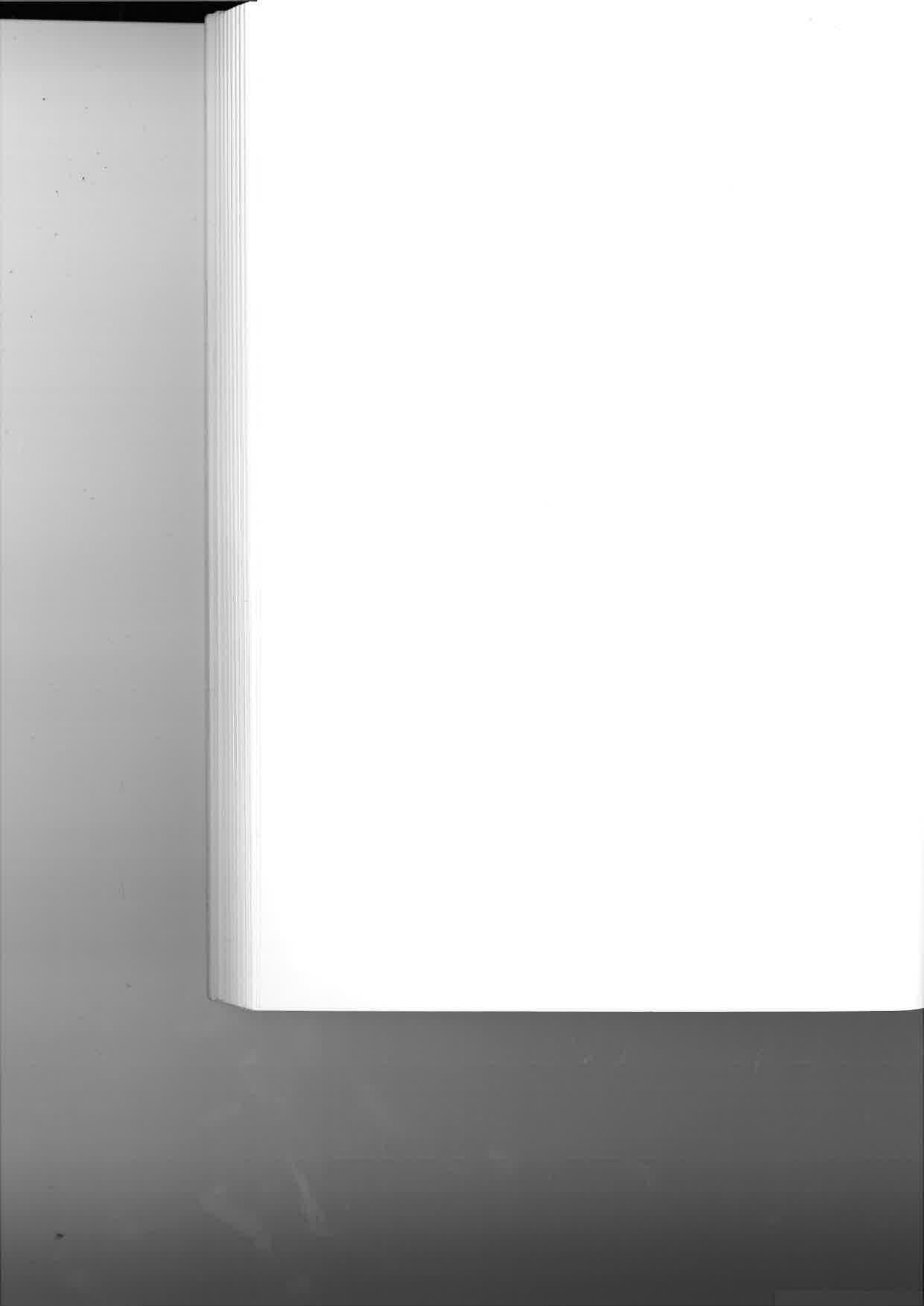
en su lugar, algo informe, una plasta sanguinolenta. Los señores, en cortejo carnavalesco, accionaban iracundos, amenazantes; las mujeres lloraban y maldecían.

El Zambo iba sacando de su boca, roja de sangre, trozos de tejidos que depositaba en su manaza abierta; en medio de los trozos, un pezón emergía, duro y oscuro, como el botón de una amapola.

Puerto Real, febrero 1988

Paula Contreras

EL ARCA DEL ABUELO



El arca no tenía nada de extraordinario. Su sencillez era marcada por las líneas rectas de su armazón, de sus maderas humildes y de su vulgar cerradura. En el arca se guardaba la ropa del abuelo, vigilada por las bolas de alcanfor. Poca cosa: el traje negro para su mortaja, dos chaquetas requeteusadas, pantalones raídos por ciertas partes, alguna camisa muy zurcida y pocas cosas más; aunque no podemos dejar de mencionar la capa de invierno, las botas acordonadas y el sombrero de ala ancha: el abuelo era cordobés y se llamaba Rafael, Rafalico para los amigos.

El contenido del arca no era valioso, el arca tampoco, solo que...

Ningún misterio; al abrirla no chirriaban la cerradura ni los goznes y la llave giraba suavemente. Era al cerrarla cuando la aldaba caía golpeando la planchita de hierro, único adorno que bordeaba la cerradura; como si alguien la empujara una, dos, tres veces y el plaf, plaf, plaf, retumbaba en la habitación y se escuchaba en toda la casa, como el horrisono badajo de una campana rota.

—Alguien abrió el arca del abuelo...— se decía.

Efectivamente: hubo que sacar la capa, la bufanda y la gorra por mandato del tiempo; del tiempo y de los años de Rafalico; cada temporada llegaba el invierno más adelantado.

—¿Ya con la capa, Rafalico, si estamos en septiembre, en plena vendimia, y ya mismito sudaremos con el veranillo del membrillo...!

El abuelo sentía frío hasta en los huesos, en las uñas, en la calva...

—¿En la calva, Rafalico...?

—Es que la gorra no me calienta..., y es que la capa es muy fina...

No era fina, ni estaba pasado el paño, ni tenía un solo agujerito; la capa, como él y como todas sus pocas cosas, era de humilde apariencia pero de un grueso paño pardo, amplia y larga, que envolvía el cuerpo del viejecito en un abrazo cariñoso y cálido.

Cada año menos cálido.

Aunque la llave del arca se deslizaba con suavidad y silenciosamente, la hija dijo que mejor estaba guardada y que la aldaba se encargaría de avisar cuando alguien abriese.

¿Guardaba Rafalico algún tesoro? ¿un secreto? ¿un misterio?

De vez en cuando se le veía rebuscar entre sus galas; se agachaba, metía la mano, palpaba algo en lo más hondo y sonreía.

Que sonreía es un decir, porque su boca se dilataba en una mueca cruel y le brillaban los ojos siniestramente.

—¿Guardas un tesoro, abuelo...?

—¡Bah! —contestaba— Me gusta comprobar que tengo la mortaja a punto...

Cuando se disponía Rafalico a cumplir sus noventa y cinco años no quiso esperar más y murió. Ocurrió su muerte en una noche apacible de verano, radiante de estrellas, mientras los mozos de la villa alborotaban las calles con sus guitarras obsequiando a las novias con alegres serenatas.

Toda la tarde de ese día estuvo el abuelo inquieto; apenas quiso comer y se retiró a su cuarto antes de lo acostumbrado. Pasaron muchas horas. Las serenatas se escuchaban en el otro extremo del lugar.

La noche era bonita, bonita, bonita. ¡Se estaba tan rebién en el patio aspirando el perfume de las flores y el frescor del pozo! ¡Pero había que acostarse!

—Vámonos a dormir que se está pasando la hora...

Y de pronto: plaf, plaf, plaf...

—¡El abuelo abrió otra vez el arca! ¡es una manía!

—¿Qué le pasará? Se acostó a las nueve, casi de día, y ya es más de la una.

Subieron. El abuelo estaba quieto en la cama. Muy quieto. Una mano le colgaba al filo del colchón. La tenía cerrada y apretada fuertemente.

—¡Jesús...! ¡Mi padre!... —sollozó la hija.

El yerno pudo abrirle la mano: —¡Mira, Ana, tu padre tenía la perla!

—No..., no es posible... mi padre no...

El marido se la mostró; un rictus de amargura y una mirada despreciativa al cadáver hirieron el corazón de la hija que, espantada, dejó de llorar. Con tremendo dolor musitó: —¿Entonces...?

—Sí, Fue él. Fue tu padre... Siempre lo sospeché y ahora tengo la certeza.

—¡Por favor, que no se entere nadie, por favor! ¡Que no se enteren nuestros hijos que lo adoran...! ¡Por favor...!

—Es la perla de la tía Amelia... Vale una fortuna... La guardaba...

—...y la policía no la encontró y todos pensamos que la habían matado para robarle la perla...

—No pudo ser mi padre, no pudo ser...

Aquello ocurrió años atrás. A raíz del crimen, el abuelo pasó una temporada muy raro, como enfermo; se pensó que la muerte de tía Amelia le había impresionado mucho porque parecían muy amigos. Quiso separarse de la familia y marcharse a Córdoba a vivir solo...

Naturalmente que la hija pensó que tenía el propósito de volver con la Amparo, su amigota para todo, la que hizo sufrir tantísimo a su madre... Lo volvió loco; arruinó su salud y su economía hasta el punto de tener que vivir en el pueblo a cargo de su yerno. Y nunca la olvidó. Y siempre esperaba una sonrisa de la fortuna para volver con la Amparo... Tras la muerte violenta de la tía Amelia se fue a Córdoba... A vivir solo...

—¿Con qué dinero?

—Ya lo buscaré, ya lo buscaré...

Volvió de Córdoba al día siguiente:

—La Amparo murió hace más de un mes...

Y cuando se comentaba delante de él el robo de la perla y la muerte de tía Amelia, decía:

—¿Y para qué iba a querer nadie una perla por muchos duros que valiera?

—La perla se hace dinero...

—¡Bah...!

Todo lo recuerda Ana ante el cadáver de su padre con pena, rabia y vergüenza, pero había que hacer frente a la situación y adoptar un comportamiento de circunstancias. Así, cuando llegó el médico, Ana lloraba con desconsuelo mientras decía:

—Ahora mismito ha muerto...; no hace ni diez minutos, porque sentimos desde el patio que cerraba el arca...

El doctor dijo: hace más de tres horas que murió.

—No es posible... Si hemos sentido el arca...

El doctor volvió a asegurar que llevaba varias horas muerto...

Entre familiares y vecinos se dispusieron a amortajarlo. La hija sacó del arca el traje negro, la camisa blanca y las botas acordonadas; trabajo costó engalanarlo y mucho más enderezarle los dedos de la mano derecha.

Más tarde, cuando estuvo preparado el ataúd y Rafalico acomodado en él, se acercó su yerno y en último adiós le arregló la compostura de la chaqueta que le quedó primorosamente estirada. Dentro de un bolsillo metió la perla y suspiró. Una mujer comentó, dirigiéndose a otra, la acción del yerno: —Rafalico era un santo y todos lo queríamos mucho..., fíjate con que cuidado lo trata Juan que más parece un hijo que un yerno...

Pasaron los días. El visiteo de las comadres dando el pésame para distraerse era interminable.

Pero un día... Fue durante la siesta, todo en silencio, ni siquiera un moscardón lo rompía, y ¡plaf, plaf, plaf!

Sí. Era el arca del abuelo que había sido abierta por alguien para curiosear. Ana entró en la habitación para saber quien andaba en ella. La habitación estaba vacía y el arca abierta... ¿por qué sonó si solo lo hacía al cerrarse? El escalofrío más agudo recorrió su espalda.

Todo fue una ilusión. Tenía en su cerebro el sonido de aquella aldaba al tapar el arca... ¡Pero si el arca estaba abierta...!

Y Juan, el marido, entró en el cuarto, echó la tapa, sonó con el estruendo de siempre, la cerró con llave...

—Tómala —le dijo a Ana —guárdala y olvídate de esos ruidos que están solo en nuestras cabezas...

—Tú lo oíste también ¿verdad?

—Sí. Lo oí. Y le encuentro explicación: es algo que nos suena a los dos aquí dentro..., aquí dentro...— y señalaba con furia su cerebro.

Algo más tranquila, Ana, abrió un cajón de la cómoda para guardarla. Todavía la tenía en la mano, cuando entró como un torbellino, Anita, la hija mayor que venía de la calle.

—¿No oís? ¿Quién está curioseando en el arca del abuelo?

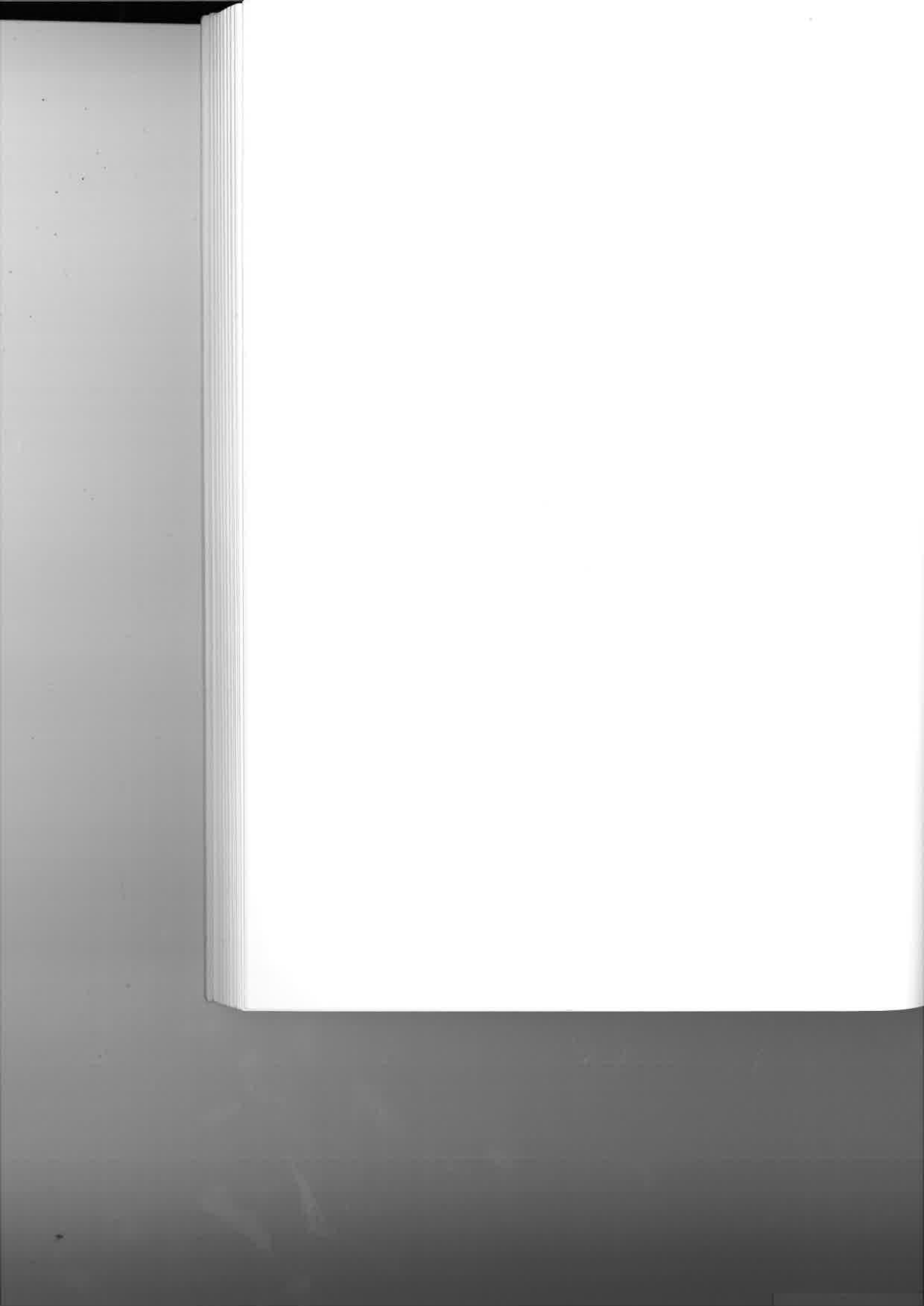
¡Plaf! ¡Plaf! ¡Plaf...!

Puerto Real, 11 septiembre 1989

Paula Contreras

LA MADRE

*A Eloisa Fdez. Contreras,
madre feliz*



Agustín quedó quieto mientras la madre le decía con tremenda congoja:

—¡Hijo, me das un disgusto!

Y él no contestó porque no encontraba palabras para calmarla y seguía mirando por la ventana los picachos de la sierra, mientras pensaba que no todo puede hacerse a medida de nuestros deseos sin tener que sacrificar ni una sola ilusión, porque si él fuera hombre de carrera, militar por ejemplo, se iría del pueblo y nadie lo censuraría, todos lo verían natural, en cambio se asombraron y lo tachan de loco cuando decidido, un día dijo:

—Me iré a correr mundo con mi guitarra.

—¿Que te quieres ir, dices? —exclamó la madre cuando le llegó el rumor de la noticia.

—Sí, madre, porque quiero ser algo...; no estoy conforme con estar encerrado para siempre entre peñascos y terrones.

—Estás loco, hijo, estás loco.

Y sus lágrimas alteraron la confianza del muchacho que ya nunca quiso hablar más de aquello; y si alguna vez ella le interrogaba con los ojos premiosos y tristes, aparentaba ignorarla y hasta canturreaba queriendo ser indiferente.

La madre puso un nuevo celo en su amor; se sucedieron las vigili-
as, se acrecentaron las inapetencias y no volvieron las sonrisas a posarse en los

labios descoloridos y resecos. Ella sufría ya una separación inminente, como también la comenzó a sufrir Encarna, la novia, solo que Encarna convirtió sus coloquios amorosos tras la reja en una rociada de reproches, quejas y llantos; todo cuanto le decía era inútil.

—Si te vas por esos mundos, me muero, Agustín de mi alma.

Impropio encontraba él que la muchacha pudiera morir porque era hermosa, pujante, reventona; como una fruta carnosa y pletórica de jugo, por eso le tentaban sus carnes sonrosadas y tersas y se recreaba en imaginar clavando sus dientes en la tirantez de sus brazos, de su cuello, de su cara, de sus hombros.

—Si te vas por ahí yo no te esperaré.

—¡Encarna...!

—¡No te vayas, Agustín!

Y se enternecía y juntaba en su corazón a la madre y a la novia. Pero el mozo ardía en ilusiones y proyectos: "—Chiquilla, tú y yo..." —Y le hablaba embebido en su gozo sin advertir la tristeza que agobiaba a la moza; explicaba planes, prometía dulzuras y saboreaba quimeras.

—... porque, chiquilla, cuando nosotros...

Y proseguía la relación de sus imaginados triunfos que creía seguros y enormes; una vida cómoda, feliz, risueña; un amor nunca agotado, siempre nuevo, siempre creciendo, siempre vivo.

A Encarna se le aflojaba el corazón y se le apaciguaba la sangre; cerraba los ojos para no verlo y hasta las manos de él, que siempre fueron persuasivas y dominantes paseando por el cuerpo de ella, parecía no sentir las, vencida por la certidumbre de que se le escapaba el hombre.

Cuando aquella noche Agustín volvió a su casa más temprano que de costumbre, su madre se alarmó.

—¿Estás malo? ¿Te pasa algo?

—No.

Sentíase molesto y arrepentido de haber llegado a su casa a una hora inusitada; subió a su cuarto, se desnudó y se tendió en la cama y todo lo

hizo sin encender la luz. El cuarto, encima del ocupado por su madre, tenía el techo formado por un plano inclinado; en la pared más baja se abría una ventana cuadrada y pequeña por la que entraba el fino aire de la sierra; la guitarra la tenía colgada sobre la cabecera de la cama junto a un cuadro de motivo religioso; cada noche, al acostarse, acariciaba el instrumento y lo miraba extasiado. "Contigo al fin del mundo", le decía con unción religiosa.

Pero esa noche ni siquiera miró la guitarra y se acostó presuroso con el afán de poner sus ideas en orden y de seguir pensando en Encarna.

Sintió los pasos de su madre que subía la escalera y pronto vio su figura en el vano de la puerta; una figura grotesca envuelta en un raído mantón, chacleteando y alumbrándose con un candil, que alargaba la sombra de su cuerpo hasta hacerla monstruosa, tocando el techo; la cara angustiada, deformada por la luz oscilante al impulso del airecillo que entraba por el ventanuco, agrandadas las cuencas de sus ojos; elevando la sombra deforme de la nariz y espeluznando más sus cabellos desordenados.

—Agustín, hijo... —musitó.

—¿Qué? —respondió desabrido y apretando los párpados.

—¿Te pasa algo?

—No.

—¿Como te has acostado tan temprano...! —ante el silencio del hijo, ella insistió: —¿Estuviste con la Encarna?

—Si.

—¿Como siempre?

—Como siempre.

—¿Y luego...?

—Luego aquí.

—¿No estuviste con Anselmo tocando la guitarra?

—No.

—¿Entonces...?

—Entonces ¿qué quiere usted saber?

Ella suspiró y dijo: —¡Qué voy a querer saber, hijo! Demás te lo figuras. Si yo no supiera tus intenciones de seguro que no te hablaría de la novia y es que tengo el presentimiento de que no podremos retenerse ni ella ni yo.

Fue un silencio tan absoluto, tan grande, que podrían sentirse los corazones de ambos llenos de apresuramientos dolorosos. El suavizó la voz al decir;

—Por ahora no me iré, esté tranquila.

—¡Hijo...! —y fue tal su emoción que no pudo evitar un sollozo de contento.

Volvió a danzar su sombra subiéndose al techo y arrojándose al suelo, en tendal tenebroso; a la luz del candil pudo verse su boca entreabierta por el gozo, las encías descarnadas y los amarillentos huesos como islotes salpicados; y por las cuencas de sus ojos se derramaban brillantes lágrimas.

Agustín miraba sin querer ver la figura deformada por las tinieblas, la frente coronada de enmarañados y cortos cabellos rebeldes y el rostro abrigado, como si hubiesen pasado por él una pella de unto, y el mantoncillo, sin conseguir ocultar sus ropas menores que exhalaban un tufillo acre. Aunque fuera su madre, cerró los ojos para no verla porque se le encogía el corazón al contemplar tanta fealdad.

Y su madre fue bonita, lo decían los retratos y las personas que la conocieron en su juventud. "Los años, el trabajo, el sufrimiento...". Le subió una congoja muy grande y apenas pudo contener las lágrimas; tentado estuvo de llamarla, de bajar la escalera tras ella, de llegar a su cama y taparla cuidadosamente, aplastar los cabellos hirsutos, recoger sus lágrimas, tranquilizarla con caricias, con mimos como si fuera una niña. Y no lo hizo. Ni siquiera se movió de la cama.

La madre había bajado más sosegada por la promesa que él le hizo; su corazón quería y no quería palpar de gozo porque ¿se iría? ¿y cuando? Pudo dormir algunas horas y antes del amanecer ya estaba trajinando entre los pucheros preparando los desayunos de los hijos; trabajaba sin descanso y a disgusto de ellos, que le aconsejaban tener una mujer en la casa para ayudarla en las faenas. "Ya es manía no querer aquí una mujer que le

trabaje: —Y ella decía: "¿Y a quien voy a meter con tres machos en la casa?" Ellos reían y no consiguieron que cediera.

—¿Y cuando caiga mala en la cama?

—Lo que tienes que hacer tú y tus hermanos es casarse...

Cada mañana se podía escuchar esta corta conversación; en la de ahora se notaba la inquietud de todos que apenas bromearon.

—¿Y Agustín? —preguntó el mayor— ¿No piensa levantarse todavía? Está saliendo el sol y ya debía estar dispuesto...

Sobresaltose la madre: —Me parece que el Agustín está malucho...

—¿Malucho? Sabe Dios a qué hora se acostaría entretenido con la guitarra... Para música sí que anda listo, pero lo que es para el trabajo...

—El Agustín trabaja y cumple su obligación.

—Bueno, madre, pues si se levanta le dice que lo esperamos en el plantonar que hay que cavar pies...

Cuando los hijos salieron camino de la besana, quedó ella viéndoles partir sobrecogida de admiración ¡qué gloria de hijos! ¡qué hermosura! ¡qué guapos! ¡Dios, qué dicha ser la madre de ellos! El orgullo se emparejó con la ternura y engendraron unas lágrimas suaves y templadas que resbalaron por las comisuras de la boca dilatada por la sonrisa.

Le subió al hijo una taza de leche caliente muy azucarada, como a él le gustaba.

Agustín había cerrado los ojos haciéndose el dormido; tenían un surco profundamente oscuro. Destacaba el cabello negro sobre la blancura de la almohada y las cejas y las pestañas y la morenez de la piel; ¿A quién se parecía aquel hijo? Rebuscó, como siempre que se hacía esta pregunta, en la familia del padre, que todos fueron buenos mozos y rubios y en la suya todos morenos y de poca estatura, ¿a quién?

Toda la mañana estuvo trabajando como una abejita; era menuda, ágil, morena y su cabello estaba blanco desde hacía muchísimo tiempo.

Bajó Agustín de su cuarto muy vencida la mañana y ella le preparó rápidamente la comida.

—¿Estás preocupado, niño...? —se atrevió a preguntarle.

Posó el sus ojos, con profundo cariño, en los de la madre; la miró de arriba abajo, pareciéndole más menuda que nunca, más insignificante, borrosa, desvaída, y se enterneció súbitamente, un poco infantil, porque la palabra "niño", en los labios de ella, fue caricia y promesa de ayuda. De pronto le preguntó: —¿Madre, a usted por qué le llaman Rosona?

Ella rió complacida.

—Yo me llamo, como tú sabes María Rosa, pero de chiquitilla era gordísima y empezaron por eso a llamarme Rosona, y así me llaman cuando ahora parezco una pavesita... —y esta palabra la dijo con un tono amargo y triste.

Agustín hizo un gesto de rabia y ella lo atajó diciéndole: —No creas que tu padre tuvo la culpa de que yo esté hecha una ruina; él me quería mucho, pero he vivido toda la vida en un continuo sobresalto... Mis padres no querían que me casara con él; después, a los pocos años, ya tus dos hermanos nacidos, todos decían: "Rosona se está consumiendo..." Y eso es lo que me ha pasado, que me he consumido... Es que a tu padre le gustaban todas las mujeres, todas... Le entusiasmaban las cosas bonitas y tenía rarezas... Nunca acabé de comprenderlo; a veces, sentía una angustia enorme porque tardaba muchísimo en volver del campo y yo me ponía a lo peor, que le hubiera ocurrido una desgracia o que una mujer..., ya tú sabes... Me encontraba nerviosa y disgustada, se reía de mis miedos y luego me contaba que se había entretenido viendo como en el olivar se iba ahogando el sol.

—¿Qué se ahogaba el sol?

—Sí, eso decía; lo había leído en algún libro porque siempre tenía un periódico o un librote en las manos cuando terminaba sus faenas...; yo no lo entendía y me moría de celos... Lloraba yo y me quejaba a su madre y también se reía de mí y decía: "Sale a la casta; déjalo que desfogue que es demasiado macho" —Viví en continua tormenta y me alegraba cuando las cosechas eran malas porque pensaba que sin dinero no se iría por ahí con otras...

—¿Pero, se iba, madre? ¿La dejaba?

—No, hijo, no como tú te figuras; él iba a las ferias a negociar, a los asuntos, y siempre estaba fuera el tiempo justo y volvía cargado de regalos y dulces...; tal vez yo exageraba más de la cuenta porque me atormentaban

los celos...; en las épocas malas, se levantaba de noche para asomarse a la ventana y yo despertaba sobresaltada y le preguntaba "¿Qué te pasa, José?"

—"Que no puedo dormir pensando en que no llueve ¡con la falta que está haciendo el agua!" —"Pero ¿por qué te has levantado?" —"Para ver si hay alguna nube" —"¿La hay?" — "No", y volvía a la cama y yo, ya ves hijo mío lo que son los celos, me ponía muy contenta, muy contenta.

—¿Cómo era mi padre?

—Como tu tío Diego, pero más guapo y más alto; recio, ancho, rubio, buen color, parecía vender salud y... ya ves.

—¿Estuvo mucho tiempo malo?

—Tres años. Tú apenas habías cumplido los cuatro. Una mañana salió y volvió al mediodía "¿Pasa algo?" —le pregunté; me abrazó y yo temblé porque hacía solo unos meses que tu tío Juan había muerto de repente y fue horrible... Contaba tu tía que fue una noche muy fría y que se habían quedado dormidos abrazados para darse los dos calor; que a la mañana, al despertar, ella intentó desprenderse de los brazos de él y que tenía las manos heladas; que dio gritos llamando a los hijos; que se tiró de la cama y salió corriendo. Si me hubiera pasado a mí, no me hubiera retirado de él y ya ves si digo verdad que desde el día que supe que tu padre también podría morir en cualquier momento, dormía abrazada a su cintura, y eso que él, algunas veces, me decía: "No me dejas respirar bien, Rosona" y yo aflojaba mis brazos pero no retiraba mi cuerpo del suyo...

Rosona quedó unos segundos con los ojillos clavados en algo invisible y continuó:

—...sufrí cuando adiviné su miedo porque sin que me hablara lo supe. Me tomó una mano, como si fuera un niño que acudiese a su madre y yo lo senté en ese sillón y le dije: "¿Qué te pasa, José? ¿Por qué has vuelto a estas horas, tan pronto?" Y me contestó que le dio un mareo y que quizás padeciera del mismo mal que su hermano Juan y que su tío Horacio. Fui en busca del médico, que vino enseguida...; total: que tu padre no debía hacer esfuerzos, ni fatigarse, ni tener preocupaciones...; tuve que ocupar su puesto en la dirección de las labores, ¡ni aún así se acabaron mis celos! En cada mujer que entraba a preguntar por él veía yo a una enemiga; él salía y entraba, daba paseos y parecía que rebosaba salud: —"Sí no fuera por el ahogo" —me decía. Y el médico me había encargado. "Que todo lo tenga

preparado". Y yo, temblona le preguntaba: "¿Cuándo?" —"No se sabe cuando, pero con método puede vivir muchos años y enterrarnos a los demás". Todo fue rápido: tres años. Un día, ya había terminado de almorzar, ladeó la cabeza... y creí volverme loca. Aquí quedamos: yo, cuidando de vosotros y de los campos y así fui convirtiéndome en lo que soy: ni sombra de lo que fui...

Un silencio. Al cabo, continuó:

—Y ahora tengo otra desazón... Escucha, cuando pienso en tus hermanos lo hago con tranquilidad, pero cuando pienso en tí, sufro... Sufro cuando te veo salir con la guitarra porque sin querer me pregunto: —"¿Volverá?" Sigo consumiéndome y ahora es por tí, cuando lo veo pegado a ti como una sombra..., lo veo y no quiero verlo y aparto mi vista...

—¿Vé a mi padre?

—No. Veo al tío Horacio, al hermano de tu abuelo —y comenzó a llorar con un desconsuelo enorme.

El hijo la miraba con creciente sorpresa. Nunca la oyó hablar de sus sentimientos y temores; estaba allí, junto a su vida, erguida, protectora, gigantesca como todas las madres.

"Estoy consumida..." "Soy una pavesita...", había dicho dulcemente, con el íntimo orgullo de haber entregado su cuerpo en sacrificio al amor. La miraba conmovido y no por su llanto, ni por las confidencias, sino por contemplarla tan poquita cosa, tan oscura, tan insignificante; también él quería llorar.

—Madre, madre... —suplicó y hasta su propia voz le pareció extraña —Madre ¿por qué llora?

—No sé; es que estoy nerviosa y todo se me vuelve hoy cavilar y recordar.

—¿Qué decía del tío Horacio? ¿Es que me parezco a él? ¿También era moreno?

—No, hijo —exclamó sin disimular su orgullo— tú te pareces a mí.

Agustín sonrió y volvió a observar sus menores rasgos; ella se dejaba inspeccionar halagada, ayudándole a comparar: —Tus ojos como los míos

¿ves? aunque ya no se pueden igualar, los míos fueron así como ahora los tuyos, hermosos y brillantes...

—Y el tío Horacio ¿Cómo era?

—Como todos los Carmonas: alto, fuerte, rubio; pero no regía bien y una vez se escapó de la casa y se fue por ahí...

La mano de Rosona señaló en dirección a los montes que se recostaban sinuosos en el cielo y se veían a través de los hierros de la ventana; Agustín siguió con la mirada la dirección de la mano parada en el aire, los labios fuertemente apretados y gruesas lágrimas resbalando por los pliegues de su cara.

—...se fue y volvió porque era muy niño todavía... también a él le gustaba la música y tocaba el acordeón...

No quería Agustín seguir escuchando y se levantó decidido a marchar al campo donde sus hermanos lo esperaban para trabajar en la cava de los olivos, ya que la madre iba acercándose al punto doloroso; se levantó, y ella, con un ademán, continuó acelerada, deseosa de decirlo todo con la secreta esperanza de que cuanto dijera le haría bien al hijo.

—... Horacio no quiso escuchar los consejos y un día marchó con su acordeón. Su madre envejeció y perdió el gusto por la vida. Pasaron los años. Horacio escribía contando fantasías: que si era gran artista, que si ganaba mucho dinero... Al cabo de los años, tu abuelo encontró a su hermano en la feria de Priego y le costó trabajo reconocerlo porque era menos que un mendigo; contó que Horacio lo llevó a su casa para que conociera a su nueva familia; su casa era una choza en las afueras de Priego; allí malvivía con una mujer y tres hijos de los dos; dijo también que su trabajo consistía en lañar cacharros viejos; quiso traérselos con la mujer y los niños pero Horacio no consintió porque decía que su madre iba a sufrir mucho al conocer la realidad ¡qué saben los hijos del cariño sin medida de las madres! Tu abuelo le dejó dinero y volvió a Priego para arrancarlos de allí, pero de Priego había desaparecido y nadie sabía donde... Un día, habían pasados dos años, encontraron a Horacio en el camino del Molino Viejo, en una cuneta y abrazado a su acordeón...; fue una muerte solitaria... Yo quería decirte esto, Agustín de mi alma, desde el primer día que te ví con la guitarra en las manos: "¡Como Horacio! ¡Como Horacio!" Y temblé por tí y por mí, ¡como sufriría Horacio cuando comprobó que sus sueños no fueron nunca una realidad! Y sufro y lloro y pido a Dios que te

cambie el parecer y no tenga yo que decir cuando sales ¿volverá?, que me paso las noches en vela hasta que te siento entrar y subir a tu cuarto, Agustinito...

El mozo se acercó y le echó un brazo por los hombros; ella apoyó la cabeza en su pecho y esperó a que hablase. Pero el no sabía qué decir; sentía la sangre alocada en sus sienes y en todos sus pulsos. Temblaba el frágil cuerpo de Rosona y una infinita piedad bañó el corazón del hijo. La tomó por la cintura y la sentó en el sillón. Toda ella era un latido suavísimo. Los fuertes dedos del muchacho se hundieron en la maraña blanca de sus cabellos y le apretó la cabeza contra su pecho. Las manos de ella temblaban como dos gorrioncillos cazados y heridos en pleno vuelo; le subió la barbilla y le pellizó las hundidas mejillas; se dejaba hacer deslumbrada por tanta ternura y huyeron las lágrimas, se escondieron los suspiros, se asomaron las sonrisas y se iluminaron los ojos. En el silencio se escuchaba el golpear de dos corazones.

Ella, como una huerfanita parda, mustia y pobre.

El, como un hermoso árbol que la protegía y le regalaba su sombra.

En un barrote de la reja, un pajarillo lanzaba a otro el aviso del hallazgo de una pitanza y osaron entrar y picotear en la tabla de la mesa donde unas migajas estaban esparcidas; hincharon sus buches, abrieron sus alas en triunfo de banderas, se dijeron consejos de pájaro viejo y salieron satisfechos a posarse en el barrote de la ventana, muy a tiempo, porque ya entraba el gato con la mirada cruel y el pétalo brillante de su lengüita, pasándola gozosamente por el terciopelo blanco de su hociquito; y cuando saltó a la ventana había volado la pareja.

—Madre —pudo por fin decir el mozo con voz firme y segura— madre, esté tranquila y no piense más en esas cosas —y añadió con un trémolo angustioso: —Yo no me iré. No me iré.

Brotaron las lágrimas impetuosas y avalladoras, recorriendo el rostro, goteando por la barbilla, por el cuello.

Rosona era feliz.

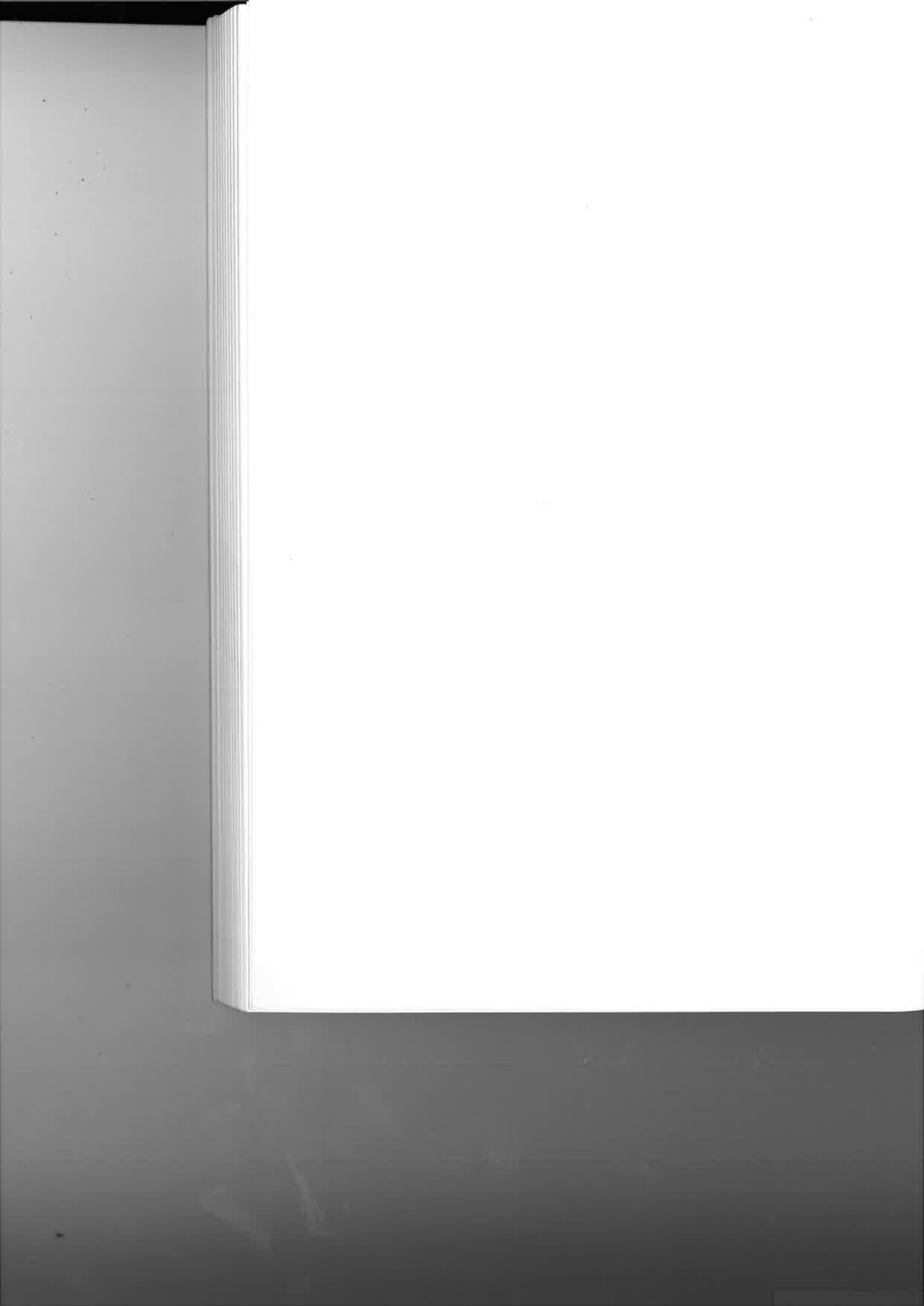
Sí. Sí. Era una llamada irresistible. Ni Rosona, ni Encarna, ni el recuerdo de Horacio.

... los sollozos no se oían ya, pero en cambio gemían, lloraban, cantaban y reían las aguas del riachuelo y la plata de la Luna se multiplicaba espléndida y generosa.

Agustín, la guitarra al hombro como si de un biello se tratara para ir a la era a aventar la mies, sonreía a la Luna, miraba insolente a los picachos de la sierra y se esforzaba por acallar su corazón.

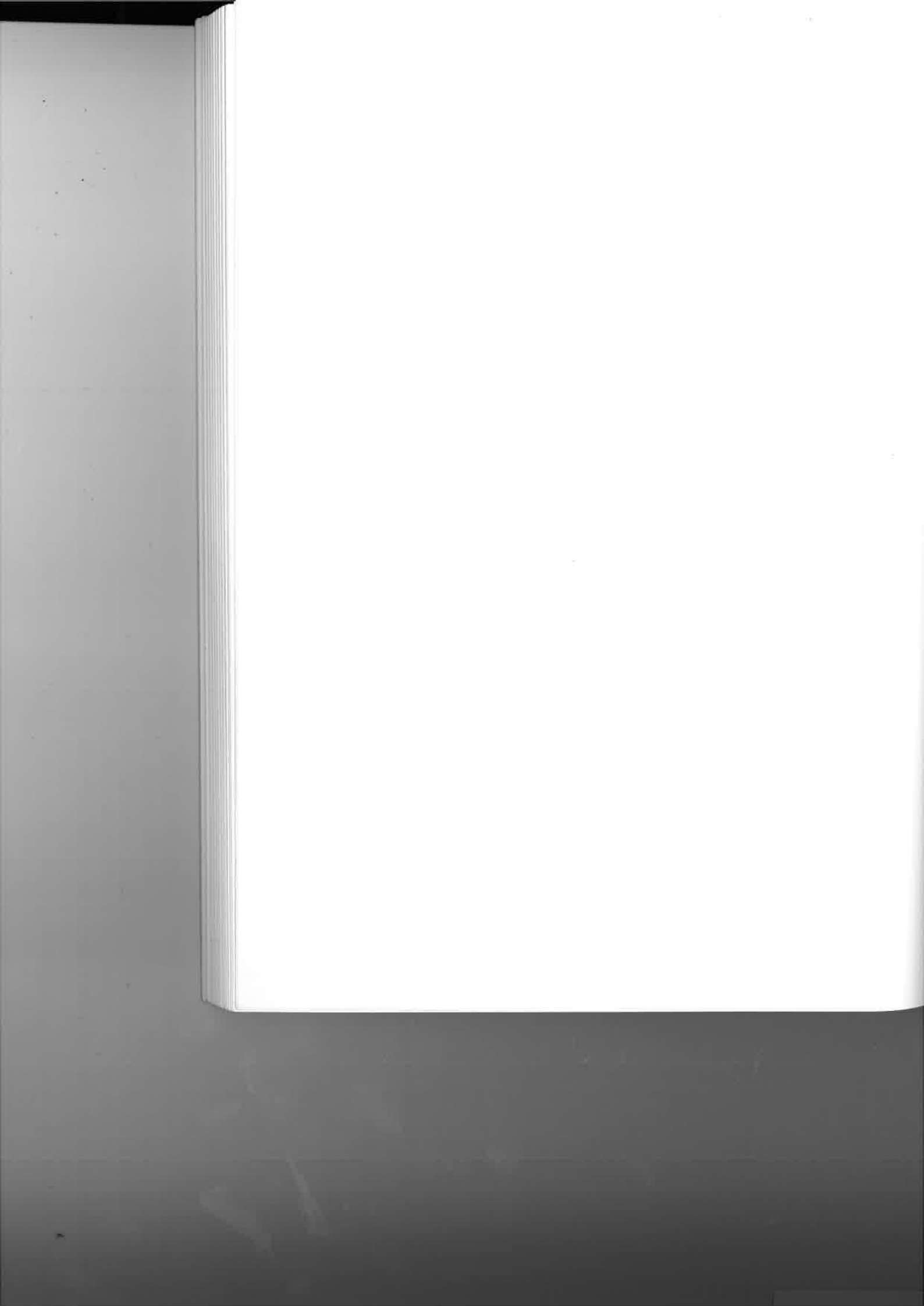
Puerto Real, 1952

Paula Contreras



**TOROS EN EL PUERTO
DE SANTA MARIA**

*A mi nieta Carmen,
enamorada de la Fiesta*



Lo que voy a contar puede parecer inventado, pero aseguro que todo sucedió como lo voy a escribir.

Allá por los años cincuenta, ocurrió esto:

Era verano. Puerto Real ofrecía a los veraneantes, además de Las Canteras, un Balneario (es una forma de dar nombre a un conjunto de humildes casetas al servicio de una misteriosa playa, que merecía un detenido examen debido sobre todo a las mareas que según sus horarios se podría disfrutar unas veces de agua y otras de arena); eso sí, de una arena paraíso de los niños que jugaban con pelotas, aros y bicicletas.

Los veraneantes llegaban de Córdoba, Ecija, Sevilla, Utrera y de Madrid y ocupaban casas espaciosas de hermosos patios y jardines y grandes azoteas. Solo disponíamos en aquellos tiempos de un taxi y de un coche de caballos, el coche El Lolo, ilusión de niños y niñeras para ir a las Canteras y a la carretera de Medina.

Típica entonces era la pareja que formaba Bartolo el de los camarones y Rosario, su mujer. El cuerpo de él, macizo, parecía hecho con maderas oscuras de un barco desguazado; su cara rojiza en todo tiempo hoyada por las viruelas; los penetrantes ojos bajo las cejas, pequeños y defendidos por gruesas arrugas que casi los ocultaban. Rosario era menuda, agraciada, pelirroja y pecosa. En la explanada de la venta El Chato, cercano a la estación del Ferrocarril, paso obligado para ir a las Canteras, Rosario la de Bartolo, colocaba una mesa de pino de las llamadas de cocina, la cubría con

un blanquísimo mantel y encima sus ofertas de venta: camarones, cangrejos y bocas, mientras Bartolo recorría el pueblo pregonando igual mercancía, cesta al brazo, limpiísimo, resplandeciente su chaqueta blanca como las crestas de las olas.

Y el coche del Lolo. —"Un paseíto, Lolo". Se mostraban los pequeños con las tatas, y los llevaban por la carretera de Medina, y a la vuelta ¡a las Canteras a subir montes!

Bartolo, Rosario y el Lolo. Los niños y las Canteras. El tren del dique de Matagorda y las maniobras en la Estación. Y los sábados el "tren de los maridos", los que habían estado toda la semana sudando en Sevilla cumpliendo sus particulares obligaciones y las nuevas de "Rodríguez".

Toros en el Puerto. Esto era un clarín de gloria. Hay que ir a los toros. ¿Quiénes torea? Da igual. ¿Qué ganadería? Lo mismo. Pero hay que ir al Puerto, porque si no se va, no se vive una hermosa tarde de emoción; una única tarde; la mejor; la inolvidable.

Inolvidable fue aquélla y aquélla corrida.

En el Puerto, naturalmente. Ocurrió allá por los cincuenta.

—¡La corrida, Fermín, tenemos que ir porque a Paquita le gustará!

—A mi mujer no le gustan los toros.

—A Balbina, sí.

—Habla tú con ella...

Y hablaron con Paquita, que confesó no haber ido ni siquiera a la que Guerrita patrocinaba en Córdoba en feria de Mayo, célebre porque solo asistían, y gratis, mujeres: "Los toros, el mujerío y yo..." Pues ni a esos toros fue ella jamás, pero ¡bueno! tratándose de Balbina iría al Puerto.

¡Qué bien!

A planear la aventura: los niños al cuidado de "tata" que los llevará al cine y a Las Canteras. Resuelto.

¿Las entradas? Fermín se las encargaba a un representante de droguería que en su juventud frecuentó mucho los cosos taurinos; le haría un buen pedido y una buena propina... Fermín y Joaquín se frotaban las manos.

¡Ah! ¿Cómo ir? ¿En tren? Este iría lleno y además desde la Estación a la plaza...

Irían como grandes señores; en coche.

Resuelto: el Lolo se comprometió a llevarlos hasta la misma plaza: "¡La mejor de España!" —dijo entusiasmado, más que por la fiesta en sí, por lo que iba a trasegar durante la espera, ¡la manzanilla y unas gambitas! ¡qué gloria de manzanilla! ¡vivan las "corrías" del Puerto!

¿Todo preparado? Todo preparado; las entradas, los anteojos, los abanicos, los bocadillos y "el coche el Lolo", ¡viva la vida!

Balbi y Paquita, Joaquín y Fermín. Ellos observando el paisaje tan idílico, tan inocente, tan sin saber que se estaba fragando a pocos pasos la muerte de seis hermosos animales, ornato de dehesas y campos bravíos. Ellas recontaban los boquetitos que entre la carcoma y los cigarros habían formado en la viejísima tapicería del coche, que tal vez en un tiempo fuera orgullo y patente del buen gusto de su primer dueño.

Ellos, Joaquín y Fermín, no daban abasto a saludar a todo el que se les adelantaba en el camino, bien a caballo, bien en bicicleta; "A los toros, a los toros" chillaban jubilosos; de trecho en trecho algún reluciente coche escandalizando con la bocina.

—¡Un desgraciado ricachón! —decían ellos, quien sabe si envidiosos o leales, con lo que añadían: —A los toros del Puerto hay que ir montado en buen caballo o en un coche como éste...

—Sí, pero con menos polillas.

—Sí, pero con un cochero de postín, de chaquetilla y sombrero cordobés...

—¡Bah! Este coche y este cochero se llevan la admiración de todo el que los ve...

Y era verdad. Lo notaron ellas. Las gentes se paraban en las aceras cuchicheando y alguna chanza ocasionaba aquellas risas.

—Sí, sí, ande yo caliente y ríase la gente...

¡Qué hermosura de plaza! ¡Cuanto gentío! ¡Qué colorido! Balbina entusiasmada, Paquita observaba el repentino malhumor de Fermín ¿qué

pasaba? Que las entradas eran justamente del límite donde empezaba la sombra, pero que a aquella hora todavía el sol continuaba calentando justamente aquellos cuatro asientos; los abanicos hicieron durante muchos minutos de sombrillas y el sudor se esparcía a sus anchas resbalando ladinamente por los cuerpos de aquellos aficionados.

¡Música! ¡Jolgorio! Risas. Pregones.

El reloj. La hora. El paseíllo.

¿Quiénes toreaban? Paquita solo notó que de los tres toros, uno tenía un mechón blanco en la cabeza; los otros dos, vestían uno rosa y otro de azul. No recordaba nada más porque su atención estuvo en todo momento fija en un punto del redondel: en un hermoso camaleón blancuzco, que, parsimoniosamente comenzó a querer atravesar el ruedo, buscando tal vez soledad, silencio, un árbol o una piedra donde esconderse, porque presentiría que allí estaba acechando la Muerte. ¿Pero no se daba cuenta, pensaba Paquita, que podía ser aplastado por un torero o por un toro? ¿No estaría más seguro pegadito a las tablas hasta que pasara todo? ¿De dónde venía? ¿Quién lo trajo? ¿Con qué idea?

La música. "¡ole, ole, ole...! ¡Qué faena! ¡Así se torea!"

Paquita no se había enterado de nada; ella solo estaba atenta al camaleón que ya había avanzado más de un metro y por lo tanto el peligro era real e inminente.

Otro toro. Otro silencio. Apenas respira el gentío. De pronto un ¡¡ole!! conmovió la plaza, como si el viento de levante hubiera irrumpido, como siempre, saltando con violencia. ¡Un olé, y otro, y otro, y aplausos y música!

En la arena, imperturbable, el camaleón giraba su cabeza y se arrastraba con lentitud.

¿Qué pasa?

Que un toro "malo", que no sirve, que habrá que devolverlo al corral.

Pero ¿qué pasa? ¿Por qué se grita con terror? ¿Qué ocurre? Un escalofrío recorre el cuerpo de Paquita al comprobar que estaba ocurriendo algo horroroso: el toro negro, negrísimo, saltaba las barreras.

Ocurría allá enfrente, pero ella se puso de pie y dijo decidida: —Me voy.

Fermín la calmó; volvió a sentarse; volvió a mirar: la arena llena de hombres y de animales: "¿Qué eran? ¿Más toros? ¿Vacas? ¿Becerras?" Eran bueyes mansos, cabestros. Feliz el camaleón que no captó el peligro y que seguía avanzando en línea recta, como si se hubiera propuesto dividir la plaza en dos partes iguales.

Ya iba mediada la fiesta. Se sucedían los aplausos, los silencios, la música y las palabras injuriosas y malsonantes, ¿a los toreros? ¡al toro! ¿qué le pasaba al animal? Que no embestía: tenía una actitud de desprecio a todo: al público que lo zahería, a los capotes, a los toreros que en vano se le acercaban iracundos o cariñosos; el torete, negro, negrísimo, con las astas agudas y abiertas, pateaba el suelo, como escarbando, como buscando yerba o agua —¡hacía un calor!—; como enfadado, como si dijera: "No tengo ganas de fiesta, quiero irme a la dehesa con los míos...; dejarme tranquilo...".

El torete apenas se movía, en cambio el camaleón seguía su camino ajeno a todo lo que no fuera alcanzar su intención.

Se escuchaban claras las voces: "¡Banderillas de fuego! ¡Banderillas de fuego!".

Expectación: allí estaban ya las banderillas de fuego y se oían exclamaciones como estas:

"¡Qué vergüenza de "ganao"!".

¡Qué engaño de "corría"!

Y al pobre animal, vilipendiando por su mansedumbre, le clavaban una tras otra las nefandas banderillas; movió un poco el morro y ellas saltaron por el aire; anduvo un poco más y nuevamente las despidió de su hermoso cuerpo, como si osceara moscardas y todas fueron cayendo al callejón regando su suelo con los testigos de la ignominia.

"¡Esas banderillas no sirven...!"

"¡Parecen de juguete...!"

¡Los bueyes otra vez...!

"¡Qué vergüenza...!"

Y llamaron de todo lo peor al ganadero.

La música de los cencerros hizo coro al griterío; los cabestros hacían círculos en vano, el animal se escurría como si llevara sebo en las patas. Vueltas y más vueltas. La arena como un revoltijo de patas y cuernos y el camaleón firme en la idea de atravesarla.

—"El mayoral! ¡El mayoral! —pedía el público.

El mayoral irrumpió en el ruedo con aire de triunfo, que no de gloria, y el toro supo enseguida que un amigo venía en su ayuda, el amigo que lo acompañaba en el campo... ¡que los dos se querían!; el hombre se acercó sin miedo a la "fiera" y le habló ¿qué le dijo?, quizá "vámonos a la dehesa, vente conmigo a retozar, a vivir, a escuchar solamene la música de los pájaros y el bramido de tus compañeros"

El gentío había enmudecido asombrado como si cada uno se hubiera dado cuenta de que entre el hombre y el animal había un lazo de comunión, el amor que nace con el roce y la convivencia.

Luego, tras los aplausos y después en la impaciente espera de la salida de otro toro, ocurrió algo inesperado y estruendoso: las banderillas abandonadas en el callejón, al parecer inservibles, estaban haciendo explosión, en forma de traca, por lo que las carreras y saltos eran demenciales y los de las barreras saltaban por encima de los demás buscando las alturas. Fue dantesco y cómico. Todos se asustaron y sentíanse inseguros hasta saber la causa.

Y el camaleón había avanzado tanto que ya estaba muy cerquita de acabar su hazaña.

Continuó la fiesta; música, olés, aplausos y chanzas.

Fermín y Joaquín resplandecían de contentos. —"¿Tú has estado alguna vez en una "corría" en que haya habido banderillas de fuego?" —Nunca en la que los cabestros no hayan podido sacar de la plaza a un toro..."

Y Paquita: —¿Y el camaleón?

Y Joaquín: —El mejor espada de la tarde.

Los cuatro estaban contentos; la tarde fue buena y casi fresca; el sitio, a pesar de que al principio molestaba el sol, era estupendo; los bocadillos, apetitosos; las fotos, también serían buenas (lo fueron y se adivinaba el camaleón en aquel bultito alargado y amarillento); la salida, fácil; el Lolo,

aguardando. La vuelta fue muy bonita y el vehículo causó envidias porque el Lolo fue tan hábil que salieron rápidamente del bullicio arremolinado en los alrededores del coso.

Por la carretera comentaban la profesionalidad del Lolo y la temperatura primaveral.

Balbi y Joaquín quedaron en su casa de la calle San Ignacio. Paquita y Fermín se apearon en la calle Ancha. El sol ya no estaba pero había dejado su oro en la calle de la Plaza. En la esquina, Bartolo pregonaba: "Jamón de la mar..., camarones..."; la cesta estaba casi vacía y Rosario se acercó a él, caminando para la casa, a la Ribera del Muelle. Allí, la luna, como siempre, presumida y coqueta, se reflejaba en los caños que había dejado al descubierto la marea.

Puerto Real, 1992

Paula Contreras

